

La Trilogía de los Trípodes III

El estanque de fuego

John Christopher



Lectulandia

«El Estanque de Fuego» es la tercera y última parte de la llamada «Trilogía de los Trípodes», comenzada en «Las Montañas Blancas» y continuada en «La Ciudad de Oro y de Plomo». En esta novela, Will Parker es escogido en primer lugar como señuelo para detener a un trípode y capturar a uno de los Amos; después, como miembro de una de las tres expediciones destinadas a destruir, desde su interior, las Ciudades de los Amos. Finalmente, en el desesperado y crucial ataque a la última Ciudad, cuando el futuro del mundo pende de un hilo, Will jugará un papel vital. Los seguidores de la «Trilogía» comprobarán cuánto tiene que ver este libro con la historia real, pues se verán implicados de modo insospechado en la aventura de sus personajes, y en su apasionante lucha por la libertad.

Lectulandia

John Christopher

El estanque de fuego

Trilogía de los trípodes - 3

ePUB v1.0

Almutamid 05.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Pool of Fire*
Autor: John Christopher, 1968
Traducción: Eduardo Lago
Ilustración portada: Tim Hildebrandt

Editor original: Almutamid (v1.0)
ePub base v2.0

VOLUMEN I

CAPÍTULO 1

UN PLAN DE ACCIÓN

Por todas partes se oía el rumor del agua. En unos lugares no era más que un débil murmullo que sólo se oía gracias al profundo silencio que reinaba; en otros, un fragor misterioso, lejano, algo así como la voz de un gigante que hablara consigo mismo en las entrañas de la tierra. Pero había también lugares en los que se precipitaba clara, estruendosamente; lugares donde, a la luz de las lámparas de petróleo, se podía ver cómo el torrente descendía tumultuosamente por un cauce rocoso o caía en cascada desde un escarpado alto de piedra. Y lugares donde el agua estaba en calma, formando extensiones negras y alargadas, en las que el ruido se acallaba, convirtiéndose en un goteo monótono... incesante desde hacía siglos, y que así seguiría durante muchos siglos más.

Me relevaron de la guardia para que acudiera a la conferencia, y así atravesé los túneles escasamente iluminados, tarde y a solas.

Aquí se entremezclaba la labor de la naturaleza con el trabajo del hombre. Las convulsiones de la tierra y la acción de ríos desaparecidos hace muchos años habían excavado estas cavernas y canales en las montañas de piedra caliza, pero los antiguos también habían dejado su huella. Aquí estuvieron los hombres en el pasado, alisando suelos desnivelados, ensanchando grietas estrechas, clavando barandillas en piedra artificial para ayuda y guía del viajero. Había también unos cables largos que parecían cuerdas, y que antaño transportaban una energía llamada electricidad, que encendía unos globos de vidrio a lo largo del camino. Larguirucho me dijo que nuestros sabios habían vuelto a descubrir cómo se hacía esto, pero precisaban unos recursos de los que no podían disponer aquí, ni tal vez pudieran mientras los hombres se vieran obligados a ocultarse como ratas en los oscuros rincones de un mundo gobernado por los Trípodes, esos enormes monstruos metálicos que recorrían la superficie de la Tierra dando zancadas con sus tres patas gigantescas.

Ya he relatado cómo dejé mi pueblo natal, a instancias de un hombre muy raro que se daba a sí mismo el nombre de Ozymandias. Esto sucedió el verano que hubiera debido ser el último antes de que me presentaran para la ceremonia de la Placa. Durante la misma, a los chicos y chicas que ese año cumplían catorce años los conducían al interior de un Trípode y más tarde volvían llevando la Placa (una malla de metal íntimamente encajada en el cráneo que convertía a quien la llevaba en alguien totalmente sumiso a nuestros gobernantes extranjeros). Siempre ocurría que las mentes de unos pocos quedaban destruidas como consecuencia de la tensión a que los sometía la inserción de la Placa; éstos se transformaban en Vagabundos, hombres incapacitados para desarrollar un pensamiento normal, que erraban de lugar en lugar sin ningún objetivo. Ozymandias se hacía pasar por uno de ellos. En realidad su

misión consistía en reclutar gente dispuesta a luchar contra los Trípodes.

Así hice, junto con mi primo Henry, que vivía también en mi pueblo, y más tarde con Larguirucho, un largo viaje hacia el sur. (El nombre verdadero de este último era Jean Paul, pero le apodamos Larguirucho por ser tan alto y delgado). Por fin llegamos a las Montañas Blancas, donde hallamos la colonia de hombres libres de la que había hablado Ozymandias. Desde allí, al año siguiente, enviaron a tres de nosotros para que penetráramos como punta de lanza en la Ciudad de los Trípodes y averiguáramos sobre ellos cuanto pudiéramos.

No éramos, sin embargo, los tres de antes. Henry se quedó atrás, y en su lugar teníamos a Fritz, oriundo del país de los alemanes, en el cual se hallaba la Ciudad. Él y yo nos introdujimos en la Ciudad, servimos en calidad de esclavos de los Amos (criaturas reptiles y monstruosas, con tres piernas y tres ojos, procedentes de una estrella lejana) y averiguamos algo sobre su naturaleza y sus planes. Pero sólo yo logré escapar, zambulléndome en el desagüe de la Ciudad, que daba a un río, donde me rescató Larguirucho. Estuvimos aguardando, con la esperanza de que Fritz lograra hacer lo mismo, hasta que, por causa de la nieve y la inminente presencia del invierno, nos vimos obligados a regresar, apesadumbrados, a las Montañas Blancas.

Cuando llegamos nos encontramos con que la colonia se había trasladado. Esto era resultado de una prudente decisión de Julius, nuestro líder. Había previsto la posibilidad de que el enemigo nos desenmascarara y, una vez atrapados e indefensos, explorara nuestras mentes. De modo que, sin decirnos nada, habían elaborado un plan para evacuar el Túnel de las Montañas Blancas, dejando tan sólo unos pocos vigías aguardando nuestro anhelado regreso. Los vigías nos descubrieron a Larguirucho y a mí cuando contemplábamos tristemente la fortaleza abandonada, y nos condujeron al nuevo cuartel general.

Éste se encontraba lejos hacia el este, en terreno de colinas, más bien que montañoso. Era una tierra de valles estrechos, flanqueados por colinas estériles, en su mayor parte cubiertas de pinos. Los que llevaban Placa ocupaban el fondo de los valles, nosotros las lomas. Vivíamos en una serie de cuevas que discurrían tortuosamente entre las alturas, a lo largo de numerosas millas. Afortunadamente había varias entradas. Teníamos centinelas en todas ellas y un plan de evacuación en caso de ataque. Pero hasta ahora todo estaba en calma. Hacíamos incursiones entre los que llevaban la Placa para procurarnos alimentos, pero teníamos cuidado de que las partidas que efectuaban las incursiones se alejaran mucho de la casa antes de dar el golpe.

Ahora Julius había convocado una conferencia y a mí, como única persona que había visto el interior de la Ciudad, —y visto a un Amo cara a cara—, se me había relevado de la guardia para que pudiera asistir.

En la cueva donde se celebraba la conferencia, el techo se arqueaba conformando una oscuridad impenetrable para nuestras lámparas: nos hallábamos sentados bajo un cono de noche en cuyo seno jamás brillaban las estrellas. Las lámparas parpadeaban en las paredes, y había más sobre la mesa, tras la cual estaban Julius y sus consejeros, sentados en sillas de madera toscamente talladas. Cuando me acerqué, Julius se puso en pie para saludarme, pese a que cualquier movimiento físico le causaba molestias, cuando no dolor. De niño quedó lisiado por una caída y ya era un anciano de pelo cano, aunque con las mejillas curtidas como consecuencia de los largos años que había pasado en medio de la atmósfera luminosa y enrarecida de las Montañas Blancas.

—Ven y siéntate a mi lado, Will, —dijo—. En este momento empezábamos.

Larguirucho y yo habíamos llegado hacía un mes. Inmediatamente les dije a Julius y a los demás miembros del Consejo todo lo que sabía e hice entrega de las muestras del venenoso aire verde de los Amos y del agua de la Ciudad que había logrado traer conmigo. Yo esperaba una rápida actuación de alguna índole, aunque no sabía cuál. Había de ser, pensaba yo, rápida. Una cosa que pude decirles fue que una gran nave se hallaba en camino a través del espacio, procedente del mundo originario de los Amos, transportando máquinas que transformarían la atmósfera de nuestra Tierra en un aire apto para que ellos lo respiraran con naturalidad, de modo que no tendrían que permanecer en el interior de las cúpulas protectoras de las Ciudades. Los hombres y todas las demás criaturas nacidas en nuestro planeta perecerían cuando espesara la asfixiante neblina verde. Mi propio Amo había dicho que llegaría dentro de cuatro años, y que entonces se instalarían las máquinas. Había poquísimo tiempo.

Era como si Julius se estuviera dirigiendo a mí, respondiendo a mis dudas. Dijo:

—Muchos de vosotros estáis impacientes, lo sé. Es bueno que lo estéis. Todos sabemos lo tremenda que es la tarea que nos aguarda, su urgencia. No hay excusa para que se demore necesariamente la acción, para que se desperdicie el tiempo. Cada día, cada hora, cada minuto cuentan.

»Pero hay otra cosa que cuenta tanto o más; se trata de la prudencia. Precisamente porque los acontecimientos nos apremian tanto hemos de pensarlo mucho antes de actuar. No podemos permitirnos demasiados movimientos en falso; tal vez no nos podamos permitir ninguno. Por consiguiente, vuestro Consejo ha deliberado larga e inquietamente antes de presentarse ante vosotros con sus planes. Ahora os los expondré a grandes rasgos, pero cada uno de vosotros ha de desempeñar un papel individual; éste se os comunicará más adelante.

Se detuvo y vio que alguien del semicírculo situado ante la mesa se había puesto en pie. Julius dijo:

—¿Deseas hablar, Pierre? Más tarde habrá ocasión, ya sabes.

Pierre era miembro del Consejo cuando llegamos por primera vez a las Montañas

Blancas. Era un hombre oscuro y difícil. Pocos hombres se enfrentaban a Julius, pero él lo había hecho. Supe que se había opuesto a la expedición a la Ciudad de Oro y Plomo, así como a la decisión de trasladarse desde las Montañas Blancas. Al final había abandonado el Consejo, o lo habían expulsado; era difícil saberlo a ciencia cierta. Procedía del sur de Francia, de las montañas que limitaban con territorio español. Dijo:

—Lo que tengo que decir, Julius, es mejor decirlo al principio que al final.

Julius asintió:

—Dilo, pues.

—Hablas de que el Consejo se presenta ante nosotros con sus planes. Hablas de desempeñar papeles, de hombres a los que se dice lo que han de hacer. Yo te recordaría, Julius, que no te diriges a hombres que llevan Placa, sino a hombres libres. Debieras dirigirte a nosotros preguntando, no dando órdenes. Tú y tus consejeros no sois los únicos capaces de hacer planes para derrotar a los Trípodes. Hay otros no exentos de sabiduría. Todos los hombres libres son iguales y tienen derecho a la igualdad. Lo exige, además de la justicia, el sentido común.

Dejó de hablar pero siguió en pie, en medio de más de cien personas que se sentaban sobre la roca desnuda. Fuera reinaba el invierno, e incluso estas colinas tenían un manto de nieve, pero, como en el Túnel, nos protegía un grueso manto de roca. Aquí la temperatura no cambiaba jamás, ni con los días ni con las estaciones. Aquí no cambiaba nada.

Julius dejó pasar un momento antes de decir:

—Los hombres libres pueden gobernarse a sí mismos de modos diferentes. Al vivir y trabajar juntos deben ceder una parte de su libertad. La diferencia entre nosotros y los que tienen Placa es que nosotros la cedemos voluntariamente, de buen grado, por la causa común, mientras que ellos tienen la mente esclavizada por criaturas extrañas que los tratan como si fueran ganado. Además hay otra diferencia. Consiste en que los hombres libres, cuando ceden algo, lo ceden sólo temporalmente. Se hace por consentimiento, no a la fuerza ni con engaños. Y el consentimiento es algo que siempre puede retirarse.

Pierre dijo:

—Hablas de consentimiento, Julius, ¿pero en qué se apoya tu autoridad? En el Consejo. ¿Y quién nombra el Consejo? El mismo Consejo, bajo tu control. ¿Dónde está la libertad?

—Llegará el día, —dijo Julius—, en que habremos de discutir sobre el modo de gobernarnos. Ese día llegará cuando hayamos destruido a los que gobiernan ahora a la humanidad en todo el mundo. Hasta entonces no podemos permitirnos riñas ni discusiones.

Pierre empezó a decir algo, pero Julius alzó una mano y le hizo callar.

—Ni tampoco podemos permitirnos que haya disensiones ni que se sospeche que las hay. Tal vez valía la pena que dijeras lo que has dicho, cualquiera que sea el motivo por el que lo has dicho.

Entre los hombres libres el consentimiento se otorga y se puede retirar. También puede confirmarse. Así que yo digo: Que se ponga en pie todo aquel que ponga en cuestión la autoridad del Consejo y su derecho a hablar en nombre de esta comunidad.

Se interrumpió. En la cueva reinaba el silencio, excepción hecha de un pie que rozó el suelo y del lejano e incesante fragor del agua. Aguardamos, atentos por si un segundo hombre se ponía en pie. Nadie lo hizo. Cuando hubo transcurrido el tiempo suficiente, Julius dijo:

—Te falta apoyo, Pierre.

—Hoy. Pero tal vez no mañana.

Julius asintió.

—Haces bien en recordármelo. Entonces voy a pedir otra cosa.

Ahora os pido que aprobéis a este Consejo como vuestro gobierno hasta que aquellos que se llaman a sí mismos Amos hayan sido totalmente derrotados, —hizo una pausa—. Los que estén a favor que se levanten.

Esta vez se levantaron todos. Otro hombre, un italiano llamado Marco, dijo:

—Voto la expulsión de Pierre, por oponerse a la voluntad de la comunidad.

Julius negó con la cabeza.

—No. Nada de expulsiones. Necesitamos a todos los hombres que tenemos, a todos los hombres que podamos conseguir.

Pierre cumplirá con su parte lealmente, eso me consta. Escuchad. Os diré qué planeamos. Pero antes quisiera que Will os dijera cómo es el interior de la Ciudad de nuestros enemigos. Habla, Will. Cuando referí mi historia al Consejo, ellos me pidieron que de momento mantuviera silencio de cara a los demás. Esto no habría resultado fácil en condiciones normales. Soy hablador por naturaleza y tenía la cabeza llena de las maravillas que había visto dentro de la Ciudad (las maravillas y los horrores). Sin embargo, la dificultad y la incertidumbre del viaje absorbieron mis energías: hubo poco tiempo para pensar. Pero después de llegar a las cuevas fue distinto. En este mundo nocturno, perpetuamente iluminado por luz artificial, donde se oía el eco del silencio, pude pensar, recordar y sentir remordimiento. Descubrí que no tenía ningún deseo de contar a los demás lo que había visto ni lo que había sucedido.

Ahora que Julius me decía que hablara me sentía confuso. Hablé torpemente, interrumpiéndome y repitiéndome muchas veces, en ocasiones casi incoherentemente. Pero poco a poco, mientras proseguía con mi relato, me fui percatando de lo atentamente que todos lo seguían. Además, al continuar, me sentí

transportado por mis recuerdos de aquella época terrible (cómo luchaba bajo el peso intolerable que tenía la poderosa gravedad de los Amos, sudando en medio del calor y la humedad invariables, viendo cómo mis compañeros esclavos se debilitaban y sucumbían al esfuerzo, sabiendo casi con total seguridad que aquél sería también mi destino. Como le ocurrió a Fritz). Más tarde Larguirucho me dijo que hablé apasionadamente y con una soltura que normalmente no poseía. Cuando terminé y me senté se había apoderado de la audiencia un silencio que indicaba cuán profundamente les había afectado el relato.

Entonces Julius volvió a hablar.

—Quería que escucharais a Will por varias razones. Una es que lo que dice es el testimonio de alguien que ha presenciado de hecho las cosas de las que habla. Le habéis oído y sabéis qué quiero decir: lo que os ha descrito lo ha visto. Otra razón es daros ánimos. Los Amos están investidos de un poder y una fuerza desmesurados. Han recorrido las distancias inimaginables que separan las estrellas. Sus vidas son tan largas que las nuestras son, comparativamente, como la danza de un insecto sobre un río tumultuoso, que dura un breve día. Y sin embargo... —hizo una pausa y me miró con una leve sonrisa—. Y sin embargo, Will, un chico normal, no más brillante que la mayoría, alguien insignificante, de poca envergadura, Will ha golpeado a uno de estos monstruos y lo ha visto desplomarse y morir. Tuvo suerte, por supuesto. Tienen un lugar vulnerable a los golpes y él tuvo la suerte de descubrirlo y golpear allí. Ha matado a uno de ellos: el hecho está ahí. No son todopoderosos. Eso nos debe infundir ánimo. Lo que Will logró por suerte nosotros podemos lograrlo haciendo planes y con una actitud resuelta.

»Esto me lleva al tercer punto, la tercera razón por la que quería que oyeráis el relato de Will. Se trata de que, esencialmente, es la historia de un fracaso, —me estaba mirando y yo noté que me ruborizaba. Él prosiguió pausadamente, sin apresurarse—. El Amo se volvió suspicaz cuando encontró en la habitación de Will las notas que había tomado sobre la Ciudad y sus habitantes. Will no pensó que el Amo fuera a entrar en su habitación, donde tendría que ponerse una máscara para poder respirar; pero pensó a la ligera. Después de todo, él sabía que su Amo se preocupaba por los esclavos más que la mayoría, y sabía que, antes de su llegada, había dispuesto la instalación de pequeñas comodidades adicionales en la habitación de refugio. Era razonable pensar que podría volver a hacerlo y encontrar el libro con las notas.

Su tono era uniforme, más analítico que crítico, pero resultaba más condenatorio precisamente por eso.

Mi vergüenza y mi azoramiento iban en aumento a medida que le escuchaba.

—Will logró, con la ayuda de Fritz, salvar la situación en gran medida. Huyó de la Ciudad y regresó con una información cuyo valor es incalculable. Pero se hubiera

podido ganar aún más, —su mirada se había posado nuevamente en mí—. Con tiempo para planificar las cosas mejor, Fritz también hubiera vuelto. Le pasó a Will cuanto información pudo sobre lo que había averiguado, pero habría sido mejor si hubiera podido dar su testimonio personalmente. Porque el menor detalle cuenta para la lucha.

Entonces Julius habló del poco tiempo que teníamos; de que la nave ya estaba en camino, dirigiéndose hacia nosotros a través de las lejanas profundidades del espacio; y de la muerte definitiva que acarrearía a todas las cosas terrenales. Y nos dijo lo que había decidido el Consejo.

Lo más importante era multiplicar (por diez, por cien, al final por mil) nuestros esfuerzos por ganarnos a los jóvenes por todo el mundo. Había que formar células de resistencia que a su vez debían crear otras células. El Consejo disponía de mapas y daría instrucciones sobre dónde ir. Debíamos, en particular, intentar establecer grupos de oposición en las cercanías de las otras dos Ciudades de los Amos (una a miles de millas, hacia el este, por tierra; la otra al oeste, en la orilla opuesta del gran océano).

Sería necesario superar problemas de lenguaje. Había otros problemas (de supervivencia, de organización) que a primera vista podrían parecer insuperables. No eran insuperables, porque no debían serlo. No había lugar para el desfallecimiento ni para la desesperación, solamente para la determinación de entregar hasta la última onza de energía y fuerza en aras de la causa.

Este plan, evidentemente, entrañaba el riesgo de alertar a los Amos sobre la oposición que se generaba. Cabía la posibilidad de que no se tomaran muchas molestias, pues su proyecto de exterminio estaba muy avanzado. No debíamos tener un cuartel general, sino una docena, un centenar, cada uno de ellos capaz de seguir adelante por sí mismo.

El Consejo se dividiría, sus miembros viajarían de un lugar a otro, reuniéndose sólo de vez en cuando y con la debida precaución.

Todo esto en lo tocante a la primera parte del plan (la urgente necesidad de movilizar a todas las fuerzas disponibles para la lucha, efectuar reconocimientos y establecer colonias cerca de las tres Ciudades enemigas). Había otra parte, quizá más importante todavía. Había que idear medios para destruirlas y esto entrañaría mucho trabajo duro y mucha experimentación. Había que establecer una base aparte, pero sólo los que estuvieran destinados en ella conocerían su emplazamiento. Ahí se apoyaba nuestra esperanza final. No podíamos arriesgarnos a que la descubrieran los Amos.

—Ya os he dicho, —indicó Julius—, cuanto puedo decir. Más adelante recibiréis instrucciones individuales, así como las cosas que podáis necesitar para cumplir con ellas, como por ejemplo mapas. ¿Hay alguna pregunta o sugerencia?

No habló nadie, ni siquiera Pierre. Julius dijo:

—Entonces podéis iros, —hizo una pausa—. Ésta ha sido la última vez que nos reunimos todos, constituyendo una asamblea así, hasta que hayamos completado nuestra labor. Lo único que diría para acabar ya lo he dicho. Que nos enfrentamos a algo tremendo y temible, pero no debemos permitir que nos asuste. Podemos conseguirlo. Sin embargo, sólo lo podemos conseguir si cada uno da todo cuanto tiene. Ahora id y que Dios sea con vosotros.

Mis instrucciones me las dio Julius en persona. Tenía que viajar hacia el sudeste, haciéndome pasar por comerciante; llevaría un caballo de carga, tenía que ganar adeptos, sembrar la resistencia y volver a presentarme en este centro.

Julius preguntó:

—¿Está claro para ti, Will?

—Sí, señor.

—Mírame, Will, —alcé la vista. Él dijo—: Creo que aún estás dolido, muchacho, por algunas cosas que dije después de que refirieras tu relato a la asamblea.

—Me doy cuenta de que lo que usted dijo es cierto, señor.

—Pero eso no hace más llevadero ver que, después de haber hecho un relato lleno de valor, habilidad y grandes esfuerzos, alguien lo pinta de un color algo distinto.

No respondí.

—Escucha, Will. Lo que hice lo hice con un objetivo. Las metas que nos imponíamos han de ser ambiciosas, hasta rozar lo imposible. Así que utilicé tu historia para extraer una moraleja: que el descuido de un solo hombre puede destruirnos a todos; que lo suficiente no es nunca suficiente; que no hay lugar para la complacencia por mucho que se haya logrado, porque siempre queda algo por lograr. Pero ahora puedo decirte que lo que hicisteis tú y Fritz fue de un enorme valor para todos nosotros.

Dije:

—Fritz hizo más. Y no regresó.

Julius asintió:

—Es algo que has de sobrellevar. Pero lo que cuenta es que uno de vosotros ha vuelto, que no hemos perdido un año del escaso tiempo que tenemos. Todos hemos de aprender a vivir con nuestras pérdidas y a convertir nuestras lamentaciones en acicates de cara al futuro, —me puso la mano en el hombro—. Porque te conozco puedo decir que obraste bien. Lo recordarás, pero recordarás mis críticas con más claridad y durante más tiempo. ¿No es verdad, Will?

—Sí, señor, —dije—. Así lo creo.

Nosotros tres (Henry, Larguirucho y yo) nos reuníamos en un lugar que habíamos encontrado y que tenía una fisura en la parte alta de la roca, a través de la cual se filtraba una débil luz diurna, lo justo para que pudiéramos distinguir nuestros rostros

sin necesidad de luces. Estaba un tanto alejado de las zonas de las cuevas destinadas a uso general, pero nos gustaba ir allí porque nos recordaba que el mundo exterior, que normalmente sólo se entreveía cuando estábamos de guardia en un punto determinado, existía de verdad; que en algún lugar había luz, viento y cambios atmosféricos en lugar de la oscuridad estática y el rumor, murmullo o goteo del agua subterránea. Un día en que debía haberse desatado en el exterior una violenta tormenta, atravesó la grieta un poco de agua, filtrándose hasta nuestra cueva. Volvimos los rostros hacia allí, disfrutando de la fría humedad y creyendo reconocer el olor de los árboles y la hierba.

Henry dijo:

—Tengo que atravesar el océano occidental. Nos lleva el capitán Curtis, en el «Orión». Despedirá a su tripulación en Inglaterra, exceptuando al que lleva Placa falsa, como él: ellos dos navegarán hasta un puerto situado en el occidente francés, donde nos uniremos a ellos. Somos seis. La tierra a la que nos dirigimos se llama América y allí la gente habla la lengua inglesa.

¿Y tú, Will?

Les conté brevemente. Henry asintió; era evidente que pensaba que la suya era una misión mejor y más interesante. Yo estaba de acuerdo con él en eso; pero tampoco me importaba mucho.

Henry dijo:

—¿Y tú, Larguirucho?

—No sé dónde iré.

—Pero seguramente te habrán destinado.

Asintió.

—A la base de investigación.

Era lo que cabía esperar. Evidentemente necesitaban que gente como Larguirucho experimentara para preparar el ataque contra los Amos. Pensé que esta vez se disgregaba de verdad el trío original. No parecía importar mucho.

Mi pensamiento estaba puesto en Fritz. Julius tenía toda la razón: de lo que dijo yo recordaba sus críticas y, al recordarlas, me sentía avergonzado. De haber tenido una semana o así para prepararnos, podríamos haber escapado los dos. Fue mi falta de cuidado lo que precipitó las cosas, haciendo que Fritz quedara atrapado. Era un pensamiento amargo, pero ineludible.

Los otros dos hablaban y yo me conformaba con que así lo hicieran. Al cabo lo advirtieron. Henry dijo:

—Estás muy callado, Will. ¿Algo va mal?

—No.

Insistió:

—Últimamente siempre estás callado.

Larguirucho dijo:

—Una vez leí un libro sobre esos americanos a cuya tierra te diriges, Henry. Al parecer tienen la piel roja, van adornados con plumas, llevan una especie de hacha, tocan el tambor cuando van a la guerra y fuman en pipa cuando quieren estar en paz.

Generalmente Larguirucho estaba demasiado interesado por los objetos (cómo funcionaban o cómo se les podía hacer funcionar) como para prestar mucha atención a la gente. Pero comprendí que se había percatado de mi pesadumbre y averiguado la causa de la misma (después de todo había compartido conmigo la vana espera en las afueras de la Ciudad y el viaje de vuelta), y estaba haciendo lo posible por evitar que Henry hiciera preguntas y que yo pensara. Me sentí agradecido por eso y por las tonterías que decía.

Antes de poder irme tenía que hacer muchas cosas. Me instruyeron sobre las actividades de un vendedor ambulante, me enseñaron algo de los idiomas que se hablaban en los países que iba a visitar, me dieron consejos sobre cómo establecer células de resistencia y lo que tenía que decirles cuando me marchara. Todo lo registraba escrupulosamente, decidido a no cometer fallos esta vez. Pero mi melancolía no desaparecía.

Henry se fue antes que yo. Se fue muy animado, con un grupo en el que estaba Tonio, que fue mi pareja de entrenamiento y mi rival antes de que partiéramos para los Juegos del norte. Estaban todos muy contentos. Al parecer todos los de las cuevas lo estaban menos yo. Larguirucho trató de animarme, mas sin éxito. Entonces Julius me mandó llamar. Me echó un sermón sobre la futilidad de la autorrecriminación y lo importante que era que yo comprendiese que la única lección válida que se podía extraer del pasado era dar con el modo de evitar errores similares en el futuro. Yo escuché y asentí cortésmente, pero aquel oscuro estado de ánimo no desaparecía. Entonces dijo:

—Will, estás llevando esto equivocadamente. Eres una persona que no soporta con facilidad las críticas, y tal vez las que tú mismo te haces menos que las de los demás. Pero al mantenerte en un estado de ánimo así estás menos capacitado para hacer lo que el Consejo quiere que hagas.

—Yo realizaré mi tarea, señor, —dije—. Y esta vez lo haré bien, lo prometo.

Hizo un gesto negativo con la cabeza:

—No estoy seguro de que esa promesa sirva de algo. Sería distinto si tuvieras el carácter de Fritz. Sí, hablaré de él, aunque te duela. Fritz era melancólico por naturaleza y era capaz de sobrellevar su propia pesadumbre. No creo que ocurra otro tanto contigo, que eres sanguíneo e impaciente. En tu caso el remordimiento y el desánimo podrían ser un estorbo.

—Haré cuanto pueda.

—Ya lo sé. ¿Pero bastará con lo que puedas? —me miró, escrutándome lentamente—. Tenías que salir de viaje dentro de tres días. Creo que debemos retrasarlo.

—Pero, señor...

—No hay peros, Will. Ya lo he decidido.

Dije:

—Estoy preparado ya, señor. Y no podemos perder tiempo.

—Eso encierra un cierto desafío, así que no se ha perdido todo. Pero ya se te está olvidando lo que dije en la última asamblea. No podemos permitirnos movimientos en falso, ni planes ni gente insuficientemente preparados. Te quedarás aquí un tiempo más, muchacho.

Creo que en aquel momento odié a Julius. Incluso cuando superé esto, me sentía amargamente resentido. Veía marchar a otros y me consumía en medio de la inactividad. Los días pasaban, oscuros, sin sol, cansinamente. Sabía que tenía que cambiar de actitud, pero no podía. Lo intenté, procurando revestirme de una falsa alegría, aunque sabía que no engañaba a nadie y menos a Julius. Sin embargo, por fin, Julius volvió a mandarme llamar.

Dijo:

—He estado pensando en ti, Will. Creo que he encontrado una respuesta.

—¿Puedo irme, señor?

—¡Espera, espera! Como sabes, algunos vendedores ambulantes viajan por parejas, para tener compañía y para proteger mejor sus mercancías de los ladrones. Podría ser una buena idea que tuvieras un compañero.

Estaba sonriendo. Nuevamente irritado, dije:

—Estoy bastante bien a solas, señor.

—Pero si se tratara de ir con otro o de quedarse, ¿qué escogerías?

Era mortificante pensar que no me consideraba apto para salir solo. Pero no había más que una respuesta posible. Dije, no exento de mal humor:

—Lo que usted decida, señor.

—Eso está bien, Will. El que se va contigo... ¿quieres conocerlo ahora?

Lo vi sonreír a la luz de la lámpara. Dije, muy estirado:

—Supongo que sí, señor.

—En ese caso... —su mirada se dirigió hacia las sombras oscuras del límite de la cueva, donde una hilera de columnas de caliza formaban una cortina de piedra. Dijo —: Puedes salir.

Se acercó una figura. Me quedé mirando fijamente, pensando que me debía engañar la oscuridad. Era más fácil no dar crédito a mis ojos que aceptar que alguien hubiera regresado de entre los muertos.

Porque era Fritz.

Después me contó todo lo que pasó. Cuando me vio zambullirme en el río que salía de la Ciudad por debajo de la Muralla de Oro, regresó y borró mis huellas, como dijo que haría, difundiendo la historia de que yo había encontrado a mi Amo flotando en el estanque y me había ido directamente al lugar de la Liberación Feliz, no deseando vivir después de la muerte de mi Amo. Creyeron aquello y él se dispuso a intentar seguirme y salir. Pero las penalidades que había padecido, junto con los esfuerzos extraordinarios de la noche que habíamos pasado buscando el río, causaron estragos. Tuvo un segundo desfallecimiento y por segunda vez lo llevaron al hospital de esclavos.

Estaba acordado que, si yo salía, debía esperarle tres días. Transcurrió un tiempo superior antes de que se encontrara en condiciones siquiera de levantarse de la cama, y consecuentemente pensó que me habría ido. (De hecho, Larguirucho y yo esperamos doce días antes de que la desesperación y la llegada de la nieve nos obligaran a partir, pero Fritz no podía saberlo). Al creer esto empezó, como era típico en él, a pensar de nuevo en todo el asunto, lenta y lógicamente. Calculó que sumergirse en el agua para salir por el desagüe de la Ciudad debía de ser difícil (yo hubiera muerto de no encontrarse Larguirucho a mano para rescatarme del río), y conocía lo débil de su condición. Necesitaba reunir fuerzas, y el hospital le ofrecía la mejor oportunidad para hacerlo. Mientras estuviera allí, podría evitar las palizas y las duras tareas que normalmente le imponían. Por supuesto debía tener cuidado de no levantar la sospecha de que pensaba de modo distinto a los demás esclavos, lo cual significaba que debía calcular cuidadosamente el tiempo que podía quedarse. Lo alargó una quincena, fingiendo, cara a los demás, una debilidad que aumentaba en lugar de disminuir a medida que pasaban los días; y entonces, apesadumbrado, dijo comprender que ya no podía seguir sirviendo a su Amo como es debido, y por tanto debía morir. Abandonó el hospital avanzado el día, dirigiéndose hacia el Lugar de la Liberación Feliz; halló un lugar donde ocultarse hasta la caída de la noche y después se encaminó hacia la Muralla y hacia la libertad.

Al principio todo fue bien. Emergió del río una noche oscura, nadó cansadamente hasta la orilla y se fue hacia el sur, siguiendo la ruta que habíamos tomado nosotros. Pero le llevábamos una ventaja de dos días y se retrasó aún más cuando un resfriado febril le obligó a estar echado varios días, sudando y sin comer, en un granero. Seguía encontrándose desesperadamente débil cuando reemprendió el camino y no mucho después una enfermedad más seria le obligó a detenerse. Esta vez, afortunadamente, lo encontraron y cuidaron de él, pues tenía pulmonía; habría muerto de no recibir atención. Lo acogió una señora. Unos años antes su hijo se convirtió en Vagabundo cuando le insertaron la Placa. Por eso se ocupó de Fritz.

Por fin, cuando se sintió bien y con fuerzas, se escapó y continuó el viaje. Encontró las Montañas Blancas azotadas por las ventiscas y se vio obligado a esconderse algún tiempo cerca de los pueblos de los valles antes de poder abrirse camino penosamente por entre la espesa nieve. En el Túnel le dio el alto el único vigía que Julius dejó por si acaso. El vigía lo condujo a las cuevas aquella mañana.

Todo esto me lo dijo él después. En el momento de nuestro encuentro yo me limité a mirarlo, incrédulo.

Julius dijo:

—Espero que tú y tu compañero os llevéis bien. ¿Qué te parece, Will?

De pronto me di cuenta de que estaba sonriendo como un idiota.

CAPÍTULO 2

LA CACERÍA

Íbamos en dirección sudeste, alejándonos del invierno que envolvía la tierra. El paso montañoso que llevaba al país de los italianos era una subida empinada, azotada por ventiscas de nieve, pero después avanzar era más fácil. Atravesamos una fértil llanura y alcanzamos un mar oscuro y sin mareas que batía contra costas rocosas y pueblecitos de pescadores. Seguimos hacia el sur; a nuestra derecha había colinas y, más lejos, montañas, hasta que llegó el momento de atravesar las alturas, de nuevo en dirección oeste.

Como buhoneros se nos recibía bien en casi todas partes, no sólo por las cosas que llevábamos, sino porque éramos caras nuevas en pequeñas comunidades en las que la gente conocía a la perfección a sus vecinos, tanto si les gustaban como si no. Inicialmente nuestras mercancías fueron piezas de tela, así como tallas y pequeños relojes de madera procedentes de la Selva Negra: nuestros hombres habían capturado un par de gabarras que traficaban por el gran río, huyendo con el cargamento.

Esto lo vendimos de camino y compramos otras cosas para venderlas en una etapa posterior de nuestro viaje. El comercio iba bien; la mayoría eran ricas tierras de cultivo y las mujeres y los niños estaban deseosos de novedades. Aparte de lo necesario para comprar comida, acumulábamos los beneficios en forma de monedas de oro y plata. En la mayor parte de los sitios nos daban comida y alojamiento. A cambio de la hospitalidad que nos brindaban nosotros les robábamos a sus hijos.

Esto era algo que jamás logré resolver adecuadamente en mi fuero interno. Para Fritz era sencillo y evidente: teníamos una obligación y había que cumplirla. Aun sin tener esto en cuenta, estábamos contribuyendo a salvar a aquella gente de la destrucción que tenían prevista los Amos. Reconocía que era lógico y le envidiaba por su resolución, pero seguía sintiéndome incómodo. Creo que, en parte, la dificultad estribaba en que recaía más sobre mí que sobre él la función de entablar amistad con ellos. Fritz, ahora lo sabía sobradamente, era afable en el fondo, pero aparentaba ser taciturno y reservado. Su dominio de los idiomas era superior al mío, pero yo hablaba más; y me reía mucho más. En seguida establecía buenas relaciones con cada nueva comunidad que visitábamos, y en muchos casos, me marchaba con verdadero pesar.

Porque, como aprendí durante mi estancia en el Château de la Tour Rouge, el hecho de que un hombre o una mujer llevaran una Placa y pensaran que los Trípodes eran grandes semidioses metálicos no les impedía ser, en todos los demás aspectos, seres humanos capaces de resultar agradables o incluso encantadores. Mi tarea consistía en lograr que nos aceptaran y participaran en nuestros trueques. Lo hacía lo mejor que podía, pero no me era posible permanecer, al mismo tiempo, enteramente

indiferente. Yo siempre me he entregado al hacer las cosas, incapaz de contenerme, y con esto ocurría lo mismo. No era fácil tomarles simpatía, reconocer su amabilidad para con nosotros y al mismo tiempo cumplir nuestro objetivo. El cual, tal como lo hubieran visto ellos, consistía en ganarse su confianza con el único fin de traicionarles. Muchas veces me sentía avergonzado de lo que hacíamos.

Pues nos ocupábamos de los jóvenes, los chicos a quienes dentro de un año o así se les insertaría la Placa. La primera vez nos ganamos su interés recurriendo al soborno, haciéndoles pequeños regalos, como navajas, silbatos, cinturones de cuero y cosas así. Se apiñaron a nuestro alrededor y nosotros les hablamos ingeniosamente, haciendo observaciones y planteando interrogantes destinados a descubrir quiénes de entre ellos habían empezado a poner en tela de juicio el derecho que tenían los Trípodes a gobernar a la humanidad y en qué medida. Rápidamente adquirimos destreza en esto, y en seguida tuvimos buen ojo para detectar a los rebeldes, o a los rebeldes en potencia.

Y había muchos más de los que cabía imaginarse. Al principio me sorprendió que Henry, al que conocía y con quien me había peleado desde que aprendimos a andar, se sintiera tan deseoso como yo por liberarse del fastidioso confinamiento que era la vida que nosotros conocíamos y albergara los mismos recelos sobre lo que nos contaban nuestros mayores de la dicha maravillosa que era recibir la Placa. Mi ignorancia obedecía a que de estas cosas no se hablaba. Formular dudas era algo impensable, pero eso no significaba que las dudas no existieran. Vimos claramente que había alguna clase de duda en las cabezas de todos aquéllos sobre cuyas vidas se cernía la ceremonia de la Placa. Era para ellos una sensación embriagante y liberadora hallarse en presencia de dos personas que aparentemente llevaban Placa y sin embargo, a diferencia de sus padres, no trataban el asunto como un misterio del que jamás se debía hablar, sino que les animaban a hacerlo y escuchaban lo que ellos decían.

Naturalmente, teníamos que ser muy cuidadosos. Al principio hacíamos alusiones veladas, preguntas, —aparentemente inocentes— cuyo efecto dependía de la mirada de que iban acompañadas. Nuestro procedimiento consistía en descubrir en cada pueblo a aquél o aquéllos en quienes se diera la mejor combinación de independencia de criterio y fiabilidad. Entonces, poco antes de proseguir, los llevábamos aparte y les dábamos información y consejos.

Les contábamos la verdad sobre los Trípodes y sobre el mundo, y les hablábamos del papel que debían desempeñar en la organización de la resistencia. Ahora no se trataba de enviarlos a uno de nuestros cuarteles generales. En lugar de ello debían formar un grupo de resistencia elegido entre los demás chicos de su pueblo o ciudad y preparar un plan para huir antes de la Ceremonia de la Placa, que tendría lugar en primavera. (Esto sería mucho después de nuestra visita para que no hubiera ninguna

sospecha de que estábamos implicados en ello). Tenían que encontrar lugares donde vivir, alejados de quienes llevaban Placa, pero desde donde pudieran efectuar incursiones en sus tierras, en busca de alimentos y de jóvenes que reclutar. Y donde pudieran aguardar nuevas instrucciones.

Era poco lo que se podía establecer firmemente: el éxito dependería de la habilidad individual a la hora de improvisar y actuar. Nosotros podíamos ofrecer una pequeña ayuda por medio de las comunicaciones. Llevábamos palomas con nosotros, enjauladas por parejas, y de vez en cuando dejábamos una pareja con uno de nuestros partidarios. Se trataba de aves que podían regresar, cubriendo vastas distancias, al nido del que habían venido, llevando mensajes escritos con letra muy pequeña sobre papel fino, atados a las patas. Tenían que criar y sus descendientes serían empleados para mantener el contacto entre los diversos centros y con el grupo del cuartel general, bajo cuya responsabilidad estaban.

También les indicamos signos de identificación: un lazo atado a la crin de un caballo; un tipo especial de sombrero que había que llevar formando un ángulo determinado; cierta forma de saludar con la mano; la imitación de los gritos de algunos pájaros. Y lugares cercanos donde se pudiesen dejar mensajes que volvieran a guiarnos a nosotros o a nuestros sucesores hasta cualquier escondrijo que hubiesen encontrado. El resto teníamos que dejarlo en manos de la providencia; y seguir nuestro camino, cada vez más lejos, siguiendo la ruta que Julius nos indicara.

Al principio vimos Trípodes con bastante frecuencia. >Sin embargo, a medida que avanzábamos, esto sucedía cada vez menos. Descubrimos que no se trataba de que el invierno los volviera inactivos, sino que era consecuencia de la distancia a que se encontraban de la Ciudad. En la tierra denominada Hélade nos dijeron que sólo hacían aparición unas pocas veces al año, y en la zona oriental de aquel país los aldeanos nos dijeron que los Trípodes sólo venían para las ceremonias de la Placa y tampoco a todos los lugares pequeños, como hacían en Inglaterra: los padres cubrían grandes distancias con sus hijos para que les fuera insertada la Placa.

Era lógico, desde luego. Los Trípodes podían desplazarse velozmente (a muchas veces la velocidad de un caballo al galope) sin detenerse, pero incluso para ellos las distancias debían de tener su inconveniente. Era inevitable que vigilaran las regiones próximas a la Ciudad más a fondo que los lugares alejados: cada milla suponía un ensanchamiento del círculo del que la Ciudad era el centro. En cuanto a nosotros, era un alivio encontrarnos en territorios donde podíamos estar casi seguros de que, —en esta época del año—, ningún hemisferio metálico irrumpiría por el horizonte, apoyándose en sus tres patas articuladas. Y surgió una idea. Los Amos tenían dos Ciudades, una a cada extremo, más o menos, de este vasto continente. Si el control se hacía cada vez más tenue a medida que uno se alejaba de una Ciudad, ¿no podría haber un área a mitad de camino donde no existiera ningún control, donde hubiera

hombres sin Placa, libres? (De hecho, según supimos más adelante, los arcos de control se superponían y la zona que quedaba fuera de los mismos era en su mayor parte del océano, al sur; y, al norte, yermos de tierra helada. Las tierras situadas más hacia el sur que quedaban fuera de su control, las habían arrasado).

Nuestra tarea no resultaba, como hubiera podido pensarse, más sencilla allí donde los Trípodes eran menos familiares. Si acaso, tal vez debido a su rareza, parecían inspirar una devoción más profunda. Llegamos por fin a una tierra, al otro lado de un istmo situado entre dos mares, cerca del cual se alzaban las ruinas de una gran ciudad (estaba relativamente poco cubierta por la vegetación, pero parecía mucho más antigua que ninguna de las que habíamos visto), en la que había grandes hemisferios de madera dispuestos sobre tres pilotes; se accedía a ellos por unos escalones, donde la gente los adoraba. Allí tenían lugar largas y complejas ceremonias, con muchos cánticos y lamentos. Encima de cada hemisferio se alzaba la imagen de un Trípode, de oro, pero no pintado, sino de hoja batida del propio metal.

Pero insistimos y también allí ganamos conversos. Para entonces ya nos estábamos haciendo diestros en nuestra labor.

Pasamos tribulaciones, por supuesto. Aunque habíamos viajado en dirección sur, hacia tierras más soleadas y cálidas, en algunas ocasiones pasábamos mucho frío, sobre todo en las regiones más altas, donde por la noche teníamos que acurrucarnos junto a los caballos para que no se nos helara la sangre en las venas. Pasamos días largos y áridos en regiones casi desérticas, donde teníamos que buscar ansiosamente indicios de agua, no tanto para nosotros como para los caballos. Dependíamos absolutamente de ellos y fue un duro revés cuando el caballo de Fritz enfermó y, un par de días después, murió. Yo fui lo suficientemente egoísta como para alegrarme de que no fuera mi caballo, «Crin», al que tenía mucho cariño (si Fritz sentía algo similar lo ocultó tenazmente). Pero me preocupaban aún más las dificultades que nos aguardaban.

Además nos encontrábamos en un terreno malo, en las lindes de un gran desierto y muy lejos de todo lugar habitado. Cargamos sobre «Crin» cuanto equipaje pudimos e iniciamos una lenta marcha, a pie, por supuesto, en dirección a la aldea más cercana. Cuando partimos vimos cómo unos pájaros grandes y feos, que habían estado trazando círculos en el cielo, se dejaban caer para arrancar la carne de los huesos del pobre animal. Los dejarían limpios en menos de una hora.

Esto fue por la mañana. Viajamos todo aquel día y la mitad del siguiente antes de llegar junto a unas pocas casuchas de piedra, arracimadas en torno a un oasis. Allí no había posibilidades de sustituir al animal que habíamos perdido y tuvimos que seguir andando otros tres días hasta llegar a un lugar descrito como ciudad, aunque de hecho no era mayor que Wherton, el pueblo donde yo nací. Aquí había animales y podíamos

pagar uno con el oro que habíamos reunido. La dificultad estribaba en que por aquellas tierras jamás empleaban a los caballos como bestias de carga, sino tan sólo como corceles vistosamente engalanados para las personas de alto rango. No nos hubiéramos podido permitir el comprar uno y, de haberlo hecho, habríamos incurrido en una desconsiderada transgresión de la costumbre local si lo hubiéramos cargado de sacas.

Lo que sí tenían aquí era una criatura que yo no había visto jamás ni tampoco pensaba que pudiera existir. Estaba cubierta de pelo áspero, marrón claro, era más alta que un caballo y tenía una enorme joroba en el lomo que, según nos dijeron, contenía una reserva de agua que en caso necesario le permitía sobrevivir días, incluso una semana. En lugar de pezuñas tenía unos grandes pies planos y dedos. Rematando un largo cuello estaba la cabeza, espantosamente fea, de labios flácidos, grandes dientes amarillos y —puedo decirlo—, aliento fétido. El animal tenía aspecto torpe y desganado, pero era capaz de moverse con sorprendente rapidez y transportar grandes pesos.

Fritz y yo no nos pusimos de acuerdo con respecto a ellos. Yo quería que compráramos uno y él se oponía. Yo padecí la frustración que habitualmente me sobrevenía cuando nos peleábamos por algo. La apasionada defensa de mis propios argumentos se topó con una resistencia férrea e inmovible por su parte. Esto me hizo enfadarme; mi indignación lo volvió más hosco y obstinado, lo cual me hizo enfadarme aún más... y así sucesivamente. Cuando enumeraba las ventajas del animal él respondía simplemente que casi habíamos llegado al lugar donde teníamos que dar la vuelta e iniciar el regreso a las cuevas. Por muy útil que fuera en aquellas tierras, resultaría estrafalario en los lugares donde no estaban familiarizados con él y la única cosa que no debíamos hacer era llamar la atención indebidamente. También era probable, indicó Fritz, que, al estar acostumbrado a este clima concreto, enfermara y muriera en tierras más septentrionales.

Por supuesto que él tenía toda la razón, pero nos pasamos dos días discutiendo antes de que yo fuera capaz de admitirlo. Y de admitir, al menos de cara a mí mismo, que, en parte, lo que me había atraído de él era el hecho de que fuera tan estrafalario. Me había imaginado a mí mismo (pobre «Crin», momentáneamente olvidado) por las calles de ciudades desconocidas, montando en el lomo bamboleante de aquella criatura, mientras la gente se congregaba alrededor para contemplarla.

Por la misma cantidad de dinero pudimos comprar dos asnos —animales pequeños pero resistentes y serviciales—, y los cargamos con nuestras mercancías. También tuvimos suficiente para comprar las mercaderías de aquel país: dátiles, especias diversas, sedas y alfombras bellamente tejidas, que vendimos más adelante obteniendo buenos beneficios. Pero hicimos pocos conversos. Podíamos comprar, vender y cambiar hablando por señas, pero eran necesarias las palabras para hablar de

la libertad y de la necesidad de arrancarla de los que nos esclavizaban. Además, el culto a los Trípodes era aquí mucho más fuerte. Por todas partes había hemisferios; los de mayor tamaño disponían de una plataforma debajo de la figura del Trípode, que iba arriba, y desde aquélla un sacerdote llamaba a oración a los fieles tres veces al día, al amanecer, a mediodía y al ocaso. Nosotros inclinábamos la cabeza y murmurábamos junto con los demás.

Y así llegamos al río que indicaba nuestro mapa, una vía navegable, ancha, de aguas templadas, que discurría serpenteando perezosamente por un valle verde. Y dimos vuelta, camino de casa.

El viaje de vuelta fue diferente. Atravesamos una cordillera siguiendo un paso de montaña y salimos cerca de la costa oriental del mar que habíamos divisado desde la gran ciudad en ruinas que se alzaba junto al istmo. Lo bordeamos siguiendo una trayectoria hacia el norte y el oeste, empleando poco tiempo y ganando nuevamente numerosos adeptos a nuestra causa. La gente hablaba la lengua rusa; a nosotros nos habían enseñado un poco y nos habían dado notas para su estudio. Viajábamos hacia el norte, pero el verano nos iba ganando terreno: las flores iluminaban la tierra y recuerdo que en una ocasión viajamos durante todo el día en medio del aroma embriagador de las naranjas incipientes, que maduraban en las ramas, en medio de los vastos naranjales. Nuestro plan preveía que estuviéramos de vuelta en las cuevas antes del invierno y tuvimos que apretar la marcha para cumplirlo.

Regresábamos también en dirección a la Ciudad de los Amos, por supuesto. De vez en cuando veíamos Trípodes surcando el horizonte. Sin embargo, no vimos ninguno de cerca, cosa que agradecemos. Es decir, no vimos ninguno hasta el día de la Cacería.

Los Amos, según habíamos averiguado, trataban a los que tenían Placa de modo distinto según los distintos lugares. No sé si les divertía el espectáculo de la variedad humana. El os, por supuesto, siempre habían sido de la misma raza y la idea de las diferencias nacionales, los innumerables idiomas y la guerra (que fue el azote de la humanidad hasta que ellos efectuaron su conquista) les resultaba sumamente extraña. En todo caso, aunque ellos prohibían la guerra, alentaban otras formas de diversidad y separación, y hasta cierto punto colaboraban con las costumbres humanas. Así, durante la ceremonia de la Placa, seguían un ritual, al igual que hacían sus esclavos, apareciendo en un momento concreto, haciendo sonar un toque especial, sordo y atronador, efectuando los movimientos prescritos. En los torneos de Francia y en los Juegos hacían paciente acto de presencia a lo largo de todo el desarrollo, aunque lo único que les interesaba directamente eran los esclavos que adquirirían al final. Tal

vez, como digo, les divirtieran estas cosas. O tal vez sintieran que así cumplían con su papel de dioses. Sea como fuere, nos encontramos con una extraña y horrible demostración de esto cuando nos hallábamos a tan sólo unos centenares de millas de la meta de nuestro viaje.

Durante muchos días fuimos siguiendo un gran río en el que, como ocurriera en el río que nos guió hacia el norte, hacia los Juegos, había mucho tráfico. Cuando en nuestro camino se cruzaban las ruinas de una gran ciudad nos desviábamos hacia zonas más altas. La tierra estaba bien cultivada, en gran medida con viñedos cuyas uvas habían cosechado recientemente. Estaba muy poblada y pasamos la noche en una ciudad desde la que se dominaban las ruinas, el río y la amplia llanura por la que éste discurría dirigiéndose hacia un ocaso otoñal.

Nos encontramos con un pueblo que bullía de agitación, atestado de visitantes llegados de un entorno de cincuenta millas a la redonda por causa de lo que iba a suceder al día siguiente. Hicimos preguntas en calidad de buhoneros ignorantes y nos respondieron con bastante prontitud. Lo que averiguamos era aterrador.

El día recibía diferentes denominaciones; unos hablaban de la Cacería, otros del Día de las Ejecuciones.

En mi Inglaterra natal ahorcaban a los asesinos; era algo brutal y repugnante, pero se consideraba necesario para proteger a los inocentes, y se llevaba a cabo expeditamente y de forma tan humana como dicha práctica lo permitía. En cambio, aquí los tenían en prisión hasta un día determinado de otoño, cuando se recogían y se prensaban las uvas y estaba listo el primer vino nuevo. Entonces llegaba un Trípode, soltaban a los condenados uno a uno y el Trípode los cazaba, en tanto la gente del lugar lo contemplaba, bebía vino y celebraba el espectáculo. Mañana iban a cazar y matar a cuatro, el mayor número desde hacía varios años. Con tal motivo la excitación era superior. No servirían el vino nuevo hasta que fuera de día, pero corrió bastante vino viejo y la gente se emborrachó tratando de apagar la sed y aplacar su febril expectación.

Asqueado, aparté la vista del espectáculo y le dije a Fritz:

—Menos mal que podemos marcharnos al amanecer. No tenemos que quedarnos a ver lo que pasa.

Me miró con tranquilidad.

—Pero debemos hacerlo, Will.

—¿Ver cómo sueltan a un hombre, cualquiera que sea el crimen que haya cometido, para que un Trípode lo cace como si fuera una liebre? ¿Mientras sus semejantes cruzan apuestas para ver cuánto tiempo resiste? —me sentía irritado y lo dejé ver—. Para mí eso no es una diversión.

—Ni para mí tampoco. Pero todo lo que tenga que ver con los Trípodes es importante. Es igual que cuando estábamos juntos en la Ciudad. No hay que pasar

nada por alto.

—Entonces quédate tú. Yo me iré hasta la siguiente parada y te esperaré allí.

—No, —habló con tolerancia pero con firmeza—. Tenemos instrucciones de trabajar juntos. Además, entre este pueblo y el siguiente, «Max» podía meter una pezuña en un hoyo y derribarme, y yo podría partirme el cuello al caer.

Había llamado a los dos burros «Max» y «Moritz», nombres de los personajes de ciertas historias que les contaban a los niños alemanes en la infancia. Los dos sonreímos ante la idea de que «Max», que era de paso firme, diera un traspies. Pero me di cuenta de que Fritz tenía bastante razón en lo que decía: presenciar la escena era parte de nuestra labor y no debíamos esquivarlo porque fuera desagradable.

—Vale, —dije—. Pero nos iremos en cuanto termine. No quiero quedarme en este pueblo más tiempo del necesario.

Eché una ojeada al café en el que nos encontrábamos. Los hombres cantaban borrachos y golpeaban con los vasos las mesas de madera, derramando vino. Fritz asintió:

—Yo tampoco.

El Trípode llegó por la noche. Por la mañana se alzaba cual gigantesco centinela en un campo situado inmediatamente debajo del pueblo, en silencio, inmóvil, como los Trípodes que había en el torneo de la Tour Rouge y en el Campo de los Juegos. Era un día festivo. Ondeaban las banderas, había telas de colores que colgaban de unos tejados a otros, atravesando las estrechas callejas; los vendedores ambulantes salieron pronto para pregonar salchichas calientes, bocadillos de carne picada cruda con cebolla, dulces, lazos y chucherías. Miré una bandeja que llevaba un hombre. Había una docena o más de pequeños Trípodes de madera; cada uno de ellos sujetaba con el tentáculo la figura diminuta de un hombre agonizante. El vendedor era un hombre alegre, de rostro rojizo; vi cómo otro hombre de aspecto igualmente amable, un próspero campesino que llevaba polainas y tenía una espesa barba blanca, le compraba dos para sus nietos gemelos, un niño rubio y una niña con coletas, de unos seis o siete años.

Había mucha rivalidad para hacerse con los lugares que tenían buena visibilidad. A mí no me apetecía esforzarme por conseguir uno, pero de todos modos Fritz había arreglado las cosas. Los dueños de muchas casas cuyas ventanas tenían una posición privilegiada alquilaban sitios, y él había pagado dos. El precio era elevado, pero incluía vino y salchichas. También estaba incluido el uso de lentes de aumento.

Había visto muchas en un escaparate y supuse que sería el centro donde las fabricaban. Entonces me pregunté por qué, pues no vi la relación. Ahora lo entendía. Nosotros mirábamos por encima de las cabezas de una muchedumbre y el reflejo del sol destellaba en numerosas lentes. No muy lejos, en una carretera que bajaba

formando una cuesta muy empinada, un hombre había dispuesto un telescopio sobre una plataforma. Por lo menos tenía seis pies de largo; estaba voceando:

—¡Vistas cercanísimas! ¡Diez groschen los diez segundos! ¡Diez chelines el momento de la muerte! ¡Tan cerca como si fuera al otro lado de la calle!

El frenesí de la muchedumbre se acrecentaba con la espera. Había hombres subidos en estrados, registrando apuestas (sobre la duración de la cacería y lo lejos que llegaría el hombre). Esto me pareció absurdo al principio porque no veía cómo iba a ser capaz de poner la menor distancia de por medio. Pero uno de los que estaban en la habitación explicó las cosas. Al hombre no lo soltaban a pie, sino a caballo. El Trípode podía dejar fácilmente atrás al caballo, por supuesto, pero un jinete que aprovechara cuanto pudiera el terreno podía evitar que lo alcanzaran durante un máximo de un cuarto de hora.

Pregunté si alguna vez alguien lograba escapar. Mi compañero hizo un gesto negativo con la cabeza. Teóricamente era posible: había una norma según la cual al otro lado del río cesaba la persecución. Pero a lo largo de todos los años que venía celebrándose la Cacería nadie había llegado jamás hasta allí.

Súbitamente la multitud se quedó en silencio. Vi que llevaban un caballo ensillado al campo sobre el que se cernía el Trípode. Unos hombres uniformados de gris llevaron allí a otro hombre, vestido de blanco. Miré con las lentes y vi que era un hombre esquelético, de unos treinta años, que parecía perdido y desconcertado. Le ayudaron a subirse al caballo y allí se quedó sentado, mientras los hombres uniformados le sujetaban los estribos por los dos lados. El silencio se hizo más profundo. Lo horadó el tañido de una campana que daba las nueve. Al sonar el último tañido ellos se echaron hacia atrás, palmeando el flanco del caballo. El caballo dio un salto hacia delante y la voz de la multitud se elevó, formando un grito de reconocimiento y júbilo.

Descendió por la pendiente hacia el lejano resplandor plateado del río. Puede que recorriera un cuarto de milla antes de que se moviera el Trípode. Un enorme pie metálico se elevó, surcó el cielo y después le siguió otro. No se estaba dando ninguna prisa en especial. Pensé en el hombre que iba a caballo y sentí que su miedo me subía hasta la boca como si fuera bilis. Aparté la vista de la escena y la dirigí a los rostros que me rodeaban. Fritz se mostraba impasible, como siempre, observando atentamente. Los demás... me daban asco, creo que más que lo que estaba sucediendo a lo lejos.

No duró mucho. El Trípode lo cogió cuando atravesaba al galope los viñedos de una desnuda ladera de color ocre. Descendió un tentáculo y lo arrebató del caballo con la limpieza y seguridad con que una muchacha enhebra una aguja. De entre los espectadores se elevó otro grito. El tentáculo lo sujetaba como si fuera un muñeco que se resistía. Y entonces un segundo tentáculo...

Se me revolvió el estómago, me puse de pie como pude y salí corriendo de la habitación.

Cuando volví el ambiente había cambiado, la agitación había dado paso a una especie de relajación. Estaban bebiendo vino y hablando de la Cacería. Concluyeron que éste había resultado un mal ejemplar. Alguien, al parecer antiguo criado de la heredad de un conde propietario de un castillo cercano, había perdido el dinero apostado por él y estaba enfadado. Cuando reaparecí me recibieron con algunos comentarios burlones, entre risas. Me dijeron que era un extranjero rajado y me instaron a beber un litro de vino para calmar los nervios. Afuera se podía observar en la muchedumbre el mismo relajamiento, una sensación casi de saciedad. Estaban pagando las apuestas y había mucho ajetreo en la venta de empanadillas calientes y de dulces. Observé que el Trípode había regresado a su posición originaria dentro del campo.

Poco a poco, a medida que transcurría el tiempo, la tensión volvió a surgir. A las diez se repitió la ceremonia, volvió a arreciar la agitación entre los que nos rodeaban, elevándose al comenzar la Cacería el mismo clamor de júbilo y aprobación que antes. La segunda víctima les proporcionó una diversión mayor.

Cabalgó bien, con rapidez, y evitó durante algún tiempo el tentáculo del Trípode, galopando bajo la protección de unos árboles. Cuando volvió a irrumpir en terreno descubierto quise gritarle que se quedara donde estaba. Mas no hubiera servido de nada, como él seguramente sabría: el Trípode habría arrancado los árboles que lo rodeaban. Avanzaba hacia el río y vi que había otra arboleda, tal vez media milla más adelante. Antes de que llegara allí el tentáculo descendió. La primera vez lo esquivó, desviando al caballo en el momento preciso, de modo que, al caer, el cable de metal golpeó el suelo, junto a él. Pensé que tenía posibilidades de alcanzar su objetivo, no le faltaba mucho para el río. Pero al segundo intento el Trípode apuntó mucho mejor. Lo arrancó de la silla y destrozó el cuerpo, como hizo con el primer hombre. Sus gritos de agonía nos llegaban débilmente a través del luminoso aire otoñal, en medio de un silencio súbito.

Después de aquella muerte ya no volví. Mi capacidad de aguante tenía un límite, aun tratándose de un deber. Fritz lo soportó, pero cuando lo vi después tenía aspecto ceñudo y se le veía todavía más taciturno de lo normal.

Unas semanas después llegamos a las cuevas. Sus lúgubres profundidades resultaban extrañamente atractivas, eran un refugio frente al mundo por el que habíamos viajado durante casi un año. Los muros de roca nos rodeaban y las lámparas parpadeaban cálidamente. Sin embargo, era más importante el estar libre de la tensión que suponía mezclarse con los que llevaban Placa y tratar con ellos. Aquí conversábamos con hombres libres, como nosotros.

Estuvimos tres días sin hacer nada, excepción hecha de las obligaciones rutinarias

que todos teníamos. Luego recibimos órdenes del Comandante local, un alemán llamado Otto. Teníamos que presentarnos, en un plazo de dos días, en un lugar que aparecía especificado en un mapa de consulta simplemente como un punto. El mismo Otto ignoraba el porqué.

CAPÍTULO 3

EL JINETE VERDE Y EL CABALLO VERDE

Nos llevó dos días enteros a caballo, a buen paso la mayor parte del tiempo. El invierno irrumpía nuevamente con firmeza; los días se acortaban, un veranillo de San Miguel prolongado y agradable dio paso a un tiempo frío e inestable, procedente del oeste. Cabalgamos a lo largo de toda una mañana mientras en el rostro nos caía aguanieve y un recio aguacero. La primera noche dormimos en una pequeña posada, pero al aproximarse el final del segundo día nos encontrábamos en un territorio salvaje y desierto, donde había ovejas paciendo una hierba rala, pero ni rastro de pastores ni de cabañas de pastores.

Sabíamos que nos encontrábamos cerca del final del viaje. Atamos a los caballos en lo alto de una pendiente y contemplamos el mar abajo, una línea larga que batía contra una costa rocosa, poco prometedora, completamente deshabitada, al igual que la tierra. Exceptuando... lejos, hacia el norte, justo en el límite del campo visual, había una elevación achatada que apuntaba al cielo. Hablé con Fritz, éste asintió y nos encaminamos hacia allí.

Cuando estuvimos más cerca pudimos ver que eran las ruinas de un castillo, enclavadas sobre un promontorio de roca. Al acercarnos aún más observamos que en la parte más alejada hubo una vez un puerto; allí había más ruinas, aunque de proporciones más modestas. Seguramente serían casas de pescadores. Aquello debió de ser antiguamente una aldea de pescadores, pero ahora se hallaba abandonada. No vimos ningún indicio de vida, ni allí ni en el castillo, que se elevaba, negro y severo, recortado contra un cielo cada vez más gris. Un camino maltrecho, lleno de baches, conducía hasta una entrada, a uno de cuyos lados colgaban los restos destrozados de una puerta de madera con barrotes de hierro. La atravesamos y nos encontramos en un patio.

Estaba vacío y sin vida, como todo lo demás, pero desmontamos y atamos los caballos a una anilla de hierro que tal vez usaran con aquel mismo propósito hacía miles de años. Aunque hubiéramos tomado equivocadamente la referencia del mapa, íbamos a tener que abandonar la búsqueda hasta por la mañana. Pero me resultaba imposible pensar que nos hubiéramos equivocado. Vi que una luz parpadeaba tenuemente detrás de una tronera y le di a Fritz en el brazo, señalándoselo. Desapareció y volvió a hacerse visible en una parte más alejada del muro. Sólo pude apreciar que había una puerta y que la luz se movía en dirección a ella. Nos dirigimos hacia allí y llegamos cuando alguien que llevaba una luz, doblaba un recodo del pasillo interior. Elevó la luz, iluminándonos las caras.

—Os habéis retrasado un poco, —dijo—. Ya no contábamos con vosotros hoy.

Me adelanté, riéndome. Seguía sin poder verle la cara, pero sabía muy bien de

quién era aquella voz: de Larguirucho.

Habían restaurado determinadas habitaciones (en su mayor parte las que daban al mar) y una sección de las mazmorras, haciéndolas habitables. Nos dieron una buena cena caliente: un estofado muy rico y después pan casero y un queso francés en forma de rueda, con la corteza recubierta de un polvo blanco, que era cremoso y amarillo por dentro y tenía un sabor fuerte y agradable. Había agua caliente para lavarse y en una de las habitaciones libres habían preparado las camas, dotadas de sábanas. Dormimos bien, arrullados por el balanceo y el fragor del mar que rompía contra las rocas; nos despertamos repuestos. En el desayuno estuvieron presentes otros, aparte de Larguirucho. Reconocí dos o tres caras que sabía pertenecían al grupo que estudiaba la sabiduría de los antiguos. Otra persona que me resultaba familiar entró cuando estábamos comiendo. Julius cruzó la habitación cojeando, y avanzó hacia nosotros con una sonrisa.

—Bienvenido, Fritz. Y tú, Will. Nos alegra volver a teneros entre nosotros.

Hicimos preguntas sobre Larguirucho y recibimos evasivas. Nos dijo que todo quedaría explicado por la mañana. Y después de desayunar fuimos con Julius, Larguirucho y media docena más a una enorme sala situada en el primer piso del castillo. Había un gran ventanal que daba al mar, en cuyo vano habían dispuesto una estructura de metal y madera; había también una chimenea enorme en la que la leña crepitaba y ardía. Nos sentamos en bancos, ante una mesa larga y tosca, sin observar ningún orden especial. Julius nos habló.

—Primero satisfaceré la curiosidad de Will y de Fritz, —dijo—. Los demás debéis aguantar conmigo, —nos miró—. Éste es uno de los varios lugares en los que se efectúan investigaciones para dar con la forma de derrotar a los Amos. Se han expuesto muchas ideas y muchas son ingeniosas. Sin embargo todas presentan inconvenientes, y el principal inconveniente, común a todas ellas, es que todavía, a pesar del informe que hicisteis vosotros dos, sabemos muy poco sobre el enemigo.

Hizo una pausa momentánea.

—El verano pasado enviamos un segundo trío a los Juegos del norte. Sólo uno hizo méritos para que lo llevaran a la Ciudad. No hemos vuelto a saber nada de él. Todavía puede ser que huya —nosotros así lo esperamos—, pero no podemos depender de eso. En todo caso es dudoso que nos pueda proporcionar la información que necesitamos. Porque hemos llegado a la conclusión de que lo que de verdad necesitamos es tener en nuestras manos a un Amo, preferiblemente vivo, para poder estudiarlo.

Tal vez mi rostro revelara escepticismo; siempre me han dicho que es demasiado revelador. Sea como fuere, Julius dijo:

—Sí, Will, cabe pensar que eso es imposible. Pero tal vez no lo sea del todo. Por

eso os hemos llamado a vosotros dos en nuestra ayuda. Habéis visto, de hecho, el interior de un Trípode, cuando os transportaban a la Ciudad. Es cierto que ya nos lo habéis descrito, y con todo detalle. Pero si tenemos que capturar a un Amo, debemos sacarlo de esa fortaleza metálica, dentro de la cual se pasean por nuestras tierras. Y para eso hasta el más mínimo detalle que seáis capaces de rescatar de entre vuestros recuerdos puede servir de ayuda.

Fritz dijo:

—Usted habla de coger a uno vivo, señor. ¿Pero cómo se puede hacer eso? En cuanto esté fuera del Trípode, en el seno de nuestra atmósfera, se asfixiará en cuestión de segundos.

—Oportuna observación, —dijo Julius—, pero tenemos una respuesta. Vosotros trajisteis muestras de la Ciudad. Hemos aprendido a reproducir el aire verde en cuyo seno viven. Ya hay una habitación del castillo preparada, cerrada y con una recámara de aire que nos permite entrar y salir.

Fritz dijo:

—Pero si consiguen traer un Trípode hasta aquí y aquí lo estudian... los demás vendrán en su busca. Pueden destruir el castillo muy fácilmente.

—También tenemos un recipiente lo bastante grande como para meter a uno dentro, y lo podemos cerrar herméticamente. Si efectuamos la captura en un punto de la costa alejado de aquí, podemos traerlo en barca.

Yo dije:

—¿Y los medios para capturarlo, señor? Yo no diría que es fácil.

—No, —convino Julius—, no es fácil. Pero los hemos estado estudiando. Son criaturas rutinarias y por lo general transitan unos caminos determinados. Hemos estudiado las posiciones y los horarios de muchos. Hay un lugar, a unas cincuenta millas hacia el norte, por el que pasa uno cada nueve días. Atraviesa un terreno comunal, accidentado, al borde del mar. Una vez que pase, y antes de que vuelva a hacerlo, disponemos de un intervalo de nueve días para excavar un hoyo y extender por encima una tapa de brozas y tierra. Haremos caer al Trípode y después lo único que tenemos que hacer es sacar al Amo, meterlo en la caja y transportarlo a una barca situada muy cerca. Por lo que nos habéis dicho Fritz y tú (que su respiración es mucho más lenta que la nuestra) no debiera haber peligro de que se asfixiara antes de que le aplicáramos una mascarilla.

Fritz planteó una objeción:

—Se pueden comunicar entre sí y con la Ciudad por medio de rayos invisibles.

Julius sonrió.

—Esa cuestión también podemos arreglarla. Ahora habladnos de los Trípodes. Delante de vosotros tenéis papel y lápices. Dibujad bocetos de ellos. Además, dibujar os refrescará la memoria.

Estuvimos una semana en el castillo antes de desplazarnos al norte. Durante este tiempo supe, por Larguirucho y los demás, algo de los grandes pasos dados durante el año anterior para recuperar los conocimientos de los antiguos. Supuso un gran avance una expedición a las ruinas de una de las grandes ciudades, en donde se encontró una biblioteca que contenía miles y miles de libros que explicaban las maravillas de la época anterior a la llegada de los Trípodes. Esto brindó el acceso a todo un mundo de sabiduría. Ahora era posible, según me dijo Larguirucho, construir esos objetos que por medio de una energía llamada electricidad despedían una luz mucho más brillante y constante que la de las lámparas de petróleo y las velas a que estábamos acostumbrados. Era posible obtener calor mediante una determinada disposición de cables, construir un vehículo que se desplazaba no tirado por caballos, sino por medio de un pequeño motor interno. Cuando dijo esto, yo miré a Larguirucho.

—¿Entonces se podría hacer que el Shemand-Fer volviera a funcionar como antes?

—Muy fácilmente. Sabemos tratar los metales mecánicamente, construir la piedra artificial que los antiguos llamaban cemento. Podríamos erigir edificios muy altos, volver a crear grandes ciudades. Somos capaces de enviar mensajes por medio de los rayos invisibles que utilizan los Amos, ¡incluso enviar imágenes por el aire! Hay muchísimas cosas que podemos hacer o que podríamos aprender a hacer en poco tiempo. Pero sólo nos concentramos en las cosas que significan una ayuda directa e inmediata para derrotar al enemigo. Por ejemplo, en uno de nuestros laboratorios hemos construido una máquina que utiliza temperaturas muy elevadas para taladrar metales. La tenemos aguardándonos en el norte. «¿Laboratorios? ¿Qué sería aquello?», me pregunté. Muchas de las cosas que decía Larguirucho me dejaban confundido. Los dos habíamos aprendido mucho durante el tiempo que estuvimos separados, pero sus conocimientos eran muy superiores y mucho más prodigiosos que los míos. Parecía mucho mayor. Aquél ridículo artilugio de cristal que llevaba la primera vez que posamos la vista en él, en aquella taberna llena de humo, en un pueblo francés de pescadores, lo había sustituido por un aparato perfectamente simétrico que llevaba sobre el caballete de su nariz larga y afilada. Le daba un aire de madurez y autoridad. Me dijo que recibía el nombre de gafas y que las llevaban muchos otros científicos. Gafas, científicos... había muchas palabras que describían cosas que escapaban a mis conocimientos.

Creo que se dio cuenta de lo perdido que yo estaba. Me hizo preguntas sobre mis experiencias y yo le dije lo que pude. Lo escuchó todo atentamente, como si la normalidad de mis viajes fuera algo tan interesante e importante como las cosas fantásticas que él había aprendido y hecho. Se lo agradecí de corazón.

Establecimos el campamento en unas cuevas no muy alejadas del lugar previsto

para la emboscada. La barca que íbamos a usar, un velero de pesca de cuarenta pies, estaba muy cerca, con las redes desplegadas, a fin de dar un aspecto de inocencia. (De hecho hicimos una buena captura, sobre todo de caballa; cogimos raciones para nosotros y el resto volvimos a tirarlo). Cierta mañana nos ocultamos bien, en tanto dos de los nuestros se alejaban y escondían tras unas rocas para ver pasar al Trípode. Los que nos quedamos en la cueva lo oímos de todos modos; lanzaba una de las llamadas cuyo significado desconocíamos, un horrísono gorjeo. Cuando se perdió a lo lejos, Julius dijo:

—Puntual, al minuto. Ahora empieza nuestro trabajo.

Trabajamos denodadamente en la preparación de la trampa. Nueve días no son tanto tiempo si hay que excavar la cantidad de tierra suficiente como para que quede un hoyo en el que quepa un objeto cuyas patas miden cincuenta pies, y además tender una trama que sustente el camuflaje. Haciendo un alto cuando cavaba, Larguirucho habló soñadoramente de algo denominado excavadora que era capaz de mover toneladas de piedras y tierra. Pero se trataba de otra cosa que no hubo tiempo suficiente de recrear.

En todo caso, ejecutamos la labor y nos sobró un día. Ese día se hizo más largo que los ocho anteriores. Estábamos sentados en la boca de la cueva mirando un mar frío, gris, en calma, salpicado de niebla. Por lo menos el viaje por mar no debiera ofrecer muchas dificultades. Es decir, después de haber atrapado al Trípode y de haber capturado a nuestro Amo.

A la mañana siguiente el tiempo continuó frío y seco. Ocupamos nuestras posiciones, —todos—, con más de media hora de antelación sobre la hora prevista para que pasara el Trípode. Fritz y yo estábamos juntos, Larguirucho con el hombre que manipulaba el emisor de interferencias. Éste era un aparato capaz de emitir unos rayos invisibles que bloqueaban los rayos que salían del Trípode o se dirigían hacia él, aislándolo momentáneamente de todo contacto con el exterior. Yo abrigaba muchas dudas al respecto, pero Larguirucho se mostraba muy confiado. Decía que estos rayos podían quedar interrumpidos por causas naturales, como las tormentas: los Amos pensarían que habría ocurrido algo así, hasta que fuera demasiado tarde para hacer nada.

Lentamente transcurrían los minutos y los segundos. Poco a poco mi concentración fue transformándose en una especie de aturdimiento. Volví bruscamente a la realidad cuando Fritz me tocó en el hombro. Miré y vi que el Trípode rodeaba la ladera de una colina, hacia el sur, dirigiéndose directamente hacia nosotros. Me puse inmediatamente en tensión, física y anímicamente, pensando en el papel que me correspondía. Se movía a velocidad normal. En menos de cinco minutos... Entonces, sin previo aviso, el Trípode se detuvo. Se paró con uno de los tres pies en alto; tenía el absurdo aspecto de un perro que mendiga un hueso. Siguió

así por espacio de tres o cuatro segundos. El pie bajó. El Trípode prosiguió su avance; pero ya no se dirigía hacia nosotros. Había cambiado de dirección y pasó a dos millas de donde estábamos, por lo menos.

Totalmente asombrado lo vi proseguir su camino y desaparecer. De detrás de un grupo de árboles que había al otro lado de la trampa salió André, nuestro jefe, haciendo señas. Fuimos a reunirnos con él, al igual que los demás.

Pronto se detectó el fallo. La vacilación del Trípode coincidió con la entrada en funcionamiento del emisor de interferencias. Se detuvo y después se escabulló. El hombre que manejaba el aparato dijo:

—Debería haber esperado hasta que estuviera encima de la trampa. No creí que reaccionara así.

Alguien preguntó:

—¿Ahora qué hacemos?

El sentimiento de decepción era evidente en todos nosotros. Todo el trabajo y la espera para nada. Hacía que todo nuestro proyecto de derrotar a los Amos pareciera algo desesperado, casi infantil.

Julius se acercó cojeando. Dijo:

—Esperar, por supuesto, —su calma era reconfortante—. Esperar hasta la próxima vez y entonces no usaremos el emisor de interferencias hasta el ultimísimo momento. Entretanto podemos ensanchar la trampa aún más.

De modo que el trabajo y la espera prosiguieron durante otros nueve días; la hora cero volvió a llegar. El Trípode hizo su aparición, igual que antes; bordeó la ladera de la colina y llegó al punto donde se paró la otra vez. En esta ocasión no se detuvo. Pero tampoco se dirigió hacia nosotros. Sin dudarlo siguió el mismo recorrido que la vez que se paró. Verlo partir totalmente fuera de nuestro alcance resultó algo más que una doble amargura.

Cuando celebramos el consejo de guerra teníamos el ánimo decaído. Pensé que hasta Julius se sentía desanimado, aunque hacía todo lo posible porque no se le notara. A mí me resultó completamente imposible ocultar la desesperación.

Julius dijo:

—Es fácil de entender. Ellos efectúan recorridos fijos cuando patrullan. Si por algún motivo se modifica la trayectoria, la variación se mantiene en los viajes sucesivos.

Un científico dijo:

—Seguramente tendrá relación con el piloto automático, —me pregunté qué sería aquello—. El curso está preestablecido y si uno se desvía se establece una nueva pauta que se convierte en permanente a menos que sea a su vez modificada. Me doy cuenta de en qué consiste el mecanismo.

Lo cual era más de lo que yo podía hacer. Hablar de las causas y del origen me parecía importante. La cuestión era: ¿Cómo atrapar al Trípode ahora?

Alguien sugirió excavar otra trampa en medio del nuevo recorrido. El comentario cayó en medio de un silencio que sólo Julius rompió.

—Podríamos hacer eso. Pero ahora pasa a más de dos millas de la orilla y el terreno intermedio es muy malo. No hay camino, ni siquiera un sendero. Creo que los tendríamos a nuestro alrededor antes de haber recorrido con nuestro prisionero la mitad de la distancia que hay hasta la orilla.

Volvió a hacerse el silencio, más prolongadamente. Después de unos segundos André dijo:

—Supongo que podríamos aplazar esta operación momentáneamente. Podríamos encontrar otro recorrido cercano al mar y trabajar allí.

Otro dijo:

—Tardamos cuatro meses en encontrar éste. Encontrar otro podría llevarnos otro tanto o más.

Y todos los días contaban: no hacía falta que nos lo recordaran a ninguno. Volvió a hacerse el silencio. Intenté pensar algo, pero en mi cerebro sólo descubrí un vacío impotente. Hacía un viento cortante y el aire olía a nieve. La tierra y el mar estaban igualmente negras y desoladas, el cielo cada vez más bajo. Por fin habló Larguirucho. Dijo, con timidez debido a la presencia de los mayores.

—No parece que la interferencia de la semana pasada le haya hecho sospechar. Si así fuera no habría vuelto a acercarse tanto; o bien se habría acercado aún más para investigar. La modificación del recorrido es... bueno, más o menos un accidente.

André asintió:

—Eso parece cierto. ¿Y de qué nos vale?

—Si pudiéramos volver a atraerlo hacia el antiguo recorrido...

—Excelente idea. El único problema es cómo. ¿Qué hay que pueda atraer a un Trípode? ¿Lo sabes? ¿Lo sabe alguien?

Larguirucho dijo:

—Estoy pensando en una cosa que me dijo Will, algo que él y Fritz vieron.

Les refirió brevemente la historia que le conté sobre la Cacería. Escucharon, pero cuando terminó uno de los científicos dijo:

—Tenemos conocimiento de eso. Ocurre también en otros lugares. Pero es una tradición fomentada tanto por los hombres que tienen Placa como por los Trípodes. ¿Sugieres que instauremos una tradición en el transcurso de los próximos nueve días?

Larguirucho empezó a decir algo, pero le interrumpieron. Todos teníamos los nervios a flor de piel y era fácil mostrarse impaciente. Sin embargo, Julius acabó con la interrupción.

—Sigue, Jean Paul.

A veces tartamudeaba un poco cuando estaba nervioso y así lo hizo ahora. Pero el impedimento desapareció, pues se animó con lo que iba diciendo.

—Estaba pensando... sabemos que sienten curiosidad por las cosas extrañas. Cuando Will y yo íbamos en balsa río abajo... uno de ellos se desvió de su camino y destrozó la balsa con el tentáculo. Si alguien consiguiera llamar su atención y acaso llevarlo hasta la trampa... Creo que podría resultar.

Podría resultar, cierto. Andrè objetó:

—Llamar la atención y después aguantar sin caer en sus garras el tiempo suficiente como para llevarlo hasta nosotros... me parece que es mucho pedir.

—A pie, —dijo Larguirucho—, sería imposible. Pero en la Cacería que vieron Will y Fritz los hombres iban a caballo. Uno aguantó bastante tiempo y recorrió una distancia tan grande como la que nos hace falta, si no mayor, antes de que lo atraparan.

Se hizo nuevamente una pausa mientras nosotros pensábamos en lo que había dicho. Julius dijo, reflexivamente:

—Pudiera resultar. ¿Pero podemos tener la seguridad absoluta de que va a tragarse el cebo? Como tú dices, sienten curiosidad por las cosas extrañas. Un hombre a caballo... Los ven todos los días a montones.

—Si el hombre llevara una vestimenta brillante... y tal vez el caballo pintado...

—De verde, —dijo Fritz—. Es su color, después de todo. Un hombre verde montado en un caballo verde. Creo que eso le llamaría la atención, seguro.

Hubo un murmullo de aprobación ante la idea. Julius dijo:

—Me gusta. Sí, podría servir. Ahora sólo nos hacen falta el caballo y el jinete.

Noté cómo la emoción se adueñaba de mí. Eran la mayoría científicos, no estaban acostumbrados a acciones físicas tan normales como montar a caballo. Obviamente los candidatos más cualificados éramos Fritz y yo. Además, «Crin» y yo estábamos acostumbrados el uno al otro y nos entendíamos muy bien después de viajar un año juntos.

Dije, captando la mirada de Julius:

—Señor, si se me permite sugerirlo...

Le aplicamos a «Crin» un tinte verde que después se podía lavar. Llevó bien la afrenta y sólo soltó unos pocos bufidos de protesta. Era un color esmeralda brillante, muy chillón. Yo llevaba una chaqueta y unos pantalones de aquel mismo tono. Cuando Larguirucho me acercó a la cara un trapo empapado de aquel tinte me negué, pero al confirmarlo Julius, accedí. Fritz que estaba mirando, estalló en carcajadas. No era muy dado a las risas, pero me imagino que entonces no debía de estar familiarizado con espectáculos tan cómicos.

Durante los nueve días anteriores ensayé una y otra vez el papel que me tocaba en

los sucesos de aquella mañana. Tenía que llamar la atención del Trípode cuando rodeara la colina, y en cuanto hiciese un movimiento en dirección a mí, galopar a toda velocidad hacia la trampa. Habíamos dispuesto un estrecho pasadizo por encima, y esperábamos que pudiese con el peso de «Crin» y con el mío; lo señalizamos con unas marcas que debían ser suficientemente claras para mí y, sin embargo, no levantar sospechas entre los Amos que fueran en el Trípode. Esto último parecía el riesgo mayor, así que pecamos de cautelosos. El pasadizo que yo tenía que atravesar era endeble y estaba mal definido; en tres o cuatro ocasiones nos encontramos con que estábamos fuera del trazado y un tirón nos salvó en el último momento de caer al abismo.

Ahora, por fin, todo estaba dispuesto; los preparativos estaban hechos, sólo faltaba pasar a la acción. Revisé las cinchas de «Crin» por décima vez. Los demás me estrecharon la mano y se retiraron. Me sentí muy solo cuando los vi marchar. Ahora venía nuevamente la espera, a un tiempo familiar y desconocida. Esta vez era más crucial, y esta vez yo estaba solo.

Primero lo sentí: el suelo vibraba bajo nuestros pies con las lejanas pisadas de los enormes pies metálicos. Una tras otra caían en sucesión implacable, cada una más nítida que la anterior. «Crin» tenía la cabeza vuelta hacia la derecha, aguardando al Trípode. Por fin llegó; una pata monstruosa quebró el perfil de la colina, seguida del hemisferio. Temblé y noté que «Crin» también temblaba. Le di unas palmadas, intentando que recobrarla la calma. Yo estaba alerta por si el Trípode se desviaba del trayecto que había seguido en dos ocasiones. Si no avanzaba hacia mí, yo tenía que avanzar hacia él. Esperaba no tener que hacerlo. Me alejaría de la trampa y además significaría que yo tendría que darme la vuelta para llevarlo hasta allí, procedimientos ambos que harían la empresa mucho más peligrosa.

Cambió de dirección. No interrumpió la marcha, sino que hizo girar una pata. No perdí más tiempo; toqué los flancos de «Crin» con los talones. Salió disparado, la persecución había empezado.

Quería volver la vista para ver cuánto se me acercaba mi perseguidor, pero no me atreví; tenía que volcar hasta el último ápice de energía en el galope. Sin embargo pude darme cuenta, merced al acortamiento de los intervalos entre pisada y pisada, de que el Trípode estaba aumentando la velocidad. Las señales que conocía por mis carreras de práctica iban quedándose atrás por ambos lados.

Delante estaba la costa, el mar gris oscuro, rizado de blanco porque se había levantado viento. El viento me daba en la cara y yo sentí un resentimiento absurdo contra él porque hacía más lenta, aunque sólo fuera la fracción de una fracción de segundo, mi huida. Pasé junto a una zarza que conocía, junto a una roca en forma de pan de pueblo. No quedaba más que un cuarto de milla... No bien concebí esta idea cuando oí el silbido del acero surcando el aire, el ruido del tentáculo que bajaba hacia

mí chasqueando.

Hice un cálculo y desvié a «Crin» hacia la derecha. Pensé que esta vez me había librado, que el tentáculo fallaría; entonces noté que «Crin» se estremecía violentamente por la conmoción que le acusó el mayal metálico al alcanzarlo. Debí de darle en los cuartos traseros, justamente por detrás de la montura. Se tambaleó y cayó. Logré quitar los pies de los estribos y pasar por encima de su cabeza cuando él caía. Me di contra el suelo, rodé, me puse de pie y salí corriendo.

Esperaba que en cualquier momento me levantaran por los aires. Pero el Amo que controlaba el Trípode estaba más inmediatamente ocupado con «Crin». Eché un rápido vistazo hacia atrás y vi que lo tenían en vilo; se resistía débilmente; después lo acercaron a las ventanillas de la base del hemisferio para examinarlo mejor. No me atreví a prestarle más atención y seguí corriendo. Sólo doscientas yardas... Si el Trípode se concentraba en «Crin» el tiempo suficiente yo llegaría.

Me arriesgué a echar un segundo vistazo hacia atrás justo a tiempo de ver cómo dejaban caer a mi pobre caballo desde una altura de sesenta pies; quedó en el suelo, hecho una masa maltrecha. Y vi que el Trípode se ponía otra vez en movimiento, iniciando una nueva persecución. Yo no podía correr más rápidamente de lo que lo hacía. Los pies metálicos caían sordamente en pos de mí y el borde de la trampa no parecía estar más cerca. Durante las últimas cincuenta yardas pensé que me llegaba el fin, que el tentáculo estaba a punto de apoderarse de mí. Creo posible que el Amo estuviera jugando conmigo como si fuera un enorme gato de metal y yo un ratón que correteaba. Eso fue lo que sugirió Larguirucho después. Entonces yo sólo sabía que me dolían las piernas y que los pulmones parecían a punto de estallarme. Me di cuenta al llegar a la trampa de que había un nuevo peligro. Yo sabía reconocer la senda desde una altura de jinete y las cosas eran distintas al ir corriendo: el cambio era totalmente desorientador. En el último momento reconocí una piedra determinada y me dirigí hacia allí. Iba por el sendero. Pero aún tenía que cruzar y el Trípode tenía que seguirme.

Supe que lo había hecho, que había tenido éxito en mi labor, cuando en lugar de la pisada de un pie sobre la tierra firme, oí un desgarramiento a mis espaldas al tiempo que sentía cómo la superficie en la que pisaba cambiaba y se desplomaba. Me agarré febrilmente a una rama entrelazada a la superficie que tapaba el hoyo. Se soltó y volví a caer. Me así a otra rama, esta vez de espino, y aguantó más lacerándome las manos mientras me aferraba a ella. Estando de tal guisa suspendido el cielo se ennegreció sobre mi cabeza. La superficie del hoyo cedió bajo la pata delantera del Trípode mientras la segunda se hallaba en vilo. Perdido el equilibrio, se precipitó hacia delante, mientras el hemisferio se bamboleaba sin esperanza de un lado a otro y hacia abajo. Alcé la vista y lo vi pasar por delante de mí; un momento después oí el impacto contra la tierra firme del fondo de la trampa. Yo colgaba a media altura del

hoyo, con grave riesgo de caerme. Sabía que nadie iba a acudir en mi ayuda: todos tenían cosas más importantes que hacer. Traté de rehacerme, disponiéndome a trepar, lenta y cautelosamente, por el entramado de cañas y ramas del que estaba suspendido.

Cuando llegué al lugar de los hechos las cosas estaban bastante avanzadas. No había ningún cierre externo en el compartimiento que empleaban para transportar seres humanos, como cuando nos llevaron desde el Campo de los Juegos hasta la Ciudad; de hecho, la puerta circular se había abierto con el golpe. Fritz guió al grupo que llevaba la máquina de cortar metales hasta el interior de aquella cabina y se pusieron a trabajar en la puerta interior. Llevaban mascarillas para protegerse del aire verde que se escapaba a medida que iban perforando la entrada. A los que aguardaban fuera les pareció que pasaba mucho tiempo, pero en realidad fue sólo cuestión de minutos hasta que se encontraron dentro y abordaron a los aturdidos Amos. Fritz confirmó que uno estaba indudablemente vivo; le cubrieron la cabeza con la mascarilla que tenían preparada y se la ajustaron por el centro del cuerpo. Vi cómo lo sacaban. Habían llevado una carreta hasta el hemisferio caído; en ella se encontraba la enorme caja (de madera, pero impermeabilizada con una especie de alquitrán que mantendría el aire verde en el interior) donde se le transportaría. Tiraron de él y lo empujaron hasta que por fin lo metieron dentro: una figura grotesca con tres patas cortas, un cuerpo cónico, largo, más estrecho por arriba, tres ojos, tres tentáculos, y aquella repulsiva piel de reptil que yo recordaba con vivísimo horror. Colocaron la tapa de la caja y vinieron más hombres para ajustarla. Taparon de momento un tubo que salía de una esquina; una vez en la barca lo emplearían para renovarle el aire. Avisaron a los hombres que llevaban los tiros de caballos y éstos empezaron a tirar, arrastrando la carreta y su cargamento hacia la playa.

Los demás borramos, en la medida de lo posible, las huellas que habíamos dejado en el lugar. Cuando los Amos encontraran el Trípode destruido ya no podrían dudar que se encontraban frente a una oposición organizada (esto no era algo fortuito, como lo fuera la destrucción de aquel Trípode cuando nos dirigíamos a las Montañas Blancas), pero aun cuando esto supusiera una declaración de guerra no tenía sentido dejar pistas innecesarias. Me hubiera gustado enterrar a «Crin», pero no había tiempo para eso. Por si la treta pudiera ser de utilidad una segunda vez, eliminamos el tinte de su cuerpo con esponjas y lo dejamos allí. Cuando nos fuimos, caminé alejado de los demás, pues no quería que me vieran las lágrimas.

Arrastraron el carro por entre las olas, sobre un firme suelo de arena, hasta que el agua llegaba al pecho de los caballos. La barca de pesca, que estaba en la orilla, era lo bastante baja como para situarla de costado, y allí subimos mediante poleas la caja donde teníamos a nuestro prisionero. Al ver con qué suavidad se efectuaba la operación me quedé más asombrado que nunca, impresionado por la meticulosidad con que todo estaba planeado. Soltaron a los caballos de la carreta y los llevaron a la

orilla; desde allí los dispersaron hacia el norte y hacia el sur, por parejas; una montada, la otra llevada de las riendas. Los demás apoyamos nuestros cuerpos mojados y temblorosos en la borda.

Quedaba una cosa por hacer. Habían atado una cuerda a la carreta y cuando el barco zarpó ésta siguió rodando detrás de nosotros, hasta que la cubrieron las olas. Cuando sucedió esto cortaron la cuerda y la barca, libre de aquel peso, pareció elevarse entre las olas grises. Los caballos de la orilla habían desaparecido. Sólo quedaban los restos maltrechos del Trípode y una tenue neblina verde que emergía del hemisferio mutilado. Los otros Amos que había dentro estaban ya, sin lugar a dudas, muertos. Lo que verdaderamente importaba era que el emisor de interferencias había funcionado. El Trípode estaba allí, destrozado, solo; ningún otro venía en su ayuda.

Nuestro rumbo era el sur. Con un fuerte viento procedente del oeste, levemente desviado hacia el norte, el avance era lento y había que virar mucho. Todos los hombres disponibles se ocuparon de esto y poco a poco nos fuimos alejando del punto de embarque. Fue necesario evitar un saliente; lo rodeamos con lentitud dolorosa, contra el oleaje de la marea, que acababa de cambiar.

Pero ahora la orilla quedaba muy lejos y el Trípode no era más que un punto en el horizonte. Nos trajeron de la cocina cerveza caliente, con especias, para quitarnos el frío de los huesos.

CAPÍTULO 4

UN POCO DE BEBIDA PARA RUKI

Una vez que regresamos al castillo Julius dispuso una reorganización general. A muchos de los que habían tomado parte en la captura del Amo se les encomendaron obligaciones en otros lugares y el propio Julius se fue dos o tres días después. La crisis inmediata estaba superada; el examen y estudio de nuestro cautivo duraría largas semanas, o meses, y quedaba otra media docena o más de aspectos que requerían su atención y supervisión. Yo pensé que a lo mejor también nos enviaban fuera a Fritz y a mí, pero no fue así. Nos retuvieron en calidad de guardianes. La perspectiva de una inactividad relativa la contemplaba con sentimientos encontrados. Por un lado, me daba cuenta de que podría resultar aburrido después de algún tiempo; por otro, no lamentaba disfrutar de un descanso. A nuestras espaldas dejábamos un año largo y agotador.

También resultaba agradable mantener un contacto bastante continuado con Larguirucho, que pertenecía al grupo examinador. Fritz y yo nos conocíamos muy bien a estas alturas y éramos buenos amigos, pero yo había echado de menos la mentalidad de Larguirucho, más inventiva y curiosa. Él no lo decía, pero yo sabía que los demás científicos, todos mucho mayores que él, lo miraban con mucho respeto. Él nunca evidenciaba el menor indicio de vanidad al respecto, pero tampoco lo hacía nunca en ningún orden de cosas. Estaba demasiado interesado por lo que iba a suceder a continuación como para molestarse por sí mismo.

Como compensación a varias cosas que perdimos, salimos ganando algo, y por lo que a mí se refería era una ganancia de la que habría podido prescindir perfectamente. Se trataba de Ulf, el antiguo patrón del «Erlkönig», la gabarra que debía habernos transportado por el río hasta los Juegos a Fritz, a Larguirucho y a mí. Se vio obligado a abandonar la barcaza por motivos de enfermedad y Julius lo había nombrado jefe de la guardia del castillo. Esto significaba, por supuesto, que Fritz y yo estábamos directamente bajo su autoridad.

Se acordaba muy bien de los dos y actuó conforme a sus recuerdos. Por lo que a Fritz se refería eran todos muy buenos. En el «Erlkönig», como en toda otra circunstancia, había obedecido las órdenes escrupulosamente y sin hacer preguntas, limitándose a dejar en manos de sus superiores cuanto quedaba fuera de la labor que se le asignaba. Larguirucho y yo fuimos los transgresores; primero, por convencer a su ayudante de que nos dejara irnos de la barca para ir en su busca y, después, en mi caso, por enzarzarme en una pendencia con la gente de la ciudad, con lo cual me metí en problemas y, en el caso de Larguirucho, por desobedecerle y salir a rescatarme. La barcaza se fue sin esperarnos y nos vimos obligados a seguir río abajo, hacia los Juegos, por nuestra cuenta.

Larguirucho no quedaba bajo la jurisdicción de Ulf, y creo que éste le tenía bastante respeto por ser uno de los sabios, de los científicos. Mi caso era completamente distinto. Yo no tenía ninguna aureola y él era mi superior. El hecho de que, a pesar de que nos abandonaran, hubiéramos llegado a tiempo a los Juegos, que yo hubiera ganado allí y, junto con Fritz, hubiera entrado en la Ciudad, regresando en su momento con información, no lo aplacó. En todo caso, empeoraba las cosas. La suerte, según lo veía él, no era un sustituto de la disciplina; antes bien, era su enemiga. Mi ejemplo podía animar a otros a cometer locuras similares. La insubordinación era algo a aniquilar y él era el hombre encargado del aniquilamiento.

Detecté su acritud, pero al principio no me la tomé en serio. Pensé que sólo estaba dando salida a un resentimiento causado por mi comportamiento irreflexivo (reconocido como tal por mí) durante nuestra relación anterior. Decidí sobrellevarlo con alegría y no dar esta vez ningún motivo de queja. Fui dándome cuenta poco a poco de que su antipatía tenía en realidad unas raíces muy hondas y de que nada de cuanto yo hiciera tenía probabilidades de cambiar aquello. No me di cuenta hasta más adelante del hombre tan complejo que era; ni tampoco de que al atacarme combatía una debilidad, una inestabilidad que formaba parte de su propia naturaleza. Todo lo que yo sabía era que cuanto más cortés, pronta y eficazmente obedecía las instrucciones, tantas más broncas y obligaciones adicionales me ganaba. No es de extrañar que al cabo de unas semanas lo aborreciera casi tanto como a mi Amo de la Ciudad.

Su aspecto físico y sus costumbres no ayudaban en nada. Su rechonchez, sus labios gruesos y su nariz aplastada, la alfombra de vello negro que le asomaba por entre los ojales de la camisa, todo eso me repugnaba. Era la persona que más ruido hacía al comer sopas y estofados de cuantas me he encontrado jamás. Y su tic de estar constantemente carraspeando y escupiendo no había mejorado, sino empeorado, merced al hecho de que ahora no escupía en el suelo, sino en un pañuelo a manchas rojas y blancas que llevaba en la manga. Entonces no sabía que buena parte del color rojo correspondía a su propia sangre: estaba moribundo. Tampoco estoy seguro de que, de saberlo, la cosa hubiera sido distinta. Me tiranizaba continuamente y cada día me resultaba más difícil controlar mi estado de ánimo.

Fritz fue de gran ayuda, tanto porque me calmaba como porque hacía las cosas él, cuando era posible. Otro tanto ocurría con Larguirucho, con quien hablaba mucho los ratos que no tenía obligaciones. Y disponía de otra fuente de interés que me permitía evadirme de las cosas hasta cierto punto. Se trataba de nuestro prisionero, el Amo: Ruki.

Llevó muy bien lo que debió de ser una experiencia angustiosa y dolorosa. La habitación que le prepararon era una de las mazmorras del castillo y allí le atendíamos Fritz y yo; pasábamos por una recámara de aire y llevábamos mascarilla

cuando estábamos en el interior. Era una habitación grande, de más de veinte pies cuadrados; una buena parte estaba excavada en roca viva. Basándose en nuestros informes los científicos habían hecho todo lo posible por que estuviera lo más cómodo posible, llegando incluso a disponer un agujero circular en el suelo, el cual llenábamos de agua caliente a fin de que se sumergiera. Cuando llegábamos allí, llevándola en cubos, no creo que estuviera tan caliente como a él le hubiera gustado y no se renovaba con la frecuencia suficiente como para satisfacer el deseo que todos los Amos tenían de mantener constantemente húmeda su piel, que recordaba la de los lagartos; pero era mejor que nada. Otro tanto podría decirse de la comida, que fue elaborada, al igual que el aire, sobre la base de unas cuantas muestras pequeñas que Fritz había conseguido sacar de la Ciudad.

Se pasó los primeros dos días levemente conmocionado y después le sobrevino algo que pude reconocer: la Enfermedad, la maldición de Skloodzi, como la llamaba mi antiguo Amo. En su piel verde aparecieron manchas marrones, los tentáculos le temblaban sin cesar; él se mostraba apático y no respondía a los estímulos. No teníamos modo de tratarlo, ni siquiera con las burbujas de gas que usaban los Amos en la Ciudad para aliviar el dolor o la incomodidad, así que tuvo que sobrellevarlo como mejor pudo. Afortunadamente, pasó. Fui a su celda una semana después de su captura y vi que había recuperado un saludable tono verde y que se mostraba inequívocamente interesado por la comida.

Anteriormente no había respondido a ninguna de las preguntas que le formulamos en distintos idiomas. Seguía sin hacerlo y empezábamos a preguntarnos, desanimados, si no habríamos cogido a uno de los pocos Amos que no poseían tales conocimientos. Sin embargo, unos pocos días después, y puesto que era evidente que había recobrado plenamente la salud, uno de los científicos sospechó que era una ignorancia fingida, no real. Nos dijeron que a la mañana siguiente no le lleváramos agua caliente a su estanque. Rápidamente dio muestras de incomodidad e incluso se expresó por gestos, dirigiéndose al agujero vacío y señalándolo con los tentáculos. No le hicimos caso. Cuando nos disponíamos a salir de la habitación por fin habló con aquella voz grave y resonante que tenían. Dijo en alemán:

—Traedme agua. Necesito bañarme.

Miré a aquel monstruo deforme y arrugado, dos veces más alto que yo.

—Di por favor, —le dije.

Pero aquélla era una palabra que desconocían en todos nuestros idiomas. Se limitó a repetir:

—Traedme agua.

—Espera, —dije—. Veré qué dicen los científicos.

Una vez bajada la guardia no intentó volver al silencio. Y, por otra parte, tampoco se mostró especialmente comunicativo. Contestó algunas preguntas que le hicieron y

frente a otras observó un silencio empecinado. No siempre resultaba fácil saber en qué se basaba para responder o quedarse callado. Había silencios elocuentes cuando las preguntas se referían a una posible defensa de la Ciudad, pero resultaba difícil, por ejemplo, saber por qué, después de hablar libremente sobre el papel de los esclavos humanos y de la oposición que al respecto ofrecían algunos Amos, se negaba a decir nada sobre la Persecución de la Esfera. Era éste un deporte que a todos los Amos parecía gustarles con pasión y que se jugaba en un campo triangular en el centro de la Ciudad. Se podría decir que se parecía remotamente al baloncesto, exceptuando que había siete «canastas», que los jugadores eran Trípodes en miniatura y que la pelota era una rutilante esfera dorada que parecía surgir en medio del aire enrarecido. Ruki se negó a responder una sola pregunta sobre aquel tema.

Durante los largos meses de mi cautiverio jamás supe el nombre de mi Amo, ni siquiera si tenía nombre: yo siempre le llamaba «Amo» y él a mí «chico». Resultaba difícil emplear aquel título con nuestro prisionero. Le preguntamos su nombre y nos dijo que se llamaba Ruki. Al cabo de muy poco tiempo me di cuenta de que pensaba en él como eso, como individuo; es decir, aparte de como un representante del enemigo que tenía sometido a nuestro mundo y al cual debíamos destruir. Yo ya sabía que los Amos no eran una masa indiferenciada de monstruos idénticos. Mi propio Amo era relativamente amable, si se le comparaba con el de Fritz, que era brutal. También tenían distintos intereses. Pero todas las distinciones que hice entre ellos en la Ciudad eran de orden estrictamente práctico; las buscaba para explotarlas. Al alterarse la situación se veían las cosas desde un punto de vista ligeramente distinto.

Por ejemplo, un día le llevé la cena con retraso porque Ulf me mandó hacer algo. Pasé por la recámara de aire y me lo encontré sentado en medio de la habitación; dije que sentía el retraso.

Efectuó un leve giro con el tentáculo y dijo con voz estentórea:

—No tiene importancia, habiendo tantas cosas que ver y que hacer.

A su alrededor sólo estaban las paredes blancas y lisas de la habitación y dos lámparas pequeñas, de color verde para conveniencia suya, que proporcionaban luz. Sólo rompían la monotonía la puerta y el agujero del suelo. (Le servía de lecho y de baño, y tenía algas en lugar de aquella sustancia musgosa que se usaba en la Ciudad). No era posible detectar la expresión de aquellos rasgos completamente ajenos (la cabeza sin cuello, con los tres ojos y orificios para respirar y comer, conectados por arrugas que conformaban un extraño dibujo), pero en aquel momento tenía, de un modo singular, aspecto lúgubre y apesadumbrado. En todo caso me di cuenta de una cosa: ¡Había hecho un chiste! Malo, de acuerdo, pero un chiste. Era el primer indicio que detectaba de que tal vez tuvieran incluso un rudimentario sentido del humor.

Tenía instrucciones de hablar con él tanto como fuera posible, al igual que Fritz. Los científicos lo examinaban en sesiones más formales, pero se pensó que a lo mejor

también nosotros sacábamos algo. Informábamos a uno de los examinadores cada vez que salíamos de la celda, repitiendo lo que se había dicho palabra por palabra, en la medida de lo posible. Empecé a encontrar esto interesante en sí mismo, y más fácil. No siempre hablaba mucho cuando yo le incitaba, pero a veces sí.

Sobre la cuestión de los esclavos de la Ciudad, por ejemplo, era bastante voluble. Resultó que él era de los que se oponían a esto. Según había descubierto yo, el fundamento de dicha oposición no consistía normalmente en ninguna clase de consideración hacia los pobres desgraciados cuyas vidas se veían brutalmente acortadas por el calor, el enorme peso y el mal trato recibido, sino que obedecía a la idea de que el depender de los esclavos podría debilitar la fuerza de los Amos y, a la larga, tal vez su determinación de sobrevivir y proseguir extendiendo sus conquistas por el universo. En el caso de Ruki, sin embargo, parecía darse un sentimiento, —de poca entidad—, más genuino de simpatía hacia los hombres. No aceptaba que los Amos hubieran obrado mal al conquistar la tierra y emplear las Placas para mantener a los hombres sometidos. Creía que en aquel estado los hombres eran más felices que antes de la llegada de los Amos. Ahora había menos enfermedad y menos hambre, y los hombres estaban libres de la maldición de la guerra. Era cierto que seguían empleando la violencia unos contra otros cuando surgía una disputa, y esto resultaba bastante horripilante desde el punto de vista de los Amos; pero, al menos, todo quedaba ahí. Se había puesto fin a aquel espantoso estado de cosas en el que se podía sacar a los hombres de sus casas y enviarlos a tierras lejanas, para allí matar o morir a manos de desconocidos con los que no tenían ninguna rivalidad directa ni personal. A mí también me parecía un estado de cosas espantoso, pero me daba cuenta de que la desaprobación de Ruki era mucho más fuerte —casi diría que más apasionada—, que la mía.

A sus ojos, esto justificaba de por sí la conquista y la inserción de Placas. Los hombres y mujeres que tenían la Placa disfrutaban de la vida. Ni siquiera los Vagabundos parecían sentirse especialmente desdichados, y una mayoría abrumadora llevaba una vida pacífica y fructífera, llena de ceremonias y celebraciones.

Me acordé de un hombre que estaba al frente de un circo itinerante, siendo yo niño. Hablaba de sus animales de modo muy parecido a como lo hacía Ruki al referirse a los hombres. Decía que los animales salvajes estaban a merced de las enfermedades y se pasaban los días y las noches cazando o siendo cazados, pero en cualquiera de los dos casos luchando por conseguir suficiente comida para no morir de hambre. Los de su circo, sin embargo, estaban gordos y lustrosos. Lo que dijo, entonces parecía razonable, pero ahora no tenía fuerza.

En todo caso Ruki, si bien aprobaba que los Amos controlaran el planeta y a las indisciplinadas y belicosas criaturas que lo habían gobernado anteriormente, pensaba que era un error llevarlos al interior de la Ciudad. Naturalmente, su punto de vista se

vio confirmado cuando descubrió que, de algún modo, a pesar de las Placas, uno o más esclavos nos habían pasado información a los sublevados. (Nosotros no le dijimos ni eso ni ninguna otra cosa que pudiera ser de utilidad a los Amos, pero no le resultó difícil deducir que tenía que haberse producido alguna filtración, ya que nosotros sabíamos reproducir su aire y su comida). Se podía advertir que, pese a estar en cautividad, le proporcionaba una especie de satisfacción comprobar que su punto de vista era acertado.

Esto no quería decir que albergara ningún miedo de que nuestros intentos de rebelión contra los Amos fueran a tener éxito. Parecía impresionado por nuestra ingenuidad al haber llevado a cabo el ataque contra el Trípode en el que viajaba él; pero era como si un hombre se sintiera impresionado porque un sabueso siguiera un rastro o porque un perro pastor regresara al redil con las ovejas a su cargo después de correr numerosos riesgos. Todo esto era interesante e inteligente, aunque para él personalmente resultaba molesto. No podía cambiar en nada el verdadero estado de cosas. A los Amos no los iba a derrocar un puñado de pigmeos descarados.

Nuestros científicos estudiaron su organismo de diversos modos, aparte de las sesiones en que se le formulaban preguntas. Yo estuve presente algunas veces. Jamás daba muestras de resistencia, ni siquiera de disgusto (aunque cabe dudar que en él hubiéramos podido reconocer el disgusto mejor que sus demás emociones); antes bien, se sometía a las pruebas, extracciones de sangre e inspecciones por medio de lentes de aumento como si en lugar de a él se lo estuvieran haciendo a otro. De hecho, de lo único que se quejaba era de que el agua o la misma habitación no estaban suficientemente calientes. Los científicos improvisaron para él un sistema de calefacción, utilizando eso que se llama electricidad, y yo encontraba la habitación agobiante, aunque para él estaba fría.

Su comida y su bebida también estaban desnaturalizadas. El fin era ver qué efecto podrían causarle determinadas sustancias, pero el experimento no tuvo éxito. Parecía dotado de algún medio para detectar la presencia de cualquier cosa que pudiera resultar dañina y, en ese caso, simplemente se negaba a tocar lo que le ponían delante. En una ocasión, después de que esto sucediera tres veces consecutivas, hablé con Larguirucho de ello.

Le pregunté:

—¿Es necesario hacer estas cosas? A nosotros, por lo menos, nos daban comida y agua, aun siendo esclavos en la Ciudad. Ruki lleva casi dos días sin tomar nada. Me parece innecesariamente cruel.

Larguirucho dijo:

—Es cruel el hecho de tenerlo ahí, si se quiere ver de ese modo. La celda es demasiado pequeña y no tiene la temperatura adecuada; le falta la pesada gravedad a que está habituado.

—Esas cosas no se pueden evitar. Mezclarle cosas con la comida y hacerle pasar sin nada cuando se niega a comerla no es lo mismo.

—Tenemos que hacer todo lo posible a fin de dar con un punto flaco. Tú mismo encontraste uno: la zona intermedia entre la boca y la nariz, donde, si se les da un golpe, mueren. Pero no nos sirve de mucho porque no hay posibilidad de golpearlos a todos en ese punto al mismo tiempo. Necesitamos encontrar otra cosa. Algo que podamos utilizar.

Lo entendía, pero no me quedé convencido del todo.

—Siento que tenga que ser él. Preferiría que fuera uno como el Amo de Fritz, o incluso el mío. Ruki no parece tan malo como la mayoría. Por lo menos se oponía a que los hombres fueran usados como esclavos.

—Eso es lo que él te dice.

—Pero ellos no mienten. No pueden. Eso lo aprendí en la Ciudad. Mi Amo nunca logró entender la diferencia entre los relatos novelescos y las mentiras, para él eran lo mismo.

—Puede que no mientan, —dijo Larguirucho—, pero tampoco dicen siempre toda la verdad. Él dijo que estaba en contra de que hubiera esclavos. ¿Y qué hay del plan para transformar nuestro aire en el asfixiante gas verde que respiran ellos? ¿Ha dicho que está en contra de eso?

—Nunca ha dicho nada al respecto.

—Pero está al tanto: todos lo están. No ha hablado de eso porque no sabe que nosotros lo sabemos. Puede que no sea tan malo como algunos de los otros, pero es uno de ellos. Jamás han tenido guerras. La lealtad que observan hacia su propia clase es algo que probablemente no entendamos mejor de lo que ellos entienden el modo en que luchamos entre nosotros mismos. Pero aunque no lo entendamos tenemos que contar con ello.

Y tenemos que emplear todas las armas que podamos para combatirlo. Si eso implica causarle ciertas incomodidades, si implica matarlo, no es tan importante. Sólo hay una cosa importante: ganar la batalla.

Dije:

—No hace falta que me lo recuerdes.

Larguirucho sonrió:

—Ya lo sé. De todos modos, la próxima vez su comida será normal. No queremos matarlo, si lo podemos evitar. Hay más posibilidades de que nos sea útil si sigue vivo.

—Hasta ahora no ha dado muchas muestras de ello.

—Debemos seguir intentándolo.

Estábamos sentados en la almena en ruinas del castillo, frente al mar, gozando de una tarde de aire calmo y una débil luz invernal; el sol era un disco anaranjado que descendía hacia el neblinoso horizonte occidental. Entonces la paz se vio

interrumpida por una voz familiar que gritaba desde el patio que había a nuestra espalda.

—¡Parker! ¿Dónde estás, amasijo de inutilidad y torpeza? ¡Ven aquí! Y en seguida, ¿me oyes?

Suspiré y me dispuse a ponerme en movimiento. Larguirucho dijo:

—Espero que Ulf no se esté convirtiendo en una carga muy pesada para ti, Will.

Me encogí de hombros:

—Aunque así fuera, daría igual.

Dijo:

—Queremos que Fritz y tú os ocupéis de Ruki porque los dos estáis acostumbrados a ellos, y por tanto, detectaríais mejor cualquier cosa extraña y la comunicaríais. Pero no creo que Julius se haya dado cuenta de que iba a haber tanta fricción entre Ulf y tú.

—La misma fricción que se da, —dije yo—, entre un tronco de madera y una sierra. Y no soy yo la sierra.

—Si resulta demasiado difícil... sería posible encomendarte otras obligaciones.

Lo dijo tímidamente, como hubiera dicho cualquier otra cosa; creo que porque no quería hacer notar que su posición era más alta, que, efectivamente, podría disponer algo así.

Dije:

—Me resulta posible soportarlo.

—Quizá si no pretendieras hacer precisamente eso...

—¿Hacer qué?

—Soportarlo. Creo que eso lo irrita aún más.

Estaba asombrado. Dije, con cierta indignación:

—Obedezco sus órdenes; y con prontitud. ¿Qué más puede pedir?

—Sí. Bueno, en todo caso será mejor que yo también vuelva a trabajar.

Yo había advertido una diferencia entre el Ulf del «Erlkönig» y el que ahora me amargaba la vida en el castillo. El antiguo Ulf bebía: todo el asunto de que Larguirucho y yo nos fuéramos de la barca empezó porque no volvía a tiempo y su ayudante sospechaba que se había ido a beber a una de las tabernas de la ciudad. Aquí no bebía nada. Algunos de los mayores tomaban de vez en cuando un trago de coñac, contra el frío, según decían; pero él no. Ni siquiera bebía cerveza, que era una bebida más normal, ni el áspero vino tinto que nos servían con la comida. A veces deseaba que lo hiciera. Me daba la sensación de que podría servir para dulcificarle un poco el ánimo.

Entonces un día llegó al castillo un mensajero de Julius. No tengo ni idea de qué mensaje traía, pero también llevaba consigo un par de botellas alargadas, de piedra

marrón. Y al parecer era conocido de Ulf. Las botellas contenían *Schnapps*, un licor fuerte e incoloro que bebían en Alemania y que, al parecer, Ulf y él habían bebido muchas veces juntos. Tal vez fuera el hecho de ver inesperadamente a un viejo amigo lo que debilitó la resolución de Ulf, o tal vez fuera simplemente que prefería el *Schnapps* a las bebidas que había en el castillo. Sea como fuere, los vi juntos, sentados en el cuerpo de guardia, con una botella entre los dos y un vaso pequeño delante de cada uno. Me alegré de ver que Ulf se distraía con algo y me quité de en medio alegremente.

Por la tarde el mensajero se marchó, pero le dejó a Ulf la botella restante. Ulf, que ya daba muestras de cierta embriaguez (no se había preocupado de comer nada a mediodía), abrió la segunda botella y se sentó a beber a solas. Parecía sumido en un estado de ánimo melancólico, no hablaba con nadie y no parecía enterarse bien de lo que ocurría a su alrededor. Por supuesto que eso está muy mal en el jefe de una guardia, aunque podría aducirse en su defensa que, de todos modos, las cosas seguían una rutina dentro de la cual todos conocíamos nuestras obligaciones y las desempeñábamos. En cuanto a mí, no me preocupé ni de censurarle ni de encontrar justificación para él, sino que me limité a alegrarme de la ausencia de su ronca voz.

Había hecho un día oscuro y la luz abandonó pronto el cielo. Preparé la comida de Ruki (un plato de algo parecido a las gachas, más líquido que sólido, hecho con ingredientes suministrados por los científicos) y pasé por el cuerpo de guardia, para llevárselo a su celda. La luz natural entraba al cuerpo de guardia por dos ventanas situadas muy arriba y que ahora estaban oscurecidas por el crepúsculo. Apenas distinguí la figura de Ulf, tras la mesa, con la botella delante. Lo ignoré, pero él me llamó.

—¿Dónde crees que vas?

Tenía la voz un poco trabada. Dije:

—A llevarle la comida al prisionero, señor.

—¡Ven aquí!

Fui y me quedé de pie delante de la mesa, sujetando la bandeja. Ulf dijo:

—¿Por qué no has encendido la luz?

—Todavía no es la hora.

Y no lo era. Faltaba aún un cuarto de hora para el momento que el propio Ulf había establecido. Si la hubiera encendido antes por causa del temprano oscurecimiento del día seguramente me habría censurado por haber quebrantado una de sus normas.

—Enciéndela, —dijo—. Y no me contestes, Parker. Cuando te ordene hacer algo, lo haces, y lo haces rápido. ¿Entendido?

—Sí, señor. Pero las normas dicen...

Se levantó del asiento tambaleándose ligeramente y se inclinó hacia delante

apoyando las manos en la mesa. El aliento le olía a alcohol.

—Eres un insu... un subordinado, Parker, y no estoy dispuesto a consentirlo. Esta noche harás una guardia extra. Y ahora vas a dejar esa bandeja y vas a encender la lámpara. ¿Está claro?

Hice lo que se me ordenaba en silencio. La luz de la lámpara iluminó su rostro pesado, enrojecido por la bebida. Dije con frialdad:

—Si eso es todo, señor, continuaré con mis obligaciones.

Me miró fijamente un momento:

—No puedes esperar de ganas de ver a ese compinche tuyo, ¿no es eso? Parlotear con el lagartazo es más fácil que trabajar, ¿a que sí?

Hice ademán de ir a coger la bandeja.

—¿Puedo irme ya, señor?

—Espera.

Seguí allí, obediente. Ulf se rió, cogió el vaso y lo vació en el cuenco de comida preparado para Ruki. Lo miré sin moverme.

—Vete, —dijo—. Llévale la cena a tu compinche. Ahora tiene algo que le dará ánimos.

Sabía perfectamente qué debiera haber hecho. Ulf se estaba permitiendo una estúpida bufonada de borracho. Debería haberme llevado la bandeja y prepararle otro plato a Ruki, y éste tirarlo. En cambio pregunté, de modo sumamente obediente, si bien desdeñoso:

—¿Es una orden, señor?

Su cólera era tan grande como la mía; pero la suya era abierta y la mía fría. Y su entendimiento estaba nublado por la bebida. Dijo:

—Haz lo que se te manda, Parker. ¡Y arreando!

Recogí la bandeja y me fui. Vislumbré qué quiso decir Larguirucho. Yo hubiera podido aplacar a Ulf sin mucho esfuerzo y pasarlo todo por alto. Mucho me temo que lo que pensé fue que esta vez él había cometido un error. Ruki rechazaría la comida, pues rechazaba todo lo que se diferenciaba, aunque fuera por muy poco, de aquello a lo que estaba habituado. Habría tenido que informar de esto y entonces el incidente habría salido a la luz. Simplemente obedeciendo órdenes y actuando conforme a las normas tenía la ocasión de vengarme de quien me atormentaba.

Cuando llegué a la recámara de aire oí que Ulf vociferaba a lo lejos. La atravesé, entré en la celda, dejé allí la bandeja y me volví para ver a qué obedecían los gritos. Ulf se mantenía precariamente en pie. Dijo:

—Anula esa orden. Prepárale otra cena al lagarto.

Dije:

—Ya he dejado la bandeja dentro, señor. Conforme a las instrucciones.

—¡Entonces vuelve a sacarla! Espera. Voy contigo.

Me fastidiaba que mi plan hubiera fracasado. Ruki se comería la comida sustitutoria y entonces no habría nada sobre lo que yo tuviera que informar. Informar sobre Ulf por el mero hecho de que estuviera bebido en horas de servicio era una idea que no me atraía, ni siquiera bajo aquel estado de resentimiento. Le acompañé en silencio, amargamente consciente del hecho de que, después de todo, él se saldría con la suya.

Apenas había espacio para dos en la recámara de aire. Era inevitable empujarse para ponerse las mascarillas que debíamos llevar dentro de la celda. Ulf abrió la puerta interior y pasó delante. Le oí soltar un bufido de sorpresa y desaliento. Avancé rápidamente y entonces vi qué estaba viendo él.

El cuenco estaba vacío. Y Ruki estaba tendido en el suelo cuan largo era, inmóvil.

Julius regresó al castillo para la conferencia. Parecía cojear más que nunca, pero no había perdido la alegría ni la confianza. Se sentó al centro de la larga mesa con todos los científicos a su alrededor, Larguirucho incluido. Fritz y yo estábamos discretamente sentados en un extremo. André, el Comandante del castillo, fue el primero en dirigirse a los reunidos. Dijo:

—Nuestro mejor plan siempre consistió en sabotear las Ciudades desde el interior. La cuestión era cómo. Podemos introducir a algunos, pero el número no se aproximaría ni por asomo al necesario para luchar contra los Amos, sobre todo en su propio terreno. Podríamos acaso destruir algunas de sus máquinas, pero eso no bastaría para destruir la Ciudad propiamente dicha. Es casi seguro que las podrían reparar y sería mucho peor que antes, porque entonces estarían sobre aviso y preparados para cuando intentáramos lanzar un segundo ataque. Lo mismo se puede decir de cualquier intento de dañar la Muralla. Aunque fuéramos capaces de perforarla, lo cual es dudoso, no lo podríamos hacer a una escala suficientemente grande (ni desde dentro ni desde fuera) como para impedir que los Amos contraatacaran, sacando provecho del daño.

»Lo que hacía falta era dar con un medio de atacar a los mismos Amos, a todos a la vez. Una sugerencia consistió en envenenarles el aire. Podría resultar, pero no creo que tengamos posibilidades de hacerlo en el tiempo de que disponemos. El agua brindaba más posibilidades. Usan mucha agua, tanto para beber como para bañarse. Aun considerando que son el doble de altos y pesan cuatro veces más, ingieren entre cuatro y seis veces lo que un hombre. Si pudiéramos introducir algo en los depósitos de agua, tal vez la treta funcionara.

»Desgraciadamente, son sensibles a los elementos adulterantes, como hemos comprobado con el prisionero. Éste simplemente rechazaba cuanto pudiera hacerle daño. Hasta que, merced a una afortunada coincidencia, se vertió un poco de *Schnapps* en su comida. La consumió sin dudarle y quedó paralizado antes de que

transcurriera un minuto. Julius preguntó:

—¿Cuánto tardó en recuperarse de la parálisis?

—Empezó a recuperar la consciencia al cabo de seis horas. Al cabo de doce estaba plenamente consciente, pero aún no coordinaba y mostraba una confusión evidente. Al cabo de veinticuatro horas se había recuperado totalmente.

—¿Y a partir de entonces?

—Aparentemente está normal, —dijo André—. Entendámonos, aún sigue preocupado y alarmado por lo que ha sucedido. Ya no está tan seguro de que nuestros esfuerzos sean algo desesperado, creo.

Julius dijo:

—¿Cómo se explica la parálisis?

André se encogió de hombros.

—Sabemos que en los hombres el alcohol afecta a la zona del cerebro que controla la motricidad. Un hombre borracho no es capaz de andar en línea recta ni de utilizar las manos adecuadamente. Puede incluso caerse. Si ha bebido lo suficiente, entonces se queda paralizado, como le pasó a Ruki. En este aspecto parece ser que son más sensibles y más vulnerables que nosotros. Hay otra cosa igualmente importante: la detección de sustancias perjudiciales no opera en este caso. Según parece la cantidad de alcohol puede ser bastante pequeña. En nuestro caso sólo fueron los restos de un vaso. Creo que eso nos brinda una oportunidad.

—Alcohol en el agua potable, —dijo Julius—. Presumiblemente no se puede desde fuera. Sabemos que tienen una purificadora en la parte interna de la Muralla. Entonces desde dentro. Si es que podemos introducir a un equipo. ¿Pero y el alcohol? Aun cuando la cantidad necesaria por individuo sea pequeña, el total supone una gran cantidad. No es posible introducir tanto.

—Podrían fabricarla nuestros hombres allí —dijo André—. En la Ciudad hay azúcar: lo utilizan tanto para elaborar sus alimentos como los alimentos de los esclavos. Lo único que hace falta es instalar una unidad destiladora. Entonces, cuando haya bastante, se agrega al agua potable.

André tenía la vista fija en Julius. Dijo:

—Habría que hacerlo en las tres Ciudades a la vez. Saben que existe cierta oposición hacia ellos; el hecho de que hayamos destruido el Trípode, huyendo con uno de los suyos, se lo habrá indicado. Pero nuestros últimos informes revelan que siguen llevando esclavos humanos a la Ciudad, lo cual quiere decir que siguen confiando en los que llevan Placa. En cuanto averigüen que podemos fingir que tenemos Placa las cosas serán muy distintas.

Julius movió lentamente la cabeza, asintiendo.

—Tenemos que atacar antes de que sospechen nada, —dijo—. Es un buen plan. Adelante con los preparativos.

Más tarde Julius me mandó llamar. Estaba escribiendo en un cuaderno, pero alzó la vista cuando entré en la habitación.

—Ah, Will, —dijo—. Ven, siéntate. ¿Sabes que Ulf se ha ido?

—Lo vi irse esta mañana, señor.

—¿Con cierta satisfacción, acaso? —no respondí—. Está muy enfermo y lo hemos enviado al sur, por el sol. Desde allí nos servirá, como ha hecho durante toda su vida, el poco tiempo que le queda. También se siente muy desdichado. Aunque las cosas resultaron bien, sólo ve el fracaso: su fracaso por no ser capaz de vencer una antigua debilidad. No lo desprecies, Will.

—No, señor.

—Tú también tienes debilidades. No son como la suya, pero te han hecho actuar torpemente. Como en este caso. La torpeza de Ulf consistió en emborracharse, la tuya en anteponer el orgullo al sentido común. ¿Quieres que te diga una cosa? Te destiné con Ulf, en parte, porque pensé que te haría bien, que te enseñaría a acatar la disciplina y consiguientemente a pensar con más cuidado antes de actuar. No parece que se haya producido el resultado que esperaba.

Dije:

—Lo siento, señor.

—Bueno, eso ya es algo. Ulf también. Me dijo una cosa antes de irse. Se culpaba a sí mismo porque Larguirucho y tú os extraviarais en vuestro primer encuentro. Sabía que no debería haberse quedado en la ciudad; así os proporcionó una excusa para bajar a tierra en su busca. De haber sabido yo esto no le habría permitido que viniera. Hay personas que son como el agua y el aceite. Parece ser que ése era vuestro caso.

Se quedó callado unos instantes y yo me sentía más incómodo que nunca bajo el escrutinio de sus hundidos ojos azules. Dijo:

—Esta expedición que se está planeando... ¿Quieres tomar parte en ella?

Dije, con rapidez y convicción:

—¡Sí, señor!

—La razón me dice que rechace tu solicitud. Has actuado bien, pero no has aprendido a dominar tu impremeditación. No estoy seguro de que llegues a conseguirlo jamás.

—Las cosas han salido bien, señor. Lo ha dicho usted.

—Sí, porque has tenido suerte. Así que voy a ser irracional y te voy a enviar. Por otra parte está el hecho de que conoces la Ciudad y serás de utilidad por tal razón. Pero creo con toda franqueza que tu suerte es lo que más me impresiona. Para nosotros eres una especie de mascota, Will.

Dije, fervorosamente:

—Haré todo lo que pueda, señor.

—Sí, ya lo sé. Ahora puedes irte.

Cuando llegué junto a la puerta me volvió a llamar.

—Una cosa, Will.

—¿Sí, señor?

—Acuérdate de vez en cuando de aquellos a quienes no les acompaña la suerte.

En especial de Ulf.

VOLUMEN II

CAPÍTULO 5

SEIS CONTRA LA CIUDAD

La expedición no se envió en la primavera del año siguiente, sino del otro.

Entretanto hubo que hacer y que preparar muchísimas cosas: elaboración de planes, fabricación de equipos, ensayos de acciones, mil veces repetidos. También hubo que mantener el contacto con los que se habían ido para formar centros de resistencia en las regiones donde se enclavaban las otras dos Ciudades. Las cosas habrían resultado más fáciles si hubiéramos tenido posibilidades de enviar mensajes por aire, utilizando rayos invisibles, como antaño hicieron nuestros antepasados y hacían ahora los Amos. Nuestros científicos hubieran podido construir las máquinas necesarias, pero se decidió no hacerlo. Los Amos debían seguir en la misma situación de falsa seguridad. Si utilizábamos aquella cosa llamada radio, la detectarían y, tanto si localizaban nuestros transmisores como si no, averiguarían que se estaba tramando una rebelión a gran escala.

De modo que nos vimos forzados a confiar en los primitivos medios de que disponíamos. Desplegamos una red de palomas mensajeras y para lo demás utilizamos veloces caballos y esforzados jinetes, recurriendo al relevo tanto de unos como de otros en la medida de lo posible. Se coordinaban los planes con mucha antelación y los hombres destacados en los centros alejados regresaban para recibir instrucciones sobre los mismos.

Uno de los que volvieron fue Henry. No lo reconocí fácilmente; estaba más alto y más delgado; la larga exposición al tórrido sol tropical lo había bronceado. Se le veía muy confiado y estaba muy contento de cómo habían ido las cosas. Se habían encontrado con que existía un movimiento de resistencia bastante parecido al nuestro al norte del istmo en el que se hallaba la segunda Ciudad de los Amos y habían sumado sus fuerzas. El intercambio de información resultó útil y regresaba con uno de sus líderes. Se trataba de un hombre alto, delgado, de tez morena, llamado Walt, que hablaba poco y cuando lo hacía era con una extraña voz gangosa.

Nos pasamos una tarde entera (Henry, Larguirucho y yo) hablando de los viejos tiempos y del tiempo por venir. En medio de la charla presenciábamos una exhibición preparada por los científicos. Era a finales de verano y desde la muralla del castillo contemplábamos un mar azul y en calma, levísimamente encrespado en la lejanía del horizonte. Había una gran paz por todas partes; resultaba fácil imaginarse que en aquel mundo no había nada parecido a los Trípodes ni a los Amos. (De hecho, los Trípodes nunca se aproximaban a aquella zona desolada de la costa. Ésta fue una de las razones por las que elegimos el castillo). Justamente debajo de nosotros había un grupo de personas que rodeaban a dos personajes vestidos con unos pantalones cortos, como los que yo llevaba en mi época de esclavo en la Ciudad. Pero la

similitud no acababa ahí, porque también llevaban cubriéndoles la cabeza y los hombros, una máscara parecida a la que yo utilizaba para protegerme del aire venenoso de los Amos. Con una diferencia: en lugar del receptáculo que contenía el filtro había un tubo conectado a una especie de estuche grande que iba atado a la espalda.

Alguien dio una señal. Los dos personajes avanzaron por entre las rocas y después por el agua. Les fue cubriendo las rodillas, los muslos, el pecho. Entonces, a la vez, se zambulleron y desaparecieron bajo la superficie. Durante unos segundos pudimos ver borrosamente cómo sus siluetas se alejaban a nado del castillo. Después los perdimos; nos quedamos mirando, esperando que aparecieran.

Esperamos mucho rato. Los segundos se convirtieron en minutos. Aunque me habían advertido lo que iba a suceder, me entró miedo. Estaba convencido de que algo había salido mal, de que se habían ahogado en la serenidad de aquel azul sin límites. Nadaban en contra de la marea, que estaba subiendo. Por aquella zona había extrañas corrientes submarinas y arrecifes sumergidos. El tiempo discurría lenta pero inexorablemente.

El objeto de todo esto era ayudarnos a entrar en las Ciudades. No podíamos emplear el método previamente utilizado; había que dar con algo más seguro e inmediato. Evidentemente la solución consistía en invertir el proceso que seguimos Fritz y yo para huir, entrando a través del río, por el desagüe. Las tres Ciudades se hallaban emplazadas junto a cauces de agua, de modo que el método valía para los tres casos. La dificultad estribaba en que, aun habiendo ido a favor de la corriente, la travesía nos obligó a forzar nuestra resistencia física hasta el límite de nuestras posibilidades y, en mi caso, más allá del mismo. Nadar contra corriente sería completamente imposible sin contar con su ayuda.

Por fin estallé:

—¡No ha salido bien! Es imposible que sigan vivos ahí abajo.

Larguirucho dijo:

—Espera.

—Si han debido de pasar más de diez minutos...

—Casi quince.

Henry dijo de repente:

—Por allí. ¡Mirad!

Miré hacia donde señalaba. A lo lejos, en medio del azul cristalino apareció primero un puntito y después otro. Dos cabezas.

Henry dijo:

—Ha dado resultado, pero no entiendo cómo.

Larguirucho hizo lo posible por explicárnoslo. Era algo relacionado con el aire, que para mí siempre había sido una especie de nada invisible. Estaba compuesto por

dos nadas distintas, dos gases, y la parte que había en menor proporción era la que nosotros necesitábamos para mantenernos vivos. Los científicos habían aprendido a separarlas y habían envasado la parte útil en los estuches que llevaban los nadadores a la espalda. Unos objetos denominados válvulas regulaban su entrada en las mascarillas. Se podía permanecer sumergido mucho tiempo. Unas aletas que se fijaban a los pies permitían nadar con fuerza en contra de la corriente. Habíamos dado con el modo de entrar en las Ciudades.

A la mañana siguiente se fue Henry. Se llevó consigo al enjuto y taciturno extranjero. También se llevó una remesa de mascarillas, así como los tubos y los estuches complementarios.

Desde un escondrijo excavado en la orilla del río volví a contemplar la Ciudad de Oro y Plomo y no pude impedir que un estremecimiento me recorriera el cuerpo. El muro de oro, rematado por la burbuja esmeralda de la cúpula protectora, se extendía por las tierras situadas a ambos márgenes del río; era algo inmenso, macizo y parecía inexpugnable. Resultaba ridículo suponer que la media docena de personas allí reunidas pudiéramos salir victoriosas.

Nadie que tuviera Placa se atrevería a acercarse tanto a la Ciudad; les infundía un inmenso temor, de modo que estábamos a salvo de cualquier posible interferencia. Por supuesto, vimos montones de Trípodes que entraban y salían de la Ciudad dando grandes zancadas, recortados contra el cielo; pero no estábamos cerca de ninguna de las rutas que transitaban. Llevábamos tres días allí y ya era el último. Cuando se desvaneció la luz de aquel cielo tormentoso se cumplió la última hora que antecedía al momento de la decisión.

No fue fácil sincronizar los ataques a las tres Ciudades. De hecho, la entrada no se efectuaba simultáneamente, pues la caída de la noche tenía lugar a horas distintas en las distintas partes del mundo. Henry entraba seis horas después que nosotros. En el este lo estarían haciendo justo en aquel momento, cuando para ellos era medianoche. Todos sabíamos que aquella Ciudad entrañaba el mayor riesgo de la empresa. La base que teníamos allí era la más pequeña y la más débil de las tres. Se encontraba en un país donde los hombres que llevaban Placa eran totalmente diferentes a nosotros y hablaban un idioma incomprensible. Habíamos reclutado a pocos. Los que debían llevar a cabo el ataque vinieron al castillo el otoño pasado; eran chicos delgados, de piel amarilla, que hablaban poco y sonreían menos. Habían aprendido un poco de alemán y Fritz y yo les informamos sobre lo que encontrarían en el interior de la Ciudad (suponíamos que las tres Ciudades serían muy parecidas); ellos escuchaban y asentían, pero nosotros no sabíamos bien hasta qué punto nos entendían.

En cualquier caso ya no se podía hacer nada al respecto. Había que concentrarse en el trabajo que nos esperaba allí. La oscuridad se iba adueñando de la Ciudad, del

río, de la llanura que nos rodeaba y del montículo formado por las ruinas de una gran ciudad de antaño. Tomamos al aire libre nuestra última comida hecha con alimentos normales, humanos. Después era cuestión de confiar en lo que pudiéramos encontrar en la Ciudad (habría que comer la insípida comida de los esclavos, ocultándonos en los refugios).

Contemplé a mis compañeros bajo la luz última. Iban vestidos igual que los esclavos y se disponían a ponerse las máscaras. Tenían la piel muy pálida, igual que yo, después de haber pasado todo un invierno a cubierto del sol. Llevábamos Placas falsas, muy ajustadas al cráneo; a través de las mismas nos sobresalía el pelo. Pero no les veía aspecto de esclavos y me preguntaba si tendría éxito el engaño. Seguramente el primer Amo que nos viera se daría cuenta y daría la voz de alarma.

Pero ya no había tiempo para dudas ni reflexiones. Por el oeste brillaba una estrella que se había asomado tras el horizonte.

Fritz, el jefe de nuestras fuerzas, miró su reloj. Era el único que lo llevaba; tenía que mantenerlo oculto bajo el cinturón. Marcaba la hora a la perfección y funcionaba incluso sumergido en agua; no lo habían fabricado nuestros científicos, sino los estupendos artesanos que vivieron antes de la llegada de los Amos. Me hizo recordar el que me encontré en las ruinas de la primera gran Ciudad que vimos, el que perdí yendo en bote por el río con Eloise, en el Château, de la Tour Rouge. ¡Qué lejano me parecía ahora todo aquello!

—Es la hora, —dijo Fritz—. Vamos dentro.

Previamente nuestros espías habían explorado la configuración subacuática de los desagües que debíamos atravesar a nado. Por fortuna eran espaciosos; había cuatro y, presumiblemente, cada uno de ellos se remontaba hasta un estanque como el que nosotros utilizamos para escapar. La salida estaba a veinte pies de profundidad. Uno a uno nos fuimos sumergiendo, abriéndonos paso contra la corriente, guiados por unas luces pequeñas fijadas a unas cintas que llevábamos en la cabeza: otra maravilla de los antiguos, esta vez recreada por Larguirucho y sus colegas. Larguirucho se tuvo que quedar en el cuartel general, pese a sus súplicas para que le dejaran venir con nosotros. No se trataba sólo de que fuera demasiado valioso como para prescindir de él. También contaba la debilidad de su vista. Bajo el agua las gafas no servían y además lo diferenciarían de modo indiscutible del resto de los esclavos de la Ciudad.

Las luces se movían delante de mí. Vi desaparecer una. Debía de ser el desagüe. Seguía ganando profundidad; vi un borde de metal curvo y vislumbré vagamente el interior de un túnel. Me di impulso con las aletas y entré.

El túnel parecía no tener fin. Me precedía el parpadeo de una luz; después mi propia lámpara me iba marcando débilmente el rumbo. Tenía que luchar incesantemente contra la presión del agua para abrirse paso.

Hubo un momento en que me pregunté si llegaríamos a alguna parte, si no sería posible que la corriente tuviera demasiada fuerza, de modo que nuestra impresión de avanzar fuera una nueva ilusión. ¿No estaríamos acaso manteniéndonos siempre en la misma posición, suspendidos en medio de aquel inmenso tubo liso? ¿No acabaría el cansancio por vencernos y, empujándonos, nos devolvería nuevamente al río? Me dio la impresión de que el agua estaba un poco más tibia, pero bien pudiera tratarse de otra ilusión. Sin embargo, en aquel momento, desapareció la luz que me precedía y obligué a mis cansadas extremidades a efectuar un esfuerzo mayor. De vez en cuando estiraba una mano y tocaba el techo del túnel. Volví a intentarlo y no encontré nada sólido. Hacia arriba, muy hacia arriba, se apreciaba un brillo verdoso.

Empecé a subir hasta que al fin saqué la cabeza del agua. Según estaba previamente convenido, nos hicimos a un lado, quedando ocultos tras la pared que rodeaba el estanque. El que me había precedido estaba allí. También, caminando por entre las aguas: en silencio, hicimos un gesto afirmativo con la cabeza. Una tras otra fueron apareciendo las demás cabezas hasta que, con inmenso alivio, vi la de Fritz.

La última vez no había nadie en el estanque por la noche, pero no podíamos correr riesgos. Fritz se apoyó cuidadosamente en el borde de la pared y se asomó. Nos hizo señas a los demás, que trepamos, saltando a tierra firme. Y nos enfrentamos al peso aplastante que tenía la gravedad de la Ciudad. Vi cómo mis compañeros, pese a estar sobre aviso, sufrían una conmoción; el súbito esfuerzo les hizo tambalearse. No podían mantener erguidos los hombros. Sabía que habían perdido la elasticidad de sus miembros, al igual que ocurría con los míos. Comprendí que, después de todo, tal vez no tuviéramos un aspecto tan distinto al de los esclavos.

Con rapidez, hicimos algo que era necesario: quitarnos los tubos de las máscaras y desatarnos de la espalda los tanques de oxígeno. De ese modo nos quedamos sólo con las mascarillas normales, con filtros de esponja en las bolsas del cuello, los cuales renovaríamos más adelante en alguno de los lugares comunales que utilizaban los esclavos. Perforamos los tanques y los atamos junto con los tubos. Después uno de nosotros volvió un momento al estanque y esperó a que se llenaran de agua. Se hundieron. La corriente los arrastraría hasta el río. Aunque algún hombre que tuviera Placa los encontrase mañana o al otro día, no podría averiguar nada. Pensaría que era un misterio más de los Trípodes; nosotros sabíamos que de vez en cuando salían de la Ciudad residuos sólidos.

Aunque podíamos hacerlo, no hablamos a fin de no hacer ruidos innecesarios. Fritz hizo un segundo gesto afirmativo con la cabeza y partimos. Fuimos dejando atrás las redes que retenían el calor del agua; cuando rebasamos la última, la superficie del agua empezó a despedir vapor; en algunos lugares hervía. Pasamos junto a la gran cascada que formaba el estanque, junto a montones de cajas que llegaban hasta el techo puntiagudo de la sala, y por fin a la empinada rampa curva por

donde se salía. Nos envolvía una débil luz verdosa procedente de los globos que colgaban del techo. Fritz abría la marcha, desplazándose cautelosamente entre posiciones que quedaran a cubierto; nosotros le seguíamos cuando nos lo indicaba por señas. De noche pocos Amos se mantenían activos, pero no nos podíamos permitir que nos sorprendiera ni uno solo porque a esa hora los esclavos no salían. Además, llevábamos encima ciertos objetos, piezas necesarias para efectuar el proceso de destilación, pues era posible que no las encontráramos allí.

Lenta y cuidadosamente fuimos atravesando la Ciudad dormida. Pasamos por lugares donde se oía el zumbido de maquinaria en funcionamiento; pasamos junto a los desiertos jardines de agua, donde aquellas plantas horribles, de sombríos colores, parecían seres amenazantes, dotados de sensibilidad. Avanzamos con cautela, paralelos a un lateral de la gigantesca cancha donde se jugaba a la Persecución de la Esfera. Al ver estos y otros lugares familiares parecieron desvanecerse los días y los años de vida libre que había conocido. Era casi como si estuviera regresando a aquel apartamento de Pirámide 19, donde mi Amo estaría aguardándome. Aguardándome para que le hiciera la cama, le frotara la espalda, le preparara la comida; o simplemente para que hablara con él, para que le hiciera compañía de aquel modo extraño que a él le gustaba, como si no fuera mi Amo.

Tardamos mucho y nos retrasó aún más nuestra determinación de no correr ningún riesgo. Cuando llegamos a la zona que queríamos, una zona situada en el extremo opuesto de la Ciudad (por donde tenía la entrada el río y donde los Amos lo sometían a un tratamiento purificador), en las alturas la oscuridad comenzaba a adquirir una coloración verde. En el mundo exterior la aurora estaría asomando límpidamente tras las lejanas colinas. Teníamos sed y calor; estábamos cansados, cubiertos de un sudor pegajoso y doloridos por causa de la incesante tensión a que nos sometía aquel peso que tiraba de nosotros hacia el suelo. Aún tenían que pasar muchas horas antes de que pudiéramos colarnos a un refugio, quitarnos las mascarillas, comer y beber. Me pregunté cómo se lo estarían tomando los cuatro que no conocían nada de esto. Por lo menos Fritz y yo lo habíamos pasado antes.

Atravesábamos un espacio triangular abierto, ocultos bajo la protección que brindaban unas plantas nudosas; parecían árboles e, inevitablemente, se asentaban en un estanque. Fritz se subió a una plataforma, se detuvo e hizo a los demás señas de que le siguiesen. Yo iba el último, cerrando la retaguardia. Cuando estaba preparándome vi que en lugar de indicarme que le siguiera levantaba la mano en señal de advertencia. Me quedé inmóvil donde estaba y aguardé. Se oía ruido a lo lejos: un palmeteo rítmico. Sabía qué era. Tres pies que golpeaban sucesivamente la piedra lisa.

Un Amo. Se me puso la carne de gallina al verlo en medio de la débil penumbra verde, caminando por el fondo de la plaza. Después de tanto tiempo viendo mucho a

Ruki creía haberme acostumbrado a ellos; pero Ruki era nuestro prisionero y estaba confinado en una habitación pequeña de paredes lisas. Al ver a este otro, en libertad, en medio de la Ciudad que simbolizaba su poder y su dominación, volví a sentir aquel antiguo miedo, y también aquel odio.

Durante nuestra estancia allí Fritz y yo descubrimos que había en la Ciudad muchos lugares que usaban rara vez o nunca. Algunos eran almacenes llenos de cajas, como la cueva por la que entramos; otros estaban vacíos, esperando que se les destinara a algún uso futuro. Me imagino que al construir la Ciudad habían previsto su crecimiento, y había mucho espacio que aún no se utilizaba.

Sea como fuere, esto era algo de lo que podíamos aprovecharnos. Los Amos, como demostraban las rutas invariables tantas veces frecuentadas por los Trípodes, eran criaturas de hábitos repetitivos en muchos órdenes; y los esclavos humanos jamás se aventurarían por ningún lugar, limitándose a efectuar directamente los encargos que tuvieran. Para ellos era inconcebible la idea de husmear lo que consideraban los sagrados misterios de los dioses.

Nos dirigimos hacia una pirámide previamente explorada por Fritz, situada a menos de cien yardas de la rampa que bajaba a la planta purificadora de agua. Era evidente que aquel sótano no se utilizaba; en la superficie de las cajas crecía una pelusilla de color parduzco que se desprendía fácilmente al tocarla. (En distintas partes de la Ciudad había formaciones similares; eran como hongos y a los Amos no parecía molestarles). Sin embargo, a fin de estar doblemente seguros, utilizamos la rampa espiral para bajar al sótano, donde había montones de cajas todavía más altos. Despejamos una zona en el rincón del fondo e inmediatamente empezamos a instalar nuestros aparatos.

Para la instalación del equipo dependíamos en buena medida de los recursos que había en la Ciudad. Sabíamos, por ejemplo, que había tubos de vidrio y recipientes. Nosotros llevábamos sobre todo herramientas, tubos de goma y cierres. Otra cosa que había que robarle al enemigo era el sistema para producir calor. Allí no se encendían fuegos, sino que se utilizaban unos dispositivos que ya no nos parecían tan mágicos como antes. Eran unas placas de diversos tamaños que, cuando se apretaba un botón, despedían unas radiaciones que proporcionaban calor concentrado: las pequeñas las utilizaban los esclavos en la cocción de líquidos para sus Amos. Tenían unos salientes que se introducían en unos agujeros dispuestos en las paredes de los edificios. Cuando dejaban de producir calor se conectaban aproximadamente una hora, y así se recargaban. Larguirucho nos explicó que el sistema debía de utilizar la misma electricidad que nuestros científicos habían redescubierto.

Amaneció, la luz fue aclarando, recorriendo la gama del verde, llegando incluso a vislumbrarse un disco pálido, que era el sol. En dos turnos, Fritz al frente de uno y yo

del otro, fuimos a una zona comunal, para reponernos, comer, beber y recambiar los filtros de las mascarillas. También lo habíamos escogido cuidadosamente. Se trataba de la zona comunal correspondiente a una de las pirámides de mayor relieve, en la cual se reunían muchos Amos procedentes de distintas partes de la Ciudad, y donde se ejecutaban ciertas actividades. (Al igual que tantas otras cosas, tales actividades resultaban completamente ininteligibles). Esto significaba que el movimiento de esclavos era considerable e incesante. Iban acompañando a sus Amos y bajaban allí cuando no se requerían sus servicios. Fritz se había fijado en que algunos se pasaban varias horas allí, durmiendo en los camastros. La mayoría no conocía a los demás, a quienes veía como meros individuos desprovistos de características con los que había que competir para conseguir la comida de las máquinas o los camastros vacíos. Por descontado, todos los esclavos estaban siempre tan agotados que les quedaba poca energía para dedicarse a observar.

Aquella sería nuestra principal base de suministros, y no la utilizaríamos sólo para procurarnos agua y alimentos, sino también para recuperarnos y dormir, necesidades igualmente acuciantes. Habíamos decidido trabajar de noche y durante el día descansar lo que pudiéramos. No sería nunca mucho, unas cuantas horas seguidas.

El primer día nos hicimos con las cosas que necesitábamos. Fue asombrosamente fácil. Andrè estaba en lo cierto al decir que debían efectuarse los tres ataques simultáneamente, porque toda nuestra esperanza de éxito dependía de que los Amos estuviesen totalmente confiados en que controlaban a los humanos mediante las Placas. Podíamos ir donde quisiéramos y coger lo que quisiéramos porque era impensable que fuéramos a hacer nada que ellos no hubieran ordenado. Íbamos por las calles transportando nuestro botín en las mismas narices del enemigo. Dos íbamos transportando un gran recipiente con una carretilla por en medio de un espacio abierto; a los lados había una docena de Amos, o más, sumergidos en aguas humeantes, solemnemente entregados a sus diversiones carentes de gracia.

Los recipientes eran nuestro requisito primero y principal. Bajamos tres al sótano y los llenamos con un amasijo hecho a base de agua y aquella especie de galletas que los esclavos tenían a su disposición en las zonas comunales. El resultado fue una decocción que tenía muy mal aspecto, una masa amilácea a la que añadimos un poco de levadura que nos habíamos traído. No tardó mucho en fermentar. Los científicos dijeron que esto ocurriría incluso en el seno del aire de la Ciudad, tan distinto; pero de todos modos fue un alivio ver que se formaban burbujas. La primera fase estaba en marcha.

En cuanto vimos que aquello funcionaba, empezamos a construir la unidad de destilación encargada de desempeñar la necesaria función de concentrar el líquido. Esto no era tan fácil. Un proceso normal de destilación supone calentar un líquido hasta que se transforma en vapor. El alcohol, que es lo que esperábamos obtener,

hierve a más baja temperatura que el agua, de modo que el vapor que se desprendiera al principio tendría una elevada proporción de alcohol. El paso siguiente debía ser enfriar el alcohol, a fin de que se condensara, volviendo a convertirse en líquido. La repetición del proceso produce un alcohol cada vez más concentrado.

Por desgracia faltaba resolver el problema del calor constante que todo lo invadía. Abrigábamos la esperanza de atajarlo empleando tubos de mayor longitud para que el vapor tuviera más tiempo de enfriarse, pero pronto quedó claro que eso no iba a dar resultado. La cantidad que caía era penosa; con un goteo tan lento harían falta meses para llenar el receptáculo de recogida. Teníamos que encontrar otro modo de hacerlo.

Aquella noche Fritz y yo salimos juntos. Descendimos cuidadosamente por la rampa que daba a la caverna donde se encontraba la planta purificadora de agua. Estaban encendidas las luces verdes, trepidaban las máquinas en pleno funcionamiento, pero no había nadie allí. Las máquinas funcionaban automáticamente. ¿Qué necesidad había de montar guardia en un lugar donde los únicos seres vivos eran los Amos y los esclavos que les obedecían a ciegas? (En toda la Ciudad no había ni una sola puerta con cerradura). Del lado de acá de las máquinas había una extensión de agua hirviente de más de veinte pies de ancho; desembocaba en una serie de depósitos de los que salía por medio de numerosos conductos. De allí la bombeaban hasta los pisos superiores de las pirámides o bien la empleaban para dar suministro a los muchos jardines de agua y lugares de entretenimiento semejantes que había a ras de tierra. Pero del lado de allá...

Allí había otra extensión de agua que proporcionaba suministro a las máquinas. A su vez recibía suministro a través de un ancho túnel curvo que discurría por el interior de aquella Muralla oro mate que no tenía ensambladura alguna. Trepamos por un muro de contención y llegamos a una estrecha cornisa que penetraba en el túnel. Avanzamos por allí, adentrándonos cada vez más en la oscuridad.

Desde la turbulenta superficie del agua subió hasta nosotros una súbita sensación de frescor. Esto era lo que buscábamos, lo que nos hacía falta. Pero necesitábamos más espacio del que nos brindaba la cornisa si es que queríamos instalar allí los aparatos de destilar. Fritz iba delante de mí. Yo ya no podía verlo y sólo supe que se había detenido cuando cesó el ruido de pisadas. Dije quedamente:

—¿Dónde estás?

—Aquí. Dame la mano.

Ahora nos encontrábamos justamente debajo de la Muralla. El agua hacía un ruido distinto, más violento; supuse que en aquel punto empezaba a bullir libremente, emergiendo de su confinamiento subterráneo. La entrada desde el mundo exterior debía efectuarse a una profundidad suficiente para asegurar que no entrara nada de aire. Seguí a tientas a Fritz y comprobé que la zona por la que me movía era la que ocupaba el río en el tramo anteriormente recorrido. Había una especie de plataforma

que iba de un lado a otro del túnel y llevaba a otro túnel menor que continuaba hacia el exterior, justamente por encima de la corriente de agua, ahora oculta y subterránea. Dimos con una trampilla por la que cabría un hombre y que al parecer era el acceso a una sala de inspección; presumiblemente habría más. Me imagino que estaban allí para prevenir una eventual obstrucción. Llegado el caso hubieran tenido que recurrir a los esclavos para la inspección. Ningún Amo habría podido pasar por un espacio tan reducido.

Fritz dijo:

—Hay sitio, Will.

Puse reparos:

—No se ve nada.

—Tendremos que arreglárnoslas. La vista tendrá que acostumbrarse. Creo que ya puedo ver un poco mejor.

Yo apenas veía nada. Pero tenía razón él: habría que arreglárselas. Se trataba del líquido refrigerante que nos hacía falta; allí estaba, bullendo abundantemente debajo de nosotros.

Pregunté:

—¿Podemos empezar esta noche?

—Por lo menos podemos transportar algunas cosas.

En noches sucesivas trabajamos con ahínco, tratando de conseguir materiales. Había abundancia de recipientes; eran de un material parecido al vidrio, aunque cedía levemente si se hacía presión. Los llenamos con el producto de nuestros esfuerzos. En la plataforma no había sitio suficiente para todos, pero logramos ponerlos en fila en el túnel más estrecho. Imploré que no se produjera durante este tiempo ninguna obstrucción subterránea en el río, lo cual exigiría una inspección. No parecía probable que sucediera. El sistema lo habían diseñado, evidentemente, para un caso de emergencia y seguramente no lo habrían usado jamás desde que se erigió la Ciudad.

Llevábamos una vida agotadora. En el túnel estábamos a salvo del calor, pero la gravedad seguía tirando con fuerza y seguía siendo necesario llevar aquellas odiosas mascarillas. Además estábamos muy faltos de sueño. Las habitaciones comunales sólo podían utilizarse doce horas al día y teníamos que descansar por turnos. Era frustrante encontrarse el lugar lleno de esclavos. En una ocasión que estaba derregado, cuando llegué allí me encontré todos los camastros ocupados. Me dejé caer sobre el duro suelo y estuve durmiendo hasta que alguien me despertó poniéndome la mano en el hombro; con los ojos doloridos y los miembros que no me obedecían, comprendí que tenía que volver a levantarme, ponerme la máscara y sumirme en aquella neblina verde que era lo más parecido que teníamos a la luz del día.

Pero el tiempo pasaba y poco a poco fuimos reuniendo los materiales. Trabajábamos con arreglo a un programa y un calendario, y cubrimos nuestros objetivos casi con una semana de antelación. Seguimos elaborando alcohol. Era mejor que limitarse a contar el tiempo y esperar; y cuanto más elevada fuera la concentración de alcohol en el suministro de agua de los Amos, tanto más efectiva cabía esperar que fuese. Ya habíamos averiguado cuál de los conductos que salían del estanque interior era el que alimentaba el sistema de suministro de agua potable. Estábamos preparados para cuando llegaran el día y la hora señalados. Y por fin llegaron.

Para los que nos encontrábamos allí había una pega. No teníamos ni idea de cuánto tiempo tardarían en manifestarse los efectos entre los Amos. Tampoco sabíamos cuándo empezarían a darse cuenta de que algo iba mal. Sabíamos que las tres Ciudades se mantenían en contacto y no podíamos dejar que una de ellas alertara a las otras dos sobre un posible peligro. De modo que era preciso adulterar el agua potable más o menos simultáneamente.

Y entonces, naturalmente, nos enfrentábamos con el problema que planteaba el hecho de que nuestro mundo sea un globo que gira alrededor del sol. En las plantas purificadoras de agua había durante el día un plantel de Amos que se ocupaban de las máquinas en tres turnos consecutivos; pero por la noche no había nadie. Se había caído en la cuenta de que durante dicho intervalo podían efectuarse dos de los tres intentos; uno inmediatamente después de que concluyera el trabajo del día y otro no mucho antes de que se iniciara. De modo que en la tercera Ciudad había que intentar el sabotaje rondando el mediodía.

Se acordó, sin que nadie lo cuestionara, que nuestra expedición era la que debía afrontar este problema. Teníamos la ventaja de estar más cerca del cuartel general, y además dos de nosotros conocíamos por experiencia propia el interior de la Ciudad. Era cuestión nuestra el ultimar de algún modo aquella labor mientras los Amos trabajaban en la planta. La alternativa consistía en correr el riesgo de encontrarnos al enemigo alerta, dispuesto a contraatacar.

Pensamos mucho en esto. Aunque habíamos cogido materiales y los habíamos estado transportando en carretillas, y pese a que los cuatro nuevos se habían acostumbrado a la presencia de los Amos hasta el punto de sentirse casi desdeñosos para con ellos (no era éste el caso de Fritz y mío; nuestros amargos recuerdos seguían vivos), era sumamente improbable que no nos interrogaran si nos vieran salir del túnel con recipientes y vaciarlos en un conducto. Después de todo aquél era su departamento y si había humanos trabajando allí tenían que estar a sus órdenes.

Alguien propuso hacerse pasar por un esclavo portador de un mensaje que reclamase su presencia en otra parte de la Ciudad. Como jamás desconfiaban de los

esclavos, no dudarían de su autenticidad.

Fritz rechazó la idea.

—El mensaje sonaría raro y podrían pensar que el esclavo estaba equivocado. Probablemente llamarían a otros Amos para comprobarlo, puede que al lugar donde se les dijera que debían ir. Acuérdate de que pueden comunicarse a distancia. De todos modos, estoy seguro de que no irían todos. Por lo menos se quedaría uno con las máquinas.

—¿Entonces qué?

—En realidad sólo existe una posibilidad, —lo miramos; yo hice un gesto afirmativo con la cabeza—. Debemos recurrir a la fuerza.

El número máximo de Amos que estaban de servicio a la vez era de cuatro, pero uno sólo aparecía de vez en cuando; creo que era una especie de supervisor. Normalmente había tres, pero muchas veces se ausentaba uno de ellos para ir a darse un chapuzón en un jardín de agua que había por allí cerca. Aunque contábamos con el arma de conocer la existencia de aquel punto vulnerable situado entre la boca y la nariz, y aun siendo seis, no podíamos pensar en enfrentarnos a más de dos. En igualdad de condiciones ellos eran muchísimo más grandes y más fuertes; aquí, con aquella gravedad, no teníamos ninguna posibilidad en la lucha. Carecíamos de armas y de medios para fabricarlas.

El momento escogido fue hacia la mitad del segundo turno del día. Era preciso estar preparado para actuar en cuanto el tercer Amo subiera la rampa para irse al jardín de agua, lo cual significaba que teníamos que tener un escondrijo cerca de la entrada de la planta, desde donde fuera posible vigilar. Fritz resolvió el problema llevándonos a cortar ramas de los árboles del jardín acuático por la noche; después hicimos un montón. Las podas eran frecuentes y se dejaban las ramas amontonadas hasta que venía a retirarlas una cuadrilla de esclavos. Podíamos contar con que no repararían en ellas al menos durante un día. De modo que, después de haber estado por turnos en la zona comunal nos ocultamos subrepticamente bajo el montón. Me recordaba la textura de las algas; era un tacto repugnante, pegajoso, como de goma. Casi parecía que tenía vida. Fritz se hallaba en una posición que le permitía vigilar. Los demás estábamos muy hundidos y a mí me parecía que corríamos peligro de asfixiarnos si las cosas se retrasaban demasiado.

La espera se me hizo verdaderamente larga. Estaba tumbado en aquel escondrijo y lo único que veía eran las ramas que tenía delante de la cara; me moría por saber qué ocurría fuera, pero no me atrevía ni a susurrar una pregunta. Aquello se ponía cada vez más pegajoso, seguramente porque ya se estaría pudriendo, lo cual no hacía las cosas más atractivas. Me dio un calambre en una pierna, pero no podía moverme para buscar alivio. El dolor iba en aumento y yo no sabía cómo iba a arreglármelas para soportarlo mucho más tiempo. Tendría que levantarme, darme masaje...

—Ahora, —dijo Fritz.

No había nadie cerca. Salimos corriendo hacia la rampa o, por lo menos, caminamos a paso más rápido de lo normal. Al llegar al fondo aminoramos la marcha. Había un Amo a la vista, el otro quedaba oculto tras una máquina. Cuando nos acercamos, dijo:

—¿Qué hay? ¿Traéis algún encargo?

—Un mensaje, Amo. Se trata...

Tres de nosotros lo cogimos de los tentáculos a la vez. Fritz dio un salto y los otros dos se abrazaron a las piernas lo más arriba que pudieron. Ocurrió casi instantáneamente. Fritz le dio un golpe contundente en el punto débil; el Amo profirió un solo aullido, que casi nos revienta los oídos, y se desplomó, lanzándonos despedidos.

Creíamos que el segundo nos causaría más problemas, pero en realidad nos las arreglamos mejor con él. Salió de detrás de la máquina, vio que estábamos de pie junto a su colega caído y preguntó:

—¿Qué ha pasado aquí?

Hicimos la reverencia ritual. Fritz dijo:

—El Amo se ha herido, Amo. No sabemos cómo.

Una vez más su confianza ciega en la devoción de sus esclavos nos brindó la oportunidad que necesitábamos. Sin dudar, ni sospechar, se acercó y se inclinó un poco, palpando al otro con los tentáculos. De tal modo, las aberturas de la boca y de la nariz quedaron a tiro del puño de Fritz sin que éste tuviera que saltar. Se derrumbó sin tan siquiera gritar.

—Lleváoslos a rastras y escondedlos detrás de la máquina, —ordenó Fritz—. Después proseguid con vuestro trabajo.

No había necesidad de apresurarse. Disponíamos de una media hora hasta que regresara el tercer Amo. Dos trabajaban en el túnel, sacando los recipientes por la estrecha cornisa; los demás los transportábamos de dos en dos desde allí hasta el conducto del agua potable y los vaciábamos. Había unos cien recipientes en total. Con doce viajes llegaría. El líquido incoloro caía en el agua, se mezclaba con ella y desaparecía. Yo iba contando mis viajes. Nueve... diez... once...

El tentáculo me atrapó sin que yo lo hubiese visto siquiera. El Amo debió llegar a la parte más alta de la rampa y por alguna razón se detuvo y miró hacia abajo en lugar de seguir avanzando, palmoteando con los pies, en cuyo caso le habríamos oído. Más tarde nos dimos cuenta de que era el supervisor que efectuaba una de sus visitas periódicas. Evidentemente, vio la procesión de esclavos que transportaban recipientes, vio que vertían el contenido en el tubo de conducción y sintió curiosidad. Bajó girando (lo cual en ellos equivalía a correr y era casi inaudible, pues sólo tocaban el suelo intermitentemente con la punta de un pie) y me rodeó firmemente la

cintura con un tentáculo.

—Chico, —preguntó—, ¿qué es esto? ¿Dónde están los Amos?

Mario, que se encontraba justamente detrás de mí, dejó caer un recipiente y saltó. Un segundo tentáculo lo atrapó por el aire. Apretó más el que me tenía sujeto haciéndome expulsar aire. Vi que venían los otros dos, pero no pude hacer nada. Me oí a mí mismo gritar cuando la presión se hizo insoportable. Lanzó el tercer tentáculo hacia el muchacho holandés, Jan, y lo arrojó como si fuera un muñeco contra la máquina más próxima. Después lo utilizó para coger a Carlos. Los tres estábamos tan inutilizados como si fuéramos pollos ensartados.

El Amo no sabía que había dos más en el túnel, pero esto no era un gran consuelo. Se verían obligados a examinar el agua. Habíamos estado tan cerca de conseguirlo y ahora...

Jan se levantó dolorido. Yo estaba boca abajo, mi mascarilla rozaba contra la parte inferior del cuerpo del Amo. Vi que Jan cogía algo con la mano, un perno metálico, de unas seis pulgadas de largo y un par de pulgadas de grosor; se utilizaba para hacer ajustes en una de las máquinas. Y recordé... antes de que lo destinaran a esta expedición se había estado preparando por si tomaba parte en los Juegos... en lanzamiento de disco. Pero si lo veía el Amo... extendí las manos hacia abajo y de aquellas piernas gruesas agarré la que me caía más cerca, intentando clavar las uñas.

Tuvo tan poco efecto como si un mosquito le picara a un percherón. Sin embargo debió de darse cuenta, porque volvió a apretar el tentáculo. Proferí un alarido de dolor. Mi agonía iba en aumento. Estaba a punto de perder la conciencia. Vi que Jan se doblaba y ponía el cuerpo en tensión para efectuar el lanzamiento. Después me quedé sumido en la inconsciencia.

Cuando me recobré estaba apoyado en una máquina. Obrando acertadamente, en lugar de intentar reanimarme prosiguieron con el trabajo. Me encontraba magullado y cuando respiraba era como si inhalara fuego. El Amo estaba tirado en el suelo, no muy lejos de mí; de un corte que tenía justamente debajo de la boca le manaba un líquido verdoso. Observé, aturdido, cómo vertían el último recipiente. Fritz se acercó, y dijo:

—Volved a llevar todos los recipientes vacíos al túnel por si viniera otro de los suyos, —vio que yo estaba consciente—. ¿Qué tal te sientes, Will?

—No demasiado mal. ¿De verdad que lo hemos conseguido?

Me miró, y en su rostro grave y solemne se dibujó una insólita sonrisa.

—Creo que sí. Sinceramente creo que sí.

Subimos penosamente la rampa y nos alejamos. Ya en el exterior nos vio un Amo,

pero no prestó atención. Jan y yo caminábamos con dificultad, él tenía un fuerte golpe en la pierna y yo aquel dolor punzante que sentía cada vez que respiraba o me movía. Sin embargo, esto no era raro; había una serie de esclavos aquejados de diversos impedimentos. Al tercer Amo lo habíamos llevado a rastras y lo habíamos dejado detrás de la máquina junto con los otros dos. Ya era casi la hora de que volviera el otro del jardín de agua. Los encontraría y tal vez diera la voz de alarma, pero las máquinas seguirían funcionando y seguiría saliendo agua pura. El agua contaminada ya circulaba por las tuberías, camino de todos los grifos de la Ciudad.

Pusimos bastante distancia de por medio entre la planta purificadora y nosotros. Fuimos a una zona comunal a reponernos. Bebí agua, pero no sabía diferente. Basándose en las pruebas efectuadas con Ruki, los científicos llegaron a la conclusión de que una proporción minúscula de alcohol tenía sobre ellos un efecto paralizante, pero ahora yo me preguntaba si bastaría con lo que habíamos puesto. Una vez nos quitamos las mascarillas, Fritz me palpó el torso con los dedos. Hice una mueca de dolor y estuve a punto de gritar.

—Una costilla rota, —dijo—. Lo que yo pensaba. Intentaremos ponerte más cómodo.

En la zona comunal había mascarillas disponibles. Rajó una y con el material confeccionó dos vendas que me ató por encima y por debajo del lugar donde más me dolía. Me dijo que soltara todo el aire que pudiese. Después apretó las vendas y las anudó. Mientras lo hacía me dolió más, pero después me sentí mejor.

Esperamos media hora antes de salir. Los Amos consumían ingentes cantidades de agua y nunca dejaban pasar más de una hora sin beber. Estuvimos paseando y vigilando, pero no parecía que hubiera cambiado nada. Pasaban junto a nosotros con su acostumbrada arrogancia, con su indiferencia desdeñosa. Nuevamente me sentía abatido.

Entonces, al pasar junto a una pirámide, vi salir a uno. Mario me cogió del brazo sin pensarlo y yo hice una mueca de dolor. Pero el dolor no importaba. Se tambaleó sobre sus tres pies, movió los tentáculos con incertidumbre; un momento después cayó al suelo y se quedó inmóvil.

CAPÍTULO 6

EL ESTANQUE DE FUEGO

No sé qué pensaban que les sucedía, pero era evidente que no lo comprendían. Tal vez creyeran que se trataba de la Enfermedad, la Maldición de Skloodzi, que había adoptado una modalidad nueva y más virulenta. Me imagino que el envenenamiento era una idea que eran incapaces de entender. Según descubrimos con Ruki, disponían de un medio aparentemente infalible de detectar cualquier sustancia dañina incorporada a su comida o a su bebida. Aparentemente infalible, pero no del todo. Es difícil defenderse de un peligro de cuya existencia jamás se ha sospechado.

Así que bebían, empezaban a tambalearse y se caían; primero unos cuantos y después cada vez más hasta dejar las calles plagadas de sus cuerpos grotescos y monstruosos. Los esclavos se movían entre ellos, apesadumbrados, desorientados; de cuando en cuando intentaban levantarlos, tímidos e implorantes a un tiempo. En una plaza donde había más de veinte Amos caídos, un esclavo que estaba junto a uno de ellos se levantó y, con el rostro bañado en lágrimas, dijo:

—Los Amos ya no existen. Por tanto, nuestras vidas ya no tienen sentido. Hermanos, vayamos juntos al Lugar de la Liberación Feliz.

Otros avanzaron contentos hacia él. Fritz dijo:

—Creo que son muy capaces de hacerlo. Tenemos que impedirselo.

Mario dijo:

—¿Cómo? Además, ¿qué importa?

Sin responder, Fritz se encaramó de un salto en una pequeña plataforma de piedra que a veces empleaban los Amos para efectuar una especie de meditación. Gritó:

—¡No, hermanos! No están muertos. Están dormidos. Pronto se despertarán y necesitarán de nuestros cuidados.

Estaban indecisos. El que se dirigiera a ellos anteriormente, dijo:

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo mi Amo antes de que sucediera.

Era un argumento definitivo. Los esclavos podían mentirse unos a otros, pero jamás cuando se trataba de algo relacionado con los Amos. Era una idea inconcebible. Desconcertados pero algo menos apesadumbrados, se dispersaron.

En cuanto quedó claro que el plan había tenido éxito emprendimos la segunda parte de nuestra labor, tan importante como la primera. Sabíamos que la parálisis era temporal. Supongo que habría sido posible matar a los Amos uno a uno mientras estaban indefensos, pero seguramente no los habríamos encontrado a todos a tiempo... aparte de que era sumamente improbable que los esclavos nos lo permitieran. En tanto los Amos no estuvieran muertos, sino tan sólo inconscientes, las Placas seguirían funcionando.

La solución era atacar el corazón de la Ciudad y destruirlo. Sabíamos (fue una de las primeras cosas que descubrió Fritz) dónde estaban las máquinas que regulaban la energía de la Ciudad: la luz, el calor y la fuerza que generaba aquel peso gigantesco bajo cuya presión trabajábamos. Nos dirigimos hacia allí. Estaba un poco lejos y Carlos propuso que utilizáramos los vehículos sin caballos que usaban los Amos para desplazarse. Fritz puso el veto. Los esclavos conducían aquellos vehículos para transportar a sus Amos pero, no siendo así, no los usaban. Los Amos no estaban en condiciones de advertir la infracción, pero los esclavos sí y no sabíamos cuál sería su reacción.

Así que empezamos a andar, pesadamente, camino de la calle II y de la rampa 914. Había que pasar por una de las plazas más grandes de la Ciudad, flanqueada por numerosos jardines de agua, muy adornados. La rampa misma era muy ancha y se hundía bajo tierra delante de una pirámide mucho más alta que las que la rodeaban. De debajo llegaba un ruido de maquinaria que hacía vibrar ligeramente el suelo que pisábamos. Al descender a las profundidades tuve una sensación de temor. Era un lugar al que jamás se acercaban los esclavos, razón por la que nosotros no habíamos podido hacerlo. Éste era el corazón palpitante de la Ciudad y nosotros un puñado de pigmeos que osábamos acercarnos.

La rampa llevaba a una cavidad dos o tres veces mayor que cualquiera que yo hubiera visto; constaba de tres semicírculos dispuestos en torno a un círculo central. En cada semicírculo había incontables máquinas que tenían centenares de indicadores incomprensibles en su cara anterior. Dispersos por el suelo se encontraban los cuerpos de los Amos encargados de manejarlas. Se veía que algunos habían caído en sus puestos. Vi que uno aún así con el tentáculo una palanca.

La cantidad de las máquinas y su complejidad nos confundían. Busqué interruptores que pudieran desconectarlas, pero no encontré ninguno. El metal, de brillo levemente bronceo, era durísimo y no tenía soldaduras; los indicadores esféricos estaban protegidos por cristal endurecido. Íbamos de una a otra buscando un punto débil, sin encontrar nada. ¿Sería posible que aun encontrándose los Amos en una situación de impotencia nos siguieran desafiando sus máquinas, que no dejaban de hacer ruido?

Fritz dijo:

—A lo mejor esa pirámide que está en medio...

Ocupaba el punto central del círculo interior. Los lados tenían unos treinta y cinco pies de base y formaban triángulos equiláteros, de modo que el vértice tenía más de treinta pies de altura. No le habíamos prestado mucha atención porque era lisa, y su único distintivo era una entrada triangular que tenía la altura justa para que entrara un Amo. Pero cerca de ella no había cuerpos caídos. Era del mismo metal bronceo que las máquinas, pero al acercarnos no oímos el zumbido característico. En su lugar se

oía un suave silbido que variaba de tono y de volumen. Desde la puerta sólo se divisaba una desnudez metálica. Dentro de la pirámide había otra pirámide y, entre las dos, un espacio vacío. Recorrimos el pasadizo que se formaba y descubrimos que la pirámide interior también tenía una entrada, aunque en otra cara. ¡Y al atravesarla nos encontramos con que dentro de la segunda pirámide había una tercera!

También tenía una entrada, pero en la cara que en las otras dos pirámides no había nada. Del interior salía un fulgor. Entramos y nos quedamos mirando, atemorizados.

Un agujero circular ocupaba casi todo el suelo; de allí procedía el fulgor. Era dorado, se parecía a las bolas que aparecían en la Persecución de la Esfera, pero tenía un brillo y una intensidad mayores. Era fuego, pero un fuego líquido que crepitaba con un ritmo lento, acompasado con las modulaciones que experimentaba el siseo. Daba la impresión de ser una fuerza que, incesantemente y sin esfuerzo, tenía suficiente potencia como para proporcionar energía a toda la Ciudad.

Fritz dijo:

—Creo que es esto. ¿Pero cómo se para?

Mario dijo:

—Al otro lado... ¿lo ves?

Estaba al otro lado del resplandor; una sola columna de bronce, fina, como de la altura de un hombre. De la parte superior salía algo. ¿Una palanca? Mario, sin aguardar respuesta, rodeó el fulgurante agujero y se dirigió hacia aquello. Le vi levantar la mano, tocar la palanca... y morir.

No hizo ningún ruido. Tal vez no supo qué le sucedía. Un fuego pálido le recorrió el brazo con el que sujetaba la palanca; después se dividió y multiplicó formando una docena de oleadas que recorrieron su cuerpo. Se quedó así un instante antes de desplomarse. Vi que la palanca caía junto con su peso muerto antes de que abriera los dedos y cayera al suelo.

Entre los demás se elevó un murmullo de sorpresa. Carlos hizo ademán de acercarse a él. Fritz dijo:

—No. No serviría de nada y tal vez tú también murieras. Pero ¡mirad! Dentro del agujero.

El fulgor se estaba apagando. Se apagaba lentamente, como de mala gana; el fondo seguía igual, pero la superficie, primero, adquirió un tono plateado y después se oscureció del todo. El siseo se fue desvaneciendo lentísimamente; primero se convirtió en un susurro y después se ahogó en el silencio. El brillo del fondo adquirió una coloración carmesí oscuro. Aparecieron manchas oscuras que aumentaban de tamaño y se fusionaban entre sí. Hasta que al final nos quedamos en silencio, completamente a oscuras.

Fritz dijo en voz baja:

—Tenemos que salir. Apoyaos unos en otros.

En aquel momento se estremeció la tierra bajo nuestros pies; parecía casi un terremoto en pequeña escala. Y de pronto nos vimos libres de aquel peso tremendo y opresivo que tiraba de nosotros sin cesar. Mi cuerpo recobró la liviandad. Tuve la sensación de tener atados a los nervios y a los músculos globos minúsculos que tiraban de mí hacia arriba. Era algo muy raro. Pese a la sensación de extraordinaria ligereza me sentía atrozmente cansado.

A tientas, arrastrando los pies, salimos del laberinto de pirámides: unos ciegos guiaban a otros ciegos. En la gran cueva estaba igual de oscuro, pues se había ido la luz. Oscuro y en silencio, ya que había dejado de oírse el ruido de las máquinas. Fritz nos guiaba hacia donde creía que estaba la entrada, sin embargo, llegamos a una hilera de máquinas. Seguimos avanzando, tanteando con las manos el metal. Por dos veces se detuvo al tropezarse con el cuerpo de un Amo y yo, que iba el último de la fila, pisé sin querer un tentáculo. Se enroscó debajo del pie y me dio tanto asco que me entraron ganas de vomitar.

Por fin encontramos la entrada y, tras abrirnos paso por la rampa curva, vimos arriba el resplandor verde de la luz diurna. Nos dimos más prisa y en seguida pudimos soltarnos. Salimos a la gran plaza donde estaban los jardines de agua. En uno vi un par de Amos flotando y me pregunté si se habrían ahogado. En realidad ya no importaba.

En el siguiente cruce nos encontramos con tres personajes. Esclavos. Fritz dijo:

—Me pregunto si...

Parecían aturcidos, como si supieran que estaban soñando, a punto de despertarse, pero incapaces de recuperar plenamente la conciencia. Fritz dijo:

—Se os saluda, amigos.

Uno de ellos respondió:

—¿Cómo se sale de este... lugar? ¿Vosotros sabéis dónde hay una salida?

Era un comentario sencillo, normal, pero nos lo decía todo. Era imposible que ningún esclavo buscara el modo de salir de aquel paraíso infernal en el que podían servir a los Amos. Esto significaba que se había cortado el control, que las Placas que llevaban en el cráneo eran tan ineficaces como las nuestras, que eran postizas. Eran hombres libres. Y si esto pasaba dentro de la Ciudad, otro tanto debía de ocurrir en el mundo exterior. Ya no éramos una minoría de fugitivos.

—Encontraremos una, —dijo Fritz—. Vosotros podéis ayudarnos.

Camino de la Sala de los Trípodes, la entrada de la Ciudad, fuimos charlando con ellos. Estaban sumamente confusos, como es natural. Se acordaban de lo que había sucedido desde que les insertaron la Placa, pero no le encontraban ningún sentido. Su identidad anterior, que les había hecho servir a los Trípodes con devoción y alegría, les resultaba extraña. Tardaron en comprender el horror de lo que habían

experimentado, pero cuando sucedió así se sintieron heridos en lo más vivo. Al llegar junto a dos Amos que estaban tirados en el suelo, uno junto a otro, se detuvieron los tres; pensé que tal vez fueran a ensañarse con él. Pero tras mirarlo largamente, volvieron la vista, experimentaron un escalofrío y siguieron andando.

Nos encontramos a muchos esclavos. Algunos se unían a nuestro grupo; otros vagaban sin rumbo o estaban sentados, mirando al vacío. Había dos que daban voces sin sentido; tal vez se hubieran convertido en Vagabundos al desaparecer la influencia de los Amos, al igual que les ocurría a otros cuando les era impuesta. Un tercero, al que probablemente le habría ocurrido lo mismo, estaba caído al borde de una rampa. Se había quitado la mascarilla y su rostro exhibía una espantosa mueca de muerte: se había asfixiado en medio de aquel venenoso aire verde.

Cuando llegamos a la rampa espiral que sube hasta la plataforma que da a la Zona de Entrada, en los confines de la Ciudad, nuestra banda se componía de unos treinta miembros. Recordé el primer día, cuando bajaba por allí, tratando de mantener derechas las piernas, que se me doblaban. Llegamos a la plataforma; nos encontrábamos en una posición desde la que se dominaban las pirámides menores. Allí estaba la puerta por la que salimos del vestuario. El aire que había al otro lado era apto para respirarlo. Yo iba en cabeza y oprimí el botón que regulaba la entrada a la cámara de aire. No pasó nada. Volví a apretar, varias veces. Fritz se acercó y dijo:

—Deberíamos haber caído en la cuenta. Toda la energía de la Ciudad procedía del estanque de fuego. La que alimentaba los vehículos y también la que abría y cerraba las puertas. Ahora ya no funcionará.

Nos turnamos para intentar abatir la puerta a golpes, pero fracasamos estrepitosamente. Alguien encontró un objeto metálico y probó suerte; se abolló la superficie, pero la puerta no cedió. Uno de los recién llegados dijo con voz que revelaba claramente miedo:

—¡Entonces estamos atrapados aquí dentro!

¿Sería posible? El cielo iba perdiendo luminosidad con el declinar de la tarde. Dentro de unas horas se haría de noche y la Ciudad se quedaría a oscuras, sin luz artificial. Ya no hacía tanto calor, pues las máquinas no lo mantenían. Me pregunté si el frío podría acabar con los Amos o bien si se recuperarían antes de alcanzar tal extremo y, una vez recuperados, volverían a poner en marcha el estanque de fuego... Eso no; no podían derrotarnos ahora.

Además comprendí otra cosa. Si esta cámara de aire no se abría, tampoco se abrirían las que se encontraban en los lugares comunales del interior de las pirámides. No disponíamos de medios para obtener comida ni agua. Más importante aún, no disponíamos de medios para renovar los filtros de las mascarillas. Moriríamos asfixiados, como le ocurrió al que estaba tirado en la rampa. Al ver la expresión de Fritz supe que estaba pensando lo mismo.

El que daba golpes con el objeto metálico dijo:

—Creo que si insistimos lo suficiente cederá. Si los demás también encontrarais objetos con los que golpear.

Fritz dijo:

—No serviría de mucho. Al otro lado hay otra puerta. Después está la Zona de Entrada. Tampoco funcionará la habitación que sube y baja. Jamás podríamos salir de allí. Dentro no habrá luz...

Se hizo el silencio, revelando que todos pensábamos como él. El que tenía el objeto de metal dejó de dar golpes. De pie, inmóviles, constituíamos un grupo sin ánimos. Carlos alzó la vista hacia la gran burbuja de cristal, la cúpula verde y translúcida que cubría el laberinto de rampas y pirámides.

—Si pudiéramos subir hasta allí —dijo—, y abrir un agujero...

Jan se sentó para que descansara su pierna herida. Dijo:

—Si quieres, puedes subirte a mis hombros.

Era un chiste malo y no se rió nadie. Nadie estaba de humor para reírse. Respiré hondo y el dolor que sentí en las costillas vendadas me hizo dar un respingo. Estaba intentando pensar en algo, pero todo lo que mi cerebro decía era: «Atrapados... atrapados».

Entonces, uno de los que tenían Placa dijo:

—Hay una subida.

—¿Cómo es posible?

—Mi... —dudó—. Uno de... ellos... me la enseñó. Estaba inspeccionando la cúpula y tuve que subir sus cosas. Hay una subida y después una cornisa circular, en lo alto de la Muralla, que recorre la cúpula por dentro.

Dije yo:

—Jamás lograríamos perforar la cúpula. Debe de ser más resistente que el cristal que cubría los indicadores de las máquinas. Dudo que tan siquiera le hiciéramos un rasguño.

—No obstante, vamos a intentarlo, —dijo Fritz—. No veo ningún otro modo de salir, exceptuando el río.

¡Se me había olvidado el río! Le miré, muy contento:

—¡Claro! Bueno, ¿por qué no hacemos eso?

¿Huimos por el río?

—No estoy seguro de que tú pudieras lograrlo, estando tan maltrecho. Pero de todos modos tampoco podemos hacer eso. Tenemos que asegurarnos de que no vuelvan a controlar la situación cuando se recobren. Tenemos que destruir la Ciudad mientras aún sigamos teniendo la oportunidad.

Asentí; mi satisfacción se esfumó tan rápidamente como había aparecido. El río no era una solución.

Volvimos a bajar la rampa; esta vez nos indicaba el camino nuestro nuevo guía. En un jardín de agua nos hicimos con unos barrotes metálicos: los empleaban para guiar un tipo de enredadera que discurría por los bordes de los estanques; los extrajimos sin grandes dificultades. Cuando nos íbamos me pareció ver que un Amo se movía. Apenas fue nada, solamente un tentáculo que tembló, pero fue una visión ominosa. Se lo dije a Fritz, que asintió, y le dijo al guía que se diese más prisa.

La subida de la que había hablado se encontraba en una parte de la Ciudad plagada de pirámides altas y afiladas; por allí casi nunca iban los esclavos. Íbamos por una rampa adosada a la Muralla; era estrecha y vertiginosamente empinada. Nos lo había advertido, y dijo que no sabía cómo pudo subir la otra vez, que no habría podido hacerlo si no se lo hubiera ordenado directamente el Amo. La ausencia de la antigua gravedad hacía la labor menos difícil físicamente; pero la sensación de ir subiendo junto a aquel abismo, sin barandilla alguna, era terrorífica. Yo me pegaba todo lo que podía a la brillante superficie de la Muralla y, después de echar un vistazo, me aterró y procuré no volver a mirar hacia abajo.

Por fin llegamos a la cornisa. Tampoco tenía barandilla y su anchura no superaba los cuatro pies. Los Amos debían de ser insensibles a la altura. Discurría a lo largo de la cara interior de la Muralla hasta perderse de vista en ambas direcciones. La burbuja de cristal se unía a la Muralla a una altura de unos ocho pies. Esto le quedaría a los Amos a la altura de los ojos, claro; pero a nosotros...

Lo intentamos. Se subieron unos encima de otros, blandiendo torpemente los barrotes. Yo no podía, por las costillas; pero era bastante angustioso tener que quedarse mirando. La cornisa parecía empequeñecerse; cualquier movimiento incauto me hacía temer que cayeran a un vacío de doscientos o trescientos pies. Golpeaban el cristal, así como el punto de unión con el metal de la Muralla. Pero el punto de unión no ofrecía ni rastro de ensambladura, según decían ellos, y sus golpes distaban de producir ninguna impresión. Más adelante se formó un segundo equipo y luego un tercero, pero no tuvieron mayor fortuna.

Fritz le dijo al que nos guiaba:

—Espera un momento. ¿Te encontraste con tu Amo aquí?

Negó con la cabeza:

—No, no lo vi. Me ordenó traer comida y burbujas de gas y dejarlas aquí. Me quedé sólo el tiempo necesario.

—¿Ni siquiera lo viste en una zona más alejada de la cornisa?

—No; pero podía estar donde no se le viera. El otro lado no se ve.

—Tampoco se ve a través de la Muralla.

—No podría sobrevivir fuera, con aire normal. Y no llevaba máscara.

Fritz dijo:

—Necesitarían poder inspeccionar por fuera, además de por dentro. Vale la pena

indagar, —miró hacia la extensión de vidrio; el pálido disco del sol estaba ya muy hacia el oeste—. A menos que a alguien se le ocurra algo mejor.

A nadie se le ocurrió. Echamos a andar por la cornisa, en el sentido de las agujas del reloj. A la derecha teníamos el precipicio que daba a las calles de la Ciudad. Algunas pirámides de menor tamaño parecían agujas dispuestas a empalar los cuerpos que cayeran. La altura me daba vértigo y volvía a dolerme mucho el pecho. Supongo que habría podido abandonar y volverme; en mis condiciones no iba a serle de mucha utilidad a nadie. Pero la idea de volverme dejando a mis compañeros me gustaba aún menos.

Seguimos avanzando lentamente. La parte superior de la rampa se perdió entre la neblina, que dejamos atrás. Tenía la convicción de que no íbamos a encontrar nada. Sencillamente el Amo se habría perdido de vista, como nos pasaba a nosotros ahora. Entonces, desde delante, Fritz dijo:

—¡Sí que hay algo!

Los demás no me dejaban ver, pero después de un momento supe qué quería decir. Justo enfrente terminaba la cornisa, o más bien daba paso a algo que sobresalía de la Muralla, ocupando el espacio de la cornisa y aún más. Era una especie de cámara, y tenía una puerta. Pero no había ningún botón que accionase la puerta. En su lugar había un volante hecho del mismo metal brillante que la propia Muralla.

Cuando Fritz intentó girar el volante nos aglomeramos, olvidando momentáneamente el vértigo. Al principio no consiguió nada, pero luego, cuando probó en dirección contraria, se movió. No mucho; lo suficiente para darnos esperanza. Volvió a girarlo, empleando todas sus fuerzas, y cedió un poco más. Unos minutos más tarde su lugar lo ocupó otro. Siguió así, por turnos de voluntarios. La puerta se movía con una lentitud penosa, pero seguía moviéndose. Y, por fin, vimos una rendija que se ensanchaba por un lado. Estábamos abriendo la puerta.

En cuanto la abertura tuvo la anchura suficiente, Fritz se coló y los demás le seguimos. En vista de mis costillas vendadas me alegré de ser más pequeño que la media. Llegaba luz a través de la rendija de la puerta y también por unos recuadros de cristal que había en el techo. Veíamos lo que nos rodeaba con bastante claridad.

La cámara estaba encajonada en la Muralla y sobresalía por ambos lados. Dentro no había casi nada, exceptuando unas cajas en cuyo interior seguramente habría equipos, y un anaquel con media docena de trajes con máscara, de los que usaban los Amos cuando tenían que desenvolverse en medio de la atmósfera humana. Fritz los señaló:

—Por eso no traía máscara. Estaban guardadas aquí —echó un vistazo a aquella habitación que tenía aspecto de celda—. La energía no llegaba hasta aquí. No habría valido la pena. De modo que las puertas se abren mecánicamente. Todas las puertas.

Enfrente de la que habíamos utilizado para entrar había otra puerta por la que

seguramente se pasaría de nuevo a la cornisa. Al fondo había otras dos puertas parecidas, una frente a otra. Debían de comunicar con una cornisa similar, pero por fuera de la cúpula. Dijo:

—Pero si esto es una cámara de aire... haría falta energía para bombear el aire.

—No lo creo. Recuerda que su aire es más denso y tiene más presión que el nuestro. Bastaría con una simple válvula que funcionara a presión. Y la cantidad de aire que hay aquí dentro, comparada con la cantidad que hay bajo la cúpula, es pequeñísima. Daría igual.

Jan dijo:

—Entonces lo único que tenemos que hacer es abrir las puertas del exterior. ¿A qué estamos esperando?

Fritz cogió el volante con las manos, se puso en tensión y tiró hacia la derecha. Sus vigorosos músculos se tensaron por la fuerza que hacía. Se relajó y volvió a tirar. No pasó nada. Se echó hacia atrás, enjugándose la frente.

—Que lo intente otro.

Probaron varios. Carlos dijo:

—Es ridículo. La puerta es igual que la otra. El volante es idéntico.

Fritz dijo:

—Espera un momento. Creo que ya lo entiendo. Cierra la puerta de dentro.

Por dentro había un volante acoplado al de fuera. No obstante, giraba con idéntica dificultad; estaban hechos para la fuerza de los Amos, no para la de los hombres. Por fin se cerró.

—Ahora, —dijo Fritz.

Volvió a accionar la rueda de fuera. Esta vez se movió. Muy, muy despacio, pero al menos se abrió una rendija de luz, que después se ensanchó. Se formó una corriente de aire que pasó silbando entre nosotros, camino del exterior. Diez minutos después contemplábamos la cornisa exterior de la cúpula y el paisaje terrenal que se extendía a nuestros pies, un mosaico de campos y arroyos en el que a lo lejos se veían las ruinas de la gran ciudad. La luminosidad del día nos hizo parpadear.

Fritz dijo:

—También los Amos pueden cometer errores, por eso tienen un dispositivo que impide que eso ocurra aquí. Las puertas exteriores no se abren a menos que las interiores estén cerradas. Y viceversa, diría yo. Intentad abrir la puerta exterior ahora.

Lo intentaron sin conseguirlo. Era evidente que tenía razón.

Carlos dijo:

—¿Entonces podemos abrir una puerta... e intentar horadar la otra?

Fritz estaba examinando la puerta abierta.

—Eso no va a ser fácil. Mira.

La puerta tenía unas cuatro pulgadas de grosor y era del mismo metal duro y

reluciente que la Muralla. Le habían dado una lisura satinada y, obviamente, una precisión tal que ni siquiera el aire podría pasar entre las superficies en contacto una vez estuviera cerrada. Fritz cogió el barrote que llevaba y golpeó con él. No causó ninguna impresión que yo pudiera apreciar.

Otro contratiempo, tal vez el último. Podíamos mantener cerrada la puerta de dentro e, inmersos en nuestro propio aire, podíamos quitarnos las mascarillas. Así no nos asfixiaríamos. Pero no disponíamos de comida ni de agua ni, sobre todo, de un medio para bajar por el acantilado abrupto y reluciente que era la Muralla. En todo caso, a menos que pudiéramos perforar de algún modo el caparazón de la Ciudad, nos enfrentábamos a la posibilidad de que los Amos se recuperaran de la parálisis y volvieran a encender el estanque de fuego.

Estábamos todos mirando la puerta. Carlos dijo:

—Hay una diferencia entre las puertas interiores y las exteriores. La primera se abrió hacia dentro, pero ésta hacia fuera.

Fritz se encogió de hombros.

—Por la diferencia de presión. Así les resulta más fácil.

Carlos se agachó y palpó la zona donde la puerta se articulaba con la pared.

—La puerta en sí es demasiado fuerte para romperla. Pero los goznes...

A lo largo de todo el quicio había unos goznes finos que tenían un leve brillo de aceite. Tal vez los hubiera renovado el Amo que sin querer nos había guiado hasta allí.

Fritz dijo:

—Creo que podríamos romperlos. Pero sólo podemos intentarlo estando la puerta abierta, para lo cual tiene que estar cerrada la de dentro. ¿De qué serviría?

—No hay que romperlos del todo, —dijo Carlos—. Pero si los aflojáramos y después cerráramos la puerta y luego, después de abrir la puerta de dentro...

—¿La intentamos abrir a golpes desde dentro? ¡Podría resultar! En todo caso podemos intentarlo.

Pusieron manos a la obra, golpeando dos personas a la vez la juntura de los goznes. Seguía sin ser fácil, pero un grito de triunfo nos reveló que se había roto el primero. Después vinieron más. Los fueron rompiendo sistemáticamente y sólo dejaron intactos el de abajo y el de arriba. Entonces volvieron a cerrar la puerta, abriendo la de dentro.

—Vale, —dijo Fritz—. Ahora a romper el de arriba y el de abajo.

Golpearon sin cesar con las barras de metal. Empezaron Fritz y Carlos; cuando se cansaron otros les relevaron. Éstos, a su vez, se cansaron y fueron sustituidos. Los minutos iban pasando al monótono son del metal que chocaba contra el metal. Los cuadrados de cristal que había en el techo se oscurecían, empezaba a caer el crepúsculo. Me pregunté si abajo, en las calles, estarían empezando a despertarse los

Amos, caminando confundidos, pero con una determinación... llegar hasta la sima oscura donde antes danzaba el fuego; todavía era posible que volviera a danzar... Dije:

—¿Puedo intentarlo?

—Me temo que no serías una gran ayuda, —dijo Fritz—. De acuerdo, Carlos. Otra vez tú y yo.

El martilleo prosiguió incesantemente. Entonces mi oído detectó algo distinto, una especie de chirrido. Se repetía una y otra vez.

—Más fuerte, —dijo Fritz.

Se oyó un ruido de metal que se rompía. Debieron ceder los dos goznes casi a la vez. La puerta empezó a ceder y pude divisar el cielo abierto, que iba adquiriendo un tono gris. Aquello fue lo último que percibí con claridad durante cierto tiempo. Porque cuando la puerta cayó hacia fuera un fuerte viento barrió la cámara, entrando por una puerta y saliendo por otra; era un vendaval que lo arrastraba a uno hacia el exterior. Alguien gritó: «¡Al suelo!». Yo me dejé caer y me resultó más fácil así. Noté un fuerte tirón por detrás, pero me quedé donde estaba. Pasaba rugiendo; jamás había oído ningún viento que hiciese un ruido semejante porque sólo tenía una nota, invariable, un mugido ronco e incesante. Me admiré de que me hubiera resultado monótono el golpeteo metálico. Habría sido imposible hacerse oír con aquel estruendo, suponiendo que el aturdimiento le dejara a uno decir nada. Vi a los demás desperdigados por el suelo. Era increíble que pudiera durar tanto tiempo sin cambiar.

Pero al fin cambió. El ruido quedó ahogado por otro ruido más agudo, más fuerte, más terrorífico. Sonó como si el mismo cielo se estuviera desgarrando, haciéndose jirones. Y un momento después el viento cesó. Me levanté tambaleándome; sólo entonces me di cuenta de que las costillas me dolían aún más por haberme caído al suelo.

Nos dirigimos varios hacia la entrada interior. Miramos en silencio, demasiado atemorizados como para hacer comentarios. La cúpula de cristal se había hundido hacia dentro. Aún quedaba una gran parte adherida a la zona superior de la pared, pero había un enorme agujero dentado que ocupaba todo el centro. Se veían enormes fragmentos caídos por la Ciudad; uno parecía cubrir el Campo de la Esfera. Me volví buscando a Fritz. Estaba solo, de pie junto a la puerta exterior.

Dije:

—Ya está. No puede haberse salvado ni uno.

Tenía lágrimas en los ojos; le cayó una rodando por la mejilla. Al principio creí que era de alegría, pero su expresión no indicaba gozo. Pregunté:

—¿Qué pasa, Fritz?

—Carlos...

Señaló hacia la puerta abierta. Dije, horrorizado:

—¡No!

—Lo arrastró el viento. Intenté sujetarlo, pero no pude.

Miramos los dos hacia fuera. La Muralla formaba un precipicio bajo nuestros pies. Muy, muy abajo, un minúsculo cuadrado dorado revelaba la posición de la puerta. Cerca de la misma se veía una pequeña mancha negra.

Nos quitamos las mascarillas y pudimos respirar aire normal. El aire verde de los Amos se había dispersado, perdiéndose en la inmensidad de nuestra atmósfera. Regresamos por la cornisa y después descendimos hacia la Ciudad por la rampa empinada. Me alegré de que no lo hubiéramos dejado para más tarde; la luz se extinguía velozmente y la falta de visibilidad no mejoraba nada mi sensación de vértigo. Pero al fin llegamos abajo.

Las zonas comunales del interior de las pirámides nos seguirían estando vedadas. Sin embargo, encontramos comida en almacenes al aire libre y rompimos los envases para consumirla. Había fuentes de agua potable en lugares diversos, dispuestas a fin de calmar la sed de los Amos que pasaran; nosotros bebimos de ellas. Los cuerpos de los Amos se encontraban desperdigados en medio de la creciente oscuridad. Cada vez se nos unía un número mayor de personas que llevaban Placa. Se encontraban conmocionados y desconcertados, y algunos tenían heridas ocasionadas por fragmentos de la cúpula derrumbada; nos ocupamos de ellos lo mejor que pudimos. Después nos instalamos dispuestos a afrontar una noche fría de primavera. No fue agradable, pero al menos veíamos brillar las estrellas, las estrellas de la tierra, que brillaban como diamantes.

Por la mañana, ateridos, Fritz y yo hablamos sobre lo que convenía hacer. Seguíamos sin poder atravesar la Sala de Entrada, a menos que abordáramos la ardua y lenta tarea de derribar las puertas. E intentarlo con la puerta de la Muralla, por donde entraban los Trípodes, sería una empresa casi imposible. Claro que podíamos escaparnos por el río, pero aquello tampoco sería fácil; en mi caso sería un acto suicida. Dije:

—Podíamos formar una escala anudando tiras (hay existencias del material que utilizan para confeccionar las ropas de los esclavos), bajar desde las cámaras...

—Habría que confeccionar una tira larguísima, —dijo—. Creo que podría resultar peor que el río. Pero le he estado dando vueltas a...

—¿A qué?

—Todos los Amos están muertos. Si volviéramos a poner en funcionamiento el estanque de fuego...

—¿Cómo? Acuérdate de Mario.

—Me acuerdo. Lo mató la energía. Pero aquel interruptor estaba allí para que lo utilizaran.

—Con un tentáculo. Es una sustancia distinta a nuestra carne. Puede ser que no le afecte la energía. ¿Vamos a cortar un tentáculo y utilizarlo para volver a accionar la palanca?

—Es una idea, —dijo—, pero no es lo que yo tenía en mente. Cuando Mario accionó la palanca el fuego estaba encendido. Se apagó despacio. Si se enciende también despacio... ¿Ves lo que quiero decir? Tal vez no haya peligro hasta que el fuego esté encendido.

Dije despacio:

—Puede que tengas razón. Voy a hacerlo.

—No, —dijo Fritz decididamente—. Lo haré yo.

Bajamos por la rampa hasta la Sala de Máquinas. La oscuridad era total y tuvimos que buscar a tientas la pirámide central. Olía raro, como a hojas podridas, y cuando tuve la desgracia de tropezarme con el cuerpo de un Amo comprendí de dónde procedía. Estaban empezando a descomponerse, y me imagino que allí era peor que en la calle.

La primera vez no dimos con la pirámide y acabamos en una de las filas de máquinas, en uno de los hemisferios del lado opuesto. Al segundo intento tuvimos más suerte. Palpé una superficie de metal lisa y le dije a Fritz que se acercase. Juntos fuimos tanteando en derredor hasta dar con el lado donde estaba la entrada y después recorrimos el laberinto de pirámides paralelas. Por supuesto la oscuridad no era mayor que en las demás partes de la Sala, pero yo sentía un miedo mayor. Tal vez tuviera algo que ver con el confinamiento... y con el hecho de que nos estuviéramos acercando al agujero donde antes ardía el fuego.

Cuando llegamos a la tercera entrada, Fritz dijo:

—Quédate aquí, Will. No te acerques más.

Yo dije:

—No seas tonto. Claro que voy.

—No, —su voz fue rotunda, definitiva—. El tonto eres tú. Si algo va mal, tú quedas al mando. Todavía tenemos que encontrar una salida segura de la Ciudad.

Me quedé callado, reconociendo la verdad de lo que decía. Oí cómo se abría camino en círculo, evitando el hoyo central. Tardó mucho porque iba con cautela. Por fin dijo:

—He llegado a la columna. Estoy buscando el interruptor. Ya lo tengo. ¡Lo he empujado hacia arriba!

—¿Estás bien? Apártate por si acaso.

—Ya me he apartado. Pero no pasa nada. No hay ni rastro del fuego.

Y no lo había. Escruté la oscuridad. A lo mejor llevaba demasiado tiempo apagado. A lo mejor había que hacer alguna otra cosa que ni siquiera podíamos

imaginarnos. Con una voz que evidenciaba su decepción, Fritz dijo:

—Ya voy de vuelta.

Extendí la mano para que la alcanzara. Dijo:

—Tendrá que ser con la escala o por el río. Es una pena.

Esperaba que pudiésemos controlar la Ciudad.

Al principio pensé que quizá la vista me estuviera jugando una mala pasada, haciéndome ver unos puntos luminosos, como sucede a veces cuando se está a oscuras. Dije:

—Espera... —y después—: ¡Mira!

Se volvió conmigo, y los dos nos quedamos mirando. Abajo, en lo que debía de ser el fondo del agujero, brotó una chispa y después otra, y otra más. Aumentaron de tamaño, se juntaron, empezaron a adquirir luminosidad. Mientras observábamos, el fuego se fue extendiendo y se inició el siseo. Entonces empezó a fulgurar todo el hoyo, al tiempo que la luminosidad inundaba la estancia.

CAPÍTULO 7

UN VERANO NAVEGANDO POR EL VIENTO

Los Amos habían muerto, pero la Ciudad volvía a vivir.

La intensa gravedad tiraba de nosotros como antes, pero no nos importaba. Fuera, en la Sala, brillaban las lámparas verdes y se oía el zumbido de las máquinas, incesantemente desempeñando su misteriosa actividad. Subimos a las calles, encontramos un vehículo, nos subimos y fuimos hasta donde habíamos dejado a los demás. Se quedaron mirándonos con ojos desorbitados. En torno al perímetro de la ciudad se elevaba una neblina verde, señal de que estaba nuevamente funcionando la máquina que producía el aire de los Amos. Pero no parecía peligroso. Se elevaba por encima de la cúpula destrozada y se perdía en la inmensidad azul del cielo.

Recogimos a cuantos seguidores pudimos y partimos de nuevo hacia la Zona de Entrada. Esta vez funcionó la puerta cuando apretamos el botón. Dentro nos encontramos a los esclavos encargados de preparar a los nuevos esclavos. Estaban desconcertados y, después de dieciocho horas, el aire estaba enrarecido; pero, por lo demás, se encontraban bien. Fueron ellos los que nos explicaron cómo funcionaba la habitación que se desplazaba y cómo se abría el acceso de la Muralla. Yo dije:

—Los Trípodes... Muchos habrán quedado atrapados fuera. Tal vez estén aguardando. Si abrimos...

—¿Aguardando a qué? —dijo Fritz—. Saben que la cúpula ha quedado destruida.

—Si entran los Trípodes... los Amos que los conducen puede que tengan mascarillas. Y la máquina que elabora su aire sigue funcionando todavía. Podrían hacer algo, tal vez ponerse a reparar cosas.

Fritz se volvió hacia el que nos había explicado cómo se abría la entrada de la Muralla. Dijo:

—En la Sala de los Trípodes hay aire humano. ¿Cómo pasaban a la zona donde podían respirar?

—Las puertas de los hemisferios encajaban con otras puertas situadas a gran altura por la parte interior de la Sala. Por allí podían pasar los Amos andando.

—¿Las puertas de la Sala se abrían desde el exterior?

—No. Desde aquí. Cuando los Amos nos lo ordenaban, apretábamos un botón y se abrían, —señaló una rejilla que había en la pared—. Por ahí nos llegaba la voz, aunque ellos estaban fuera, en los Trípodes.

—Tú vas a quedarte aquí —dijo Fritz—, con unos cuantos que elijas. Más tarde te relevarán, pero hasta entonces tu obligación consistirá en ocuparte de que las puertas estén cerradas. ¿Entendido?

Hablaba con autoridad, esperando ser obedecido; se aceptó su orden sin vacilación. A los cuatro que quedábamos, de los seis que atacamos la Ciudad, se nos

trataba con suma deferencia y respeto. Aunque las Placas ya no tenían efecto sobre su inteligencia, la idea de que hubiéramos luchado contra los Amos, derrotándolos, les infundía respeto.

Los demás bajamos utilizando la habitación que se movía y salimos de la Sala de los Trípodes. Estaban encendidas las lámparas verdes, pero su luz se perdía en medio de la luminosidad que penetraba por la abertura de la pared, la cual tendría más de cincuenta pies de ancho y más de dos veces esa cifra de alto. A lo largo de la Sala se alineaban los Trípodes; pero estaban inmóviles y presumiblemente desocupados. En su presencia volvíamos a ser unos pigmeos, si bien unos pigmeos victoriosos. Pasamos a través de la abertura y Jan me agarró del brazo. Allí se alzaba otro Trípode, que nos miraba amenazadoramente.

Fritz exclamó:

—¡Preparaos para dispersaros! Lo más lejos que podáis, si ataca. No puede atraparnos a todos.

Mas los tentáculos colgaban con flaccidez del hemisferio. La amenaza era ilusoria. Allí no había vida. Tras unos instantes así lo entendimos y nos relajamos. Caminamos despreocupadamente bajo su sombra y algunos de los que tenían Placa se pusieron a trepar por una de las grandes patas metálicas, dando voces de alegría.

Fritz me dijo:

—Creía que el aire, la comida y el agua les duraría más tiempo. En efecto, así tenía que ser, puesto que hacen viajes que duran días e incluso semanas.

—¿Qué más da? —dije—. Están muertos, —sentí la tentación de sumarme a los que trepaban por la pata del Trípode, pero sabía que resultaría pueril—. ¡Puede que hayan muerto de tristeza!

(Y puede que mi tonta suposición no estuviera tan lejos de la verdad. Más adelante descubrimos que todos los Trípodes habían dejado de funcionar horas después de que se apagara el fuego de la Ciudad. Nuestros científicos examinaron los cuerpos de los Amos que quedaron encerrados. Era imposible saber cómo murieron, pero pudiera ser que de desesperación. Su inteligencia no era como la nuestra. Sin embargo, Ruki no murió —no murió entonces—. Quizá, al haberse habituado a la cautividad, pudo soportar mejor la conmoción que suponía la caída de la Ciudad y siguió viviendo con la esperanza de que al final lo rescataran).

Hacía un día luminoso, como si fuera un homenaje a nuestra victoria. En el cielo se veían grandes nubes blancas, aborregadas; pero las extensiones de azul eran aún mayores y el sol apenas si se ocultaba. Soplaba un viento leve y templado que olía a cultivos y a primavera. Recorrimos el perímetro de la Muralla hasta llegar al río y después proseguimos hacia el puesto avanzado de donde habíamos partido. Cuando nos acercábamos unas figuras nos saludaron con la mano y yo volví a reparar en que ya se habían acabado los días de escondrijos y subterfugios. Parecía que la tierra era

nuestra.

Andrè estaba allí. Dijo:

—¡Buen trabajo! Pensamos que tal vez hubierais quedado atrapados dentro.

Fritz le dijo que habíamos vuelto a encender el estanque de fuego y él escuchó atentamente.

—Eso es incluso mejor. Cuando se enteren los científicos van a volverse locos de alegría. Eso significa que ahora tenemos sus secretos al descubierto.

Me estiré e hice una mueca de dolor cuando las costillas me hicieron recordar su existencia. Dije:

—Tendrían bastante tiempo para estudiarlos. Ahora podemos tomarnos las cosas con calma.

—Nada de calma, —dijo Andrè—. Aquí hemos ganado, pero puede haber contraataque.

—¿De las otras Ciudades? —preguntó Fritz—. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que tengamos noticias de ellas?

—Ya las tenemos.

—Pero las palomas no han podido viajar tan deprisa.

—Los rayos invisibles son mucho más rápidos que las palomas. Aunque no nos atrevimos a usarlos para transmitir mensajes, hemos estado escuchando los que enviaban los Amos. Dos Ciudades han dejado de emitir, pero la tercera sigue haciéndolo.

—¿La del este? —indiqué—. Entonces los hombrecillos amarillos han fracasado...

—No, ésa no, —dijo Andrè—. La del oeste.

En aquel ataque tenía que tomar parte Henry. Pensé en él, así como en nuestras dos bajas, y pareció nublarse aquel día luminoso.

Pero Henry seguía con vida. Dos meses después, en el castillo, nos lo contó a los tres (Fritz, Larguirucho y yo).

Las cosas les salieron mal desde el principio. De los seis que eran, en el último momento dos cogieron una enfermedad que afectaba comúnmente a los humanos en aquella zona; ocuparon su lugar otros dos que estaban peor entrenados. Uno de ellos tuvo dificultades cuando intentaban remontar a nado el túnel subterráneo, obligándolos a dar la vuelta y volver a intentarlo la noche siguiente. Incluso después de haber entrado en la Ciudad surgieron fastidiosos retrasos y contratiempos. Tuvieron dificultades para encontrar un almacén donde hubiera suficiente cantidad de alimentos amiláceos para preparar la masa que habría de fermentar; y cuando por fin la obtuvieron sus primeros intentos fracasaron porque parte de la levadura no fermentó. Tampoco lograron encontrar un escondrijo cerca de la planta purificadora

de agua, lo que implicaba efectuar numerosos y agotadores transportes de alcohol por la noche.

Pero alcanzaron el cupo asignado en el tiempo previsto y Henry pensó que, a partir de entonces, resultaría fácil. Aunque nuestro intento tenía que efectuarse a mediodía, ellos podían iniciar el suyo al amanecer, antes del primer turno de servicio de los Amos. O por lo menos pensaron que podían hacerlo. Sin embargo, para llegar a la rampa que bajaba a la planta purificadora de agua, al igual que ocurriera en la Ciudad que atacamos nosotros, era preciso atravesar un espacio abierto donde había jardines de agua. Y se encontraron con que en uno de ellos había dos Amos.

Parecía que estaban peleando; se daban empujones y tirones con los tentáculos, golpeaban el agua y levantaban salpicaduras. Fritz y yo vimos algo parecido la noche que estuvimos buscando el río para ver el modo de salir de la Ciudad. Nosotros no le encontramos ningún sentido (era uno de los muchos hábitos extraños que tenían los Amos; cuando los científicos se enfrentaban a ellos, se limitaban a negar con la cabeza) y Henry tampoco se lo encontró. Lo único que pudo hacer fue confiar en que, fuera lo que fuera, acabaran pronto y se marcharan. Pero no fue así y el tiempo fue pasando, reduciendo poco a poco los minutos que quedaban para la llegada del primer turno del día.

Al final, deliberadamente, se arriesgó. Los dos Amos parecían hallarse totalmente absortos en lo que hacían; se encontraban en el estanque más alejado de la rampa. Ordenó a sus hombres que fueran arrastrándose pegados a la tapia que rodeaba el segundo estanque y después se lanzaron corriendo hacia la rampa, que estaba muy oscura. A los tres primeros les salió bien, pero debieron de ver al cuarto. Con rapidez sorprendente los Amos salieron del estanque y acudieron a investigar.

Mataron a uno, creía que hubieran matado al otro si éste se hubiera mantenido firme en sus convicciones. Pero es que había visto cómo ocurría lo increíble (que unos esclavos atacaban a un Amo) y se alejó de la escena girando y aullando en su peculiar idioma. Era evidente que iba a regresar con otros: no había posibilidad de vaciar más de media docena de recipientes de alcohol en las conducciones subterráneas antes de que volviera, y esto significaba que los Amos estarían sobre aviso del peligro. Tal vez no sólo allí, sino también en las otras dos Ciudades; pues los mensajes les llegarían inmediatamente a través de los rayos invisibles.

La misión había fracasado y tenían que renunciar a lo que tanto les había costado. Ahora el objetivo debía ser evitar que los capturasen y descubrieran sus pensamientos, al menos en tanto se efectuaba el ataque a las otras dos Ciudades. Henry les dijo a sus hombres que se dispersaran, y él también se perdió en medio del laberinto de calles y rampas de la Ciudad, yendo en dirección a la salida del río.

Lograron salir él y otros dos. No tenía ni idea de lo ocurrido con los tres restantes, pero pensaba que los habrían capturado: estuvieron esperando a que sus cuerpos

aparecieran en el río, pero no vieron nada. (No era un río auténtico, sino una creación de los antiguos, un canal enorme que surcaba la tierra, uniendo el océano occidental con el situado al otro lado del istmo, que era todavía mayor). Hubo mucho movimiento de Trípodes que patrullaban; pero ellos permanecieron tumbados en un refugio subterráneo y lograron no ser descubiertos. Finalmente consiguieron huir hasta el barco y regresar aquí.

—Un fracaso espantoso, —concluyó.

—Tuvisteis mala suerte, —dije yo—. Todos necesitábamos buena suerte para triunfar y vosotros no la tuvisteis.

—Ni siquiera fue un fracaso, —dijo Fritz—. Sea lo que fuere lo ocurrido a los que perdisteis, seguramente evitaron que los capturaran hasta que ya fue demasiado tarde. A las otras Ciudades no llegó ningún aviso.

Larguirucho dijo:

—Yo estaba con Julius cuando llegaron las noticias. Dijo que se habría sentido satisfecho con que hubiéramos tomado una sola Ciudad. Dos era más de lo que nadie había podido esperar.

Henry dijo:

—Eso no modifica el hecho de que sigan teniendo en su poder el continente de los americanos. ¿Ahora qué hacemos? No tendríamos muchas posibilidades de volver a hacernos pasar por espías. Puede que no sepan bien qué les ha salido mal, pero indudablemente no volverán a confiar en los esclavos humanos.

Dije:

—Entiendo por qué no han contraatacado.

—Todavía pueden hacerlo, —dijo Fritz.

—Lo están retrasando un poco. Si hubieran conseguido establecer otro transmisor aquí antes de que hubiéramos inutilizado las Placas, nos habrían puesto las cosas mucho más difíciles.

No era posible extraer las Placas, que estaban unidas a la misma carne de quienes las llevaban; pero nuestros científicos descubrieron cómo dañar la malla de modo que ya no desempeñara su cometido. Y nosotros, por nuestra parte, nos quitamos las Placas falsas con que nos disfrazábamos; era maravilloso no sentir la presión del metal contra el cráneo.

Fritz dijo:

—Creo que es posible que hayan decidido concentrarse en la defensa. La Ciudad de aquí y la del este han sido destruidas y no pueden hacer nada al respecto. Dentro de un año y medio llegará la gran nave procedente de su planeta natal. Seguramente creen que sólo tienen que aguantar hasta entonces. Mientras sigan teniendo un continente pueden instalar las máquinas y envenenar nuestro aire.

Henry dijo con desasosiego:

—Año y medio... No es mucho. ¿Sabes qué están planeando, Larguirucho?

Larguirucho asintió:

—Algo sé.

—Pero supongo que no puedes decirlo.

Sonrió.

—Lo sabréis muy pronto. Creo que Julius nos lo va a revelar en el banquete de mañana.

Como seguía haciendo buen tiempo el banquete tuvo lugar en el patio del castillo. Se celebraba la victoria, agasajando a los que habían tomado parte en la conquista de la Ciudad; y por cierto que fue un magnífico agasajo. Había toda clase de pescados marinos y de río; había truchas y cangrejos a la parrilla con mantequilla; después un surtido de pollo, pato, lechón, pastel de pichón y filetes de buey asado en barbacoa. También había vino espumoso del norte, como el que bebimos en el banquete de despedida de los Juegos. Tan impresionante como la bebida y las viandas era el hecho de no tener que efectuar las cansadas tareas de preparar la comida, poner la mesa y demás. Ahora teníamos criados que nos traían la comida. Se trataba de hombres que tenían Placa. Nos trataban como a héroes (así lo hacían todos los que llevaban Placa), lo cual resultaba embarazoso pero no desagradable. El hecho de que los que cocinaban fueran gentes expertas en aquel arte era una auténtica mejora.

Julius habló de la misión. No derrochó alabanzas; fue más bien parco, pero yo me ruboricé al escucharle. Hizo especial mención de Fritz, como era de justicia. La firmeza y los recursos de Fritz nos habían sacado adelante.

Prosiguió:

—Os habréis estado preguntando qué va a pasar ahora. Hemos logrado destruir las Ciudades enemigas aquí y en el este. Pero aún nos falta tomar una Ciudad, y mientras ésta aguante tenemos un cuchillo en la garganta. Ha pasado más de la mitad del escaso tiempo con que contábamos. Tenemos que destruir la ciudadela final antes de que llegue su nave.

»Pero por lo menos sólo es una. Si se organiza bien y se ejecuta adecuadamente, un solo asalto nos proporcionará la victoria. Y puedo decir que ya hay un plan muy adelantado.

»Se basa, como es menester si se quiere tener éxito, en la especial vulnerabilidad derivada del hecho de que son ajenos a este mundo y deben rodearse de su propia atmósfera para sobrevivir. En los primeros ataques drogamos a los Amos y desconectamos la energía que hacía funcionar a la Ciudad, pero la destrucción tan sólo sobrevino cuando se resquebrajó la cúpula, escapándose su aire y penetrando el de la Tierra. De este modo tenemos que atacar la Ciudad que queda.

»Carecería de sentido intentar repetir el intento de sabotaje desde dentro. Las

últimas noticias procedentes del oeste dicen que los Amos han dejado de reclutar hombres que lleven la Placa. No sabemos qué ha sido de los que vivían en la Ciudad en calidad de esclavos, pero estamos casi seguros de que o los han matado o les han ordenado darse muerte. No; debemos atacar desde el exterior, y la cuestión es cómo hacerlo.

»En la antigüedad, según hemos aprendido, los hombres disponían de medios para arrasar territorios tan extensos como la Ciudad desde la otra parte del mundo. Podríamos volver a fabricar dichos medios, pero no dentro del plazo que nos queda. Podríamos construir un tipo más primitivo de arma para lanzar explosivos, pero no serviría. Otro informe procedente del otro lado del océano nos dice que los Amos están devastando una extensión de muchas millas, tanto al norte como al sur, asegurándose de imposibilitar cualquier forma de vida que pudiera resultarles amenazadora. Necesitamos algo distinto.

»Y creo que lo tenemos. Nuestros antepasados lograron algo que al parecer los Amos nunca han igualado. Se trata de la construcción de máquinas capaces de volar. Los Amos llegaron de un planeta tan pesado que volar allí debía de ser difícil, si no imposible. Pasaron directamente del transporte por superficie al transporte entre distintos mundos. Es de suponer que, después de conquistar la Tierra, habrían podido copiar las máquinas voladoras que se usaban aquí; pero no lo hicieron. Quizá por una especie de orgullo, o porque pensaron que los Trípodes eran más que suficientes para llevar a cabo sus propósitos... o porque, debido a otra peculiaridad de su mente, les diera miedo.

Me acordé del miedo y del vértigo que sentí al subir por la rampa de la Muralla, y después al caminar por la estrecha cornisa que se elevaba por encima de todos los tejados de la Ciudad. Era evidente que los Amos no padecían aquella sensación, de lo contrario no hubieran edificado de tal guisa. Pero el miedo no entraña siempre racionalidad. Pudiera ser que se encontraran bien mientras estuvieran en contacto con el suelo y que, cuando no era así, sintieran terror.

Julius dijo:

—Hemos construido máquinas voladoras...

Lo dijo normalmente, sin énfasis, pero sus palabras se perdieron en un espontáneo estallido de aplausos en el que todos prorrumpimos.

Julius alzó la mano solicitando silencio, pero sonreía.

—No son máquinas como las que construían los antiguos, máquinas capaces de transportar a centenares de personas a través del océano occidental en unas horas. Sí, puede que os asombre, pero es cierto. Eso, al igual que las máquinas capaces de lanzar la destrucción de una punta del mundo a la otra, está más allá de nuestras posibilidades actuales. Las nuestras son máquinas pequeñas y sencillas. Pero vuelan y puede llevarlas un hombre, y además transportar explosivos. Así son las que vamos a

usar y, con tales medios, esperamos resquebrajar el último caparazón del enemigo.

Siguió hablando en términos más generales. Yo esperaba que dijera algo sobre el papel que desempeñaríamos en la nueva empresa, pero no lo hizo. Más tarde, cuando estábamos presenciando la actuación de unos juglares, le pregunté directamente:

—¿Cuándo empezamos el entrenamiento con las máquinas voladoras, señor? ¿Será aquí o al otro lado del océano?

Me miró con ojos divertidos.

—Hubiera dicho que estabas demasiado lleno como para hablar, Will, después de todo lo que te he visto engullir; no digamos ya para que pensaras en volar. ¿Cómo te las arreglas para comer tanto y seguir tan menudo?

—No lo sé, señor. En cuanto a las máquinas... ¿de verdad que ya las han construido?

—Sí.

—¿Entonces podremos empezar a aprender su manejo pronto?

—Ya tenemos hombres que están aprendiendo. De hecho, ya han aprendido. Ahora es cuestión de que practiquen.

—Pero...

—¿Pero qué papel desempeñáis vosotros? Escucha, Will, un general no utiliza las mismas tropas una y otra vez. Fritz y tú habéis actuado bien y os habéis ganado un descanso.

—¡Señor! Eso fue hace meses. Desde entonces lo único que hemos hecho ha sido vivir a cuerpo de rey. Preferiría, con mucho, empezar a entrenarme en las máquinas voladoras.

—Eso no lo pongo en duda. Pero un general tiene que hacer otra cosa más: tiene que organizar su tiempo y sus hombres. No hay que esperar a que concluya una operación para empezar la siguiente. No nos atrevimos a lanzar las máquinas al aire mientras aún existía la Ciudad; pero ya entonces nuestros hombres las estaban estudiando, así como los libros sobre el vuelo. Utilizamos la primera máquina al día siguiente de que reventara la cúpula de la Ciudad.

Argüí:

—Pero yo podría sumarme a ellos y seguramente me pondría a su nivel. Usted ha dicho que soy pequeño. ¿No servirá eso de ayuda? Quiero decir que así la máquina tendría que llevar menos peso.

Negó con la cabeza:

—El peso no tiene tanta importancia. En todo caso tenemos pilotos más que suficientes. Ya conoces la norma, Will. Las preferencias individuales no cuentan; lo único que cuenta es lo que conduce a la eficacia y, consiguientemente, al éxito. El número de máquinas que tenemos es limitado, y en consecuencia lo son también los medios para entrenar a los pilotos. Aunque yo pensara que eres mucho más apto que

los que ya tenemos, —y de hecho no lo pienso—, no aprobaría algo que supone esperar a que te pongas al nivel de otros que están más avanzados. No sería eficaz.

Había hablado con mayor firmeza, hasta cierto punto regañándome, y no me quedó más remedio que aceptar su decisión y poner la mejor cara que pude. Sin embargo, más tarde se lo conté a Fritz con resentimiento. Me escuchó con su imperturbabilidad habitual, y comentó:

—Lo que ha dicho Julius es justo, por supuesto. A ti y a mí nos incluyeron en el grupo que tenía que atacar la Ciudad porque habíamos vivido allí y teníamos la ventaja de conocerla. Tal ventaja no existe en el caso de las máquinas voladoras.

—¿Así que tenemos que quedarnos aquí, perdiendo el tiempo, sin hacer nada, mientras pasan cosas al otro lado del océano?

Fritz se encogió de hombros:

—Eso parece. Y puesto que no se puede elegir más vale que nos lo tomemos lo mejor posible.

Mucho me temo que a mí aquello no se me daba nada bien. Seguía pensando que habríamos podido ponernos al nivel de los que nos llevaban ventaja en la conducción de las máquinas voladoras; también pensaba que lo que habíamos hecho nos daba derecho a tomar parte en el ataque final. Tenía la esperanza de que Julius cambiara de idea, aunque aquello no era algo que sucediera con frecuencia. Sólo perdí la esperanza la mañana que se fue del castillo a caballo, camino de otra de nuestras bases.

Estando de pie junto a las almenas agrietadas, viendo su caballo alejarse, Larguirucho se me acercó. Preguntó:

—¿Nada que hacer, Will?

—Podría hacer muchas cosas. Nadar, tumbarme al sol, cazar moscas...

—Antes de irse Julius me dio permiso para iniciar un proyecto. Podrías ayudarme.

Dije, con indiferencia:

—¿De qué se trata?

—¿Te he hablado alguna vez de cuando, antes de conocerte, me fijé en el hecho de que el vapor que despiden las cacerolas va hacia arriba, y entonces intenté construir un globo que se elevara en el aire y que quizá podría transportarme?

—Lo recuerdo.

—Mi idea era alejarme flotando hasta llegar a una tierra donde no hubiera Trípodes. Por supuesto, no dio resultado. Al principio el aire se enfriaba y entonces volvía a descender rápidamente. Pero cuando trabajamos intentando separar los gases que componen el aire, a fin de construir aquellas máscaras especiales para que entrarais en la Ciudad nadando a contracorriente, descubrimos también cómo se preparan gases más ligeros que el aire. Si se utilizan éstos para rellenar el globo

entonces éste debería ascender y mantenerse en alto. De hecho, los antiguos lo tuvieron antes de construir las máquinas voladoras.

Dije, sin demasiado entusiasmo:

—Parece muy interesante. ¿Qué quieres que haga yo?

—He construido unos cuantos globos y he convencido a Julius de que me deje llevar unas cuantas personas para ver si conseguimos hacerlos funcionar. Levantaremos nuestro propio campamento y... bueno, los haremos volar, supongo. ¿Quieres apuntarte? Se lo he preguntado a Henry y a Fritz y están deseando hacerlo.

En otras circunstancias la idea me habría fascinado. Sin embargo, en aquel momento, me lo tomé como la rúbrica definitiva a la negativa de Julius a dejarme tomar parte en el ataque aéreo contra la tercera Ciudad y, comparándolo con ello, me parecía algo muy aburrido. Dije, a regañadientes:

—Supongo que sí.

Mi resentimiento era pueril y, cuando por fin acepté las cosas, logré eliminarlo en seguida. Me ayudó el hecho de que montar en globo era tremendamente divertido. Transportamos los globos en carretas hasta un lugar del interior, una zona agreste, casi sin habitar. El terreno era monstruoso y abrupto, se trataba de las estribaciones de una cordillera menos alta que las Montañas Blancas, aunque era bastante impresionante. Una de las cosas que quería aprender Larguirucho era a maniobrar en medio de las distintas ráfagas y corrientes de aire; en aquellos montes se daban mucho.

El globo propiamente dicho era de hule e iba sujeto por una malla de cuerda de seda que, a su vez, estaba atada a la cesta en la que viajábamos. La cesta se fijaba al suelo mediante unos postes, después empezábamos a llenar de gas ligero el globo, que empezaba a agitarse y hacer fuerza contra las cuerdas como si se sintiera impaciente por subir y alejarse. El globo era bastante grande, de unos diez pies de diámetro, y la cesta era lo bastante grande como para transportar a cuatro personas, aunque normalmente la tripulación era de dos. También llevaba lastre, unos sacos de arena que se dejaban caer para aligerar el peso cuando las corrientes tiraban hacia abajo. El descenso era una cuestión relativamente sencilla. Se tiraba de una cuerda que abría un poco el globo, dejando salir parte del gas ligero. No era nada difícil, pero había que tener cuidado: si se abriera del todo, globo y cesta caerían como si de una piedra se tratara... perspectiva nada halagüeña cuando se tenía el suelo a centenares de pies de distancia.

Pero esto no aminoraba el placer que proporcionaba. No recuerdo nada tan regocijante como mi primera ascensión. Por supuesto que ya me había elevado por encima del suelo con anterioridad, cuando el tentáculo de un Trípode me levantó por los aires. Aquello fue terrible. Aquí, en contraste, todo era al mismo tiempo tranquilo

y sumamente emocionante. Larguirucho soltó la última amarra y empezamos a elevarnos, con rapidez, pero también con suavidad y estabilidad. Hacía una tarde apacible y nos remontamos casi verticalmente hacia un cielo flanqueado por cirros blancos, muy arriba. Los árboles y arbustos, así como los rostros de los que observaban desde el suelo, empequeñecieron hasta desaparecer. A cada instante se ampliaba el panorama que divisábamos; nos sentíamos dioses. Me daba la sensación de que jamás querría bajar otra vez a tierra. ¡Sería maravilloso poder mantenerse eternamente flotando en el cielo, alimentándose de la luz solar y bebiendo la lluvia de las nubes!

Poco a poco fuimos adquiriendo destreza en el manejo de estas enormes burbujas que nos elevaban y transportaban por el aire. Era un arte más difícil de lo que hubiera podido pensarse. Había remolinos incluso los días aparentemente tranquilos y a veces se producían turbulencias muy violentas. Larguirucho hablaba de construir globos mucho mayores, que tuvieran una cubierta mucho más sólida y un motor que los impulsara por el aire; pero aquélla era una esperanza remota cara al futuro. La nave de que disponíamos ahora estaba enteramente a merced del viento y de las condiciones atmosféricas. Tuvimos que aprender a navegar entre ellas como si de canoas en un río inexplorado se tratara; tras un tramo remansado podíamos encontrar bruscamente, al tomar la siguiente curva, un violento descenso en medio de unos rápidos. Aprendimos a reconocer el cielo, a leer signos y portentos en cosas pequeñas, a saber con antelación qué curso seguiría una corriente al remontar una ladera rocosa.

Con la fascinación logré olvidarme, hasta cierto punto, de que nos encontrábamos al margen de una lucha que pronto debía alcanzar su punto álgido. El momento peor fue cuando se nos unió más gente del castillo y nos contó que los hombres que iban a pilotar las máquinas voladoras habían partido para cruzar el océano. Viajaban en una serie de barcos distintos por motivos de seguridad y cada barco transportaba las piezas, las cuales, una vez allí, se ensamblarían para montar las máquinas voladoras. Henry y yo estuvimos un rato dándole vueltas a esta noticia. Además descubrí que él se sentía peor que yo porque lo hubieran excluido. Después de todo él había llegado a entrar en la tercera Ciudad y había visto desbaratarse sus esperanzas de destruirla.

Pero pudimos concentrarnos en nuestra propia modalidad de vuelo, algo gratuito, sin objetivos. Podíamos remontarnos por encima de las colinas y contemplar de igual a igual las cumbres de las montañas, que tenían un color pardo por ser verano. En tierra vivíamos en tiendas de campaña y llevábamos una vida dura... pero la dureza incluía que nosotros mismos capturásemos peces en los ríos que bajaban tumultuosamente por entre helechos y brezos; luego los cocinábamos directamente sobre brasas. Incluía expediciones en las que atrapábamos no sólo liebres y conejos, sino también ciervos y jabalíes; organizábamos después festines en torno a un fuego

que crepitaba en la oscuridad. Después dormíamos profundamente sobre el duro suelo y nos levantábamos repuestos.

Así fueron pasando los días, las semanas y los meses. Pasó el verano y los días se acortaron con la proximidad del otoño. Pronto sería hora de regresar al castillo, nuestro cuartel de invierno. Pero unos días antes de cuando esperábamos trasladarnos llegó un mensajero desde allí. El mensaje era simple y escueto: Julius quería que regresáramos inmediatamente. Desmantelamos nuestros globos, los guardamos en las carretas y salimos al día siguiente temprano, mientras lloviznaba.

Jamás había visto a Julius con aspecto tan envejecido y cansado. Tenía ojeras y me pregunté cuánto dormiría de noche. Me sentí culpable por los días y noches que había pasado despreocupadamente en las colinas.

Dijo:

—Es mejor que lo sepáis inmediatamente. Malas noticias. No pueden ser peores.

Larguirucho dijo:

—¿El ataque contra la tercera Ciudad...?

—Ha fracasado por completo.

—¿Qué es lo que ha fallado?

—No los preparativos. Pasamos al otro lado todas las máquinas de volar sin problemas y establecimos tres bases, dos al norte y una al sur. Las disimulamos, según parece con éxito, pintando las máquinas de modo que desde lejos, desde la altura de un Trípode, se confundían con el suelo. Era un truco que empleaban los antiguos en sus guerras y pareció funcionar. Los Trípodes no ocasionaron molestias, no dieron muestras de saber que estaban allí. De modo que a la hora indicada partieron hacia la Ciudad, transportando los explosivos.

Julius hizo una breve pausa:

—Nadie llegó a acercarse. Súbitamente se pararon los motores.

Larguirucho preguntó secamente:

—¿Sabemos por qué... cómo?

—Parte del mecanismo de funcionamiento era eléctrico. Tú sabes de eso más que yo. En las bases, situadas a muchas millas de distancia, todo lo que era eléctrico se detuvo en aquel mismo momento, pero más tarde volvió a funcionar. Los científicos creen que se trata de una clase distinta de rayos invisibles capaces de inutilizar todos los objetos eléctricos en pleno funcionamiento.

Dije:

—¿Y las máquinas voladoras, señor? ¿Qué les ocurrió?

—La mayoría se estrellaron contra el suelo. Unas pocas lograron llegar abajo más o menos intactas. Los Trípodes salieron de la Ciudad y las destruyeron cuando se encontraban así, impotentes.

Henry dijo:

—¿Todas, señor?

—Todas. La única voladora que nos queda es una que no salió de la base porque tenía problemas con el motor.

Sólo entonces capté plenamente el espantoso significado de lo que nos había contado. Estaba tan seguro de que el ataque tendría éxito, de que aquellos maravillosos ingenios de los antiguos destruirían la última plaza fuerte del enemigo... Sin embargo, no había fracasado tan sólo el ataque; el arma en la que habíamos depositado nuestras esperanzas había resultado ser inútil.

Larguirucho dijo:

—¿Y bien, señor?

Julius hizo un gesto afirmativo con la cabeza:

—Sí. Nos queda un último cartucho. Esperemos que tus globos lo consigan.

Le dije a Larguirucho:

—¿Quieres decir que sabías en todo momento que era posible, que se podía recurrir a los globos en caso de que fallaran las máquinas?

Me miró, levemente sorprendido.

—Pues claro. ¿No pensarías que Julius iba a esperar hasta el último momento sin tener un plan alternativo?

—Me lo podías haber dicho.

Se encogió de hombros.

—Se le deja a Julius que le diga a la gente lo que considera adecuado. Y los globos son un buen proyecto en sí mismos. Las naves aéreas de que hablé... los antiguos tenían algo así, pero las abandonaron a cambio de las máquinas voladoras. No estoy seguro de que la elección fuera acertada.

Dije:

—¿Sabes cuándo tenemos que cruzar el océano?

—No. Hay que hacer preparativos.

—Sí, claro.

Me amonestó severamente:

—Will, deja de sonreír como un idiota. Esto no se ha hecho pensando en ti. Habría sido mejor, infinitamente mejor, que hubiera tenido éxito el ataque de las máquinas voladoras. Como dijo Julius, ésta es nuestra última oportunidad.

Dije, compungido:

—Sí, me doy cuenta de eso.

Pero el arrepentimiento no era el sentimiento que predominaba en mí.

CAPÍTULO 8

LAS BURBUJAS DE LA LIBERTAD

También a nosotros nos distribuyeron en distintos barcos para que efectuáramos el viaje a través del océano. No obstante, Henry y yo coincidimos en un barco de cuatro o cinco toneladas llamado «La Reine d'Azure». Los marineros franceses nos preguntaron antes de salir de puerto si queríamos tomar una pócima que preparaban contra el mareo. Dijeron que el cielo anunciaba un tiempo de perros. Henry aceptó el ofrecimiento, pero yo lo rechacé. El líquido tenía un aspecto sospechoso y olía aún peor y, según les dije, no era la primera vez que me hacía a la mar.

Pero la vez anterior se trataba de un mar diferente (el estrecho canal que separa a Francia de mi patria) y también eran diferentes las condiciones. Cuando zarpamos estaba la mar picada, con las olas coronadas de blanco; soplabá un viento del este que levantaba espuma de las crestas. Nos hacía falta un viento así y todas las velas estaban hinchadas, sacándole partido. «La Reine» se arrastraba velozmente bajo un cielo cada vez más oscuro, aunque no era mucho después de mediodía. Puede que fuese una reina, pero estaba borracha; daba bandazos sin parar, hundía la proa en las concavidades que se formaban entre las olas cuando éstas subían y bajaban, y luego volvía a emerger desparramando espuma.

Al principio tuve una leve sensación de incomodidad y creí que se me pasaría cuando me acostumbrara al movimiento. Estábamos junto a la borda Henry y yo, abrigados para protegernos del viento y del agua, charlando alegremente y contando chistes. Sin embargo, en lugar de desaparecer, la incomodidad se hacía cada vez más intensa. Uno de los marineros que me ofrecieron el remedio contra el mareo pasó por allí y me preguntó qué tal me sentía. Me reí y le dije que me encontraba bien, que me recordaba los tiouvivos que traían a la feria del pueblo cuando yo era niño. En aquel momento el barco descendió desde la cúspide de su trayectoria ascendente, hundiéndose en las espantosas profundidades y yo cerré la boca, apresurándome a tragar. Afortunadamente, ya se había ido.

Desde entonces la lucha del barco contra las olas tuvo su parangón en la que entabló mi cabeza contra mi estómago. Estaba decidido a que ni siquiera Henry se enterara de cómo me sentía (mi orgullo estaba estúpidamente comprometido) y sentí alivio cuando dijeron que en la cocina nos aguardaba una bebida caliente y él se bajó. Me preguntó si bajaba y yo hice un gesto negativo con la cabeza, sonriendo desesperadamente. Dije, y era totalmente cierto, que en aquel momento no tenía ganas de beber nada. De modo que me dejó y yo me quedé agarrado a la borda, mirando fijamente al mar, deseando que se calmaran él o mi agitado estómago. Ninguno de los dos lo hizo. El tiempo transcurría lentamente y no pasó nada excepto que el cielo estaba más oscuro, las olas eran más violentas y los estremecidos

ascensos y descensos de «La Reine d'Azure» más intensos. Además me dolía la cabeza; pero seguí aguantando. Me daba la sensación de que estaba saliendo victorioso.

Alguien me tocó por detrás. Henry dijo:

—Aún sigues aquí, Will. No te cansas del frescor de la brisa marina.

Mascullé algo, no sé qué. Henry prosiguió:

—He estado hablando con el capitán. Dice que seguramente tendremos un tiempo francamente malo más adelante.

Me volví, accionado por la incredulidad ante aquella observación. ¿Tiempo francamente malo? Abrí la boca para decir algo y, pensándomelo mejor, la volví a cerrar.

Henry dijo con solicitud:

—¿Te encuentras bien, Will? Tienes un color muy raro. Una especie de verde aceitunado...

Me volví de nuevo hacia la borda, me asomé por encima y vomité. No una sola vez, sino una tras otra. Mi estómago siguió dando sacudidas, aunque ya era imposible que me quedara nada dentro. El resto del día, la noche y el día siguiente los recuerdo nebulosamente; tampoco desearía recordar mejor aquel tiempo. En algún momento regresó el marinero francés trayendo su pócima y Henry me sujetó la cabeza mientras él me la hacía tragar. Creo que después me sentí mejor, pero es que habría sido muy difícil que me sintiera peor.

Poco a poco fue mejorando mi condición. En la mañana del cuarto día, aunque seguía teniendo náuseas, se hicieron notar ciertos indicios de hambre. Me lavé con agua salada, me arreglé y me dirigí hacia la cocina tambaleándome. El cocinero, un hombre gordo y sonriente que se sentía orgulloso de hablar un poco de inglés, dijo:

—Ah, ¿así que estás mejor, eh? ¿Has recobrado el buen apetito y te preparas para el desayuno?

Sonreí:

—Creo que podría comer algo.

—¡Bueno, bueno! Aquí tenemos un desayuno especial para ti. Está ya cocinado.

Me dio un plato y lo cogí. Contenía rebanadas de tocino. Eran gordas, todo grasa, exceptuando un par de delgadas vetas rosáceas. No parecían estar fritas, sino cocidas en grasa, la cual se les había quedado adherida. Me quedé mirándolas mientras el cocinero me observaba. Entonces el barco se movió en una dirección y mi estómago en otra. Dejé apresuradamente el plato y salí tambaleándome en busca del aire fresco de cubierta. Cuando me fui me siguió por la escalerilla el eco de la alegre risa del cocinero.

Sin embargo, al día siguiente, me encontraba de nuevo perfectamente. Después de las privaciones forzosas, tenía un apetito enorme. La comida me habría sabido

deliciosa de todos modos, pero es que además estaba muy buena. (Me enteré de que el tocino grasiento era una jugarreta de un antiguo cocinero del barco, y de que al de ahora le gustaban mucho las bromas). Además mejoró el tiempo. El mar seguía encrespado pero estaba casi todo azul, reflejo de un cielo vacío, excepción hecha de unas cuantas nubes de lluvia. Seguía soplando un fuerte viento, aunque se había desplazado en dirección sudoeste y había amainado un tanto. No era la mejor dirección, si se trataba de avanzar, y había que maniobrar mucho para sacar el mayor provecho posible. Henry y yo ofrecimos nuestros servicios, pero declinaron la oferta cortés y decididamente. Nuestras manos inexpertas y nuestros torpes dedos habrían sido más un estorbo que una ayuda.

Así que nuevamente nos encontrábamos entregados a la contemplación del mar y del cielo, haciéndonos compañía. Había advertido yo un cambio en Henry la primer vez que volvió de América y esto se vio confirmado durante nuestro largo verano de prácticas en globo. No se trataba de un mero cambio físico, aunque estaba mucho más alto y delgado. Me parecía que también había cambiado su carácter. Era más reservado y me daba la sensación de que esto obedecía a que tenía más cosas por dentro, a que se sentía más seguro de sí mismo y de sus objetivos en la vida (es decir, sin tomar en consideración el objetivo común a todos: vencer y aniquilar a los Amos). Pero allá, en las montañas, habíamos llevado una vida comunal, y hubo escasas oportunidades e inclinaciones a hacer confidencias. Tan sólo ahora, en los largos días de sol invernal, rodeados de un mar desnudo por los cuatro puntos cardinales, me permitió vislumbrar cuáles podrían ser tales objetivos.

En las raras ocasiones en que mi mente se ocupaba de mirar más allá de nuestro objetivo primario y pensaba en cómo podía ser el mundo cuando se viera enteramente liberado de nuestros opresores, veía una perspectiva nebulosa y me temo que esencialmente centrada en los placeres. Me veía cazando, montando a caballo, pescando... todas las cosas que me gustaban se volvían cien veces más placenteras por el hecho de saber que ningún Trípode volvería a surcar jamás el horizonte, que nosotros éramos los amos de nuestro entorno y de nuestro destino, que todas las ciudades que se construyeran las habitarían los hombres.

Muy distintos eran los pensamientos de Henry. A él le había afectado mucho su primera travesía del océano. Él y sus compañeros desembarcaron muy al norte de la Ciudad del istmo, una tierra donde, como he dicho, la gente hablaba inglés, aunque con un acento extraño. Le sorprendió el que, tras haber recorrido miles de millas por unos mares sin rutas, pudiera hablar y le entendieran, mientras que cuando cruzó conmigo simplemente veinte millas para llegar a Francia, nos encontramos con que no podíamos comunicarnos con los que vivían allí.

A raíz de esto empezó a pensar más detenidamente en las divisiones existentes entre los hombres, que ya se daban antes de la llegada de los Amos, quienes al ser

miembros de una raza única y tener una sola lengua y una sola nación, no las comprendieron jamás, si bien se aprovecharon de ellas. Le parecía monstruoso que se diera semejante situación, que los hombres acudieran a matar a otros hombres a quienes no conocían, simplemente porque vivieran en otro país. En todo caso, esto se había acabado con la llegada de los Amos.

—Trajeron la paz, —convine—; ¡pero menuda paz! Una paz de rebaño.

—Sí —dijo Henry—. Eso es verdad. ¿Pero es que la libertad significa que los hombres tengan que matarse entre sí?

—Los hombres ya no luchan entre sí. Todos luchamos contra el enemigo común. Franceses, como Larguirucho; alemanes, como Fritz; americanos, como tu amigo Walt...

—Ahora luchan juntos. Pero después, cuando hayamos destruido a los Amos... ¿qué sucederá entonces?

—Seguiremos unidos, por supuesto. Hemos aprendido la lección.

—¿Estás seguro?

—¡Estoy convencido! Es impensable que los hombres vayan a entablar guerras entre sí de nuevo.

Guardó silencio unos momentos. Estábamos apoyados en la borda de estribor y me pareció ver un destello muy a lo lejos, pero pensé que sería una ilusión óptica. Allí no podía haber nada.

Henry dijo:

—No es impensable, Will. Yo pienso en ello. No debe suceder, pero puede que tengamos que trabajar mucho para asegurarnos de que así sea.

Le hice más preguntas y él las respondió. Al parecer se trataba del principal objetivo que se había trazado: trabajar por el mantenimiento de la paz entre los pueblos del mundo libre. A mí me infundía respeto pero no me convencía del todo. Sabía que en el pasado había habido guerras, pero fue debido a que los hombres jamás habían tenido nada que los uniera, como lo teníamos nosotros ahora en nuestra lucha contra los Amos. Después de haber alcanzado una unidad tal, era imposible imaginarse que fuéramos a renunciar a ella jamás. Cuando se hubiese acabado esta guerra...

Estaba diciéndome algo, pero le interrumpí, cogiéndole del brazo.

—Allá lejos hay algo. Lo vi antes, pero no estaba seguro. Es un débil destello. ¿Tendrá alguna relación con los Trípodes? Pueden desplazarse por mar.

—Me sorprendería encontrármelos en mitad del océano, —dijo Henry.

Miraba hacia donde señalaba yo. Volvió a parpadear una luz. Dijo:

—¡Además va demasiado rápido para ser un Trípode! No se eleva lo suficiente sobre la superficie del agua. Yo diría que es un pez volador.

—¿Un pez volador?

—En realidad no vuelan. Saltan por encima del agua cuando los persiguen los delfines y se deslizan sobre la superficie, utilizando la aleta a modo de vela. A veces caen sobre cubierta. Creo que son muy sabrosos.

—¿Los has visto alguna vez?

Henry negó con la cabeza.

—No, pero los marineros me han hablado de ellos y de muchas otras cosas. De las ballenas, que son tan grandes como casas y lanzan chorros de agua por la parte superior de la cabeza; y de los calamares gigantes. Y en aguas más templadas hay unas criaturas con aspecto de mujer que dan de mamar a sus retoños. Los mares están llenos de maravillas.

Me lo imaginé escuchando aquellos relatos. Había aprendido a escuchar, se mostraba cortés e interesado, y estaba muy atento a lo que decían. También en esto había cambiado; de niño era insolente e irreflexivo. Me di cuenta de que, si después de la victoria iba a ser preciso esforzarse por mantener la unidad de los hombres, harían falta personas como Henry. Tal y como estaban las cosas, Larguirucho iba adquiriendo importancia entre los científicos y a Fritz se le consideraba uno de nuestros mejores jefes; hasta yo (sobre todo por suerte) había tenido mis momentos de gloria. Henry había tenido menos éxito, pues su única empresa importante había fracasado, si bien él no tuvo la culpa. Pero pudiera ser que en el mundo del futuro él fuera más valioso que todos nosotros. Más incluso que Larguirucho, pues, ¿de qué serviría reconstruir las grandes ciudades de los antiguos si después íbamos a arrasarnos de nuevo?

Aunque era imposible que volviera a darse una locura semejante. Y, en todo caso, aún no habíamos derrotado a los Amos. Ni muchísimo menos.

La última fase del viaje discurrió por mares más templados. Nos dirigíamos más hacia el sur que en el primer viaje de Henry. Desembarcaríamos en un lugar próximo a una base auxiliar que habíamos establecido en las montañas, a varios centenares de millas de la Ciudad. (Resulta curioso que, pese a hallarse un continente americano al norte del otro, el estrecho istmo que los une vaya en dirección este-oeste). La base central, de la cual partieron las máquinas voladoras fue abandonada después de que fracasara el ataque. Nos impulsaban fuertes vientos procedentes del nordeste; me contaron que soplaban durante todo el año, casi sin variaciones. Cuando quedamos bajo su influencia nos ayudaron mucho a avanzar.

Aquel mar estaba plagado de islas de todas las formas y tamaños; algunas eran diminutas y otras tan enormes que, de no habérmelo dicho los marineros, hubiera creído que se trataba del mismísimo continente. Pasábamos bastante cerca de muchas, vislumbrando escenarios seductores: montañas de lujurioso verdor, arenas doradas, árboles de ramajes que el viento agitaba como si fueran plumas... Según parecía sólo

estaban habitadas las de mayor tamaño; los Amos habían convertido las demás en tabú, sirviéndose de las Placas de los habitantes de la zona. Sería maravilloso desembarcar en ellas y explorarlas. A lo mejor, cuando todo esto hubiera acabado... Llegué a la conclusión de que Henry podría predicar sus ideas por su cuenta. De todos modos yo no le iba a ser de gran utilidad.

Por fin atracamos; cuando bajamos nos resultó extraña la sensación de pisar tierra firme. Y nos hicimos a la idea de que nuevamente nos encontrábamos bajo la sombra del enemigo. Llegamos al atardecer y por la noche desembarcamos la impedimenta y la cargamos en carretas. Al día siguiente nos ocultamos al abrigo de un bosque. Fue un trabajo difícil y no nos lo alivió el tener que soportar varios aguaceros torrenciales. Jamás había visto llover así, casi parecía que de los cielos se desprendía agua sólida. En unos segundos se calaba uno hasta los huesos.

Sin embargo, por la mañana por entre las hojas de aquellos árboles nunca vistos, se filtraba un tórrido sol. Me aventuré a exponerme al mismo, secándome las ropas en un claro cercano. Ya habíamos subido un tanto y parecía que aquella meseta se hallaba muy hacia el este. Podía ver el litoral y las minúsculas islas costeras. Y además otra cosa. Estaba a muchas millas de distancia, pero se veía con toda nitidez y precisión en medio de la luminosidad del trópico.

Era un Trípode.

Tardamos varios días en llegar a la base y una semana más en ultimar los preparativos. Después sólo teníamos que esperar.

No era la primera vez que me tocaba esperar y creí que había aprendido a tener paciencia. Había pasado largos meses entrenándome para los Juegos, interminables semanas de ociosidad forzosa en el interior de las cuevas, días junto al río preparando la invasión de la Ciudad. Pensé que todo aquello me había hecho aprender; mas no era así. Era ésta una espera de una índole enteramente distinta, una espera sin término fijo, en permanente alerta. Dependíamos no de decisiones humanas, ni siquiera de los Amos, sino de los caprichos de una fuerza superior a aquellas dos: de la naturaleza.

El grupo logístico, al cual pertenecía Larguirucho, había consultado a las personas, reclutadas en expediciones anteriores, que habían pasado allí toda su vida y conocían el país y el clima. Necesitábamos un viento que llevara los globos hacia la Ciudad, es decir, un viento del nordeste. De hecho, aquél era el viento más frecuente; se trataba del mismo que nos impulsó en la última fase del viaje marítimo y en aquella época del año era un viento constante. Desgraciadamente, por lo regular, su fuerza se extinguía precisamente al llegar al brazo de tierra que ocupábamos, ahogándose en la calma ecuatorial predominante en el sur y en el oeste. Teníamos que aguardar un momento en el que el viento tuviera mayor fuerza si no queríamos quedar suspendidos en el aire o incluso vernos arrastrados lejos de nuestro objetivo.

De modo que establecimos posiciones de avanzada lo más cerca posible de la Ciudad; su misión consistía en dar el aviso, —por medio de una paloma—, cuando el viento se mantuviera soplando en aquella dirección con la fuerza suficiente. Hasta entonces todo cuanto podíamos hacer era irritarnos por tener que esperar.

Y la mayoría sí que nos irritábamos. Nuestro grupo llegó en penúltimo lugar, el resto al día siguiente; pero aunque había mucha gente que llevaba más tiempo esperando, comprobé que yo era uno de los que peor llevaba la situación. Mi humor iba empeorando y empecé a saltar a la menor provocación. Por fin un día alguien hizo un comentario jocoso (dijo que yo estaba tan caldeado por dentro que no me hacía falta ningún globo para volar) y me abalancé contra él; nos enzarzamos en una furiosa pelea, hasta que nos separaron. Por la noche Fritz habló conmigo.

Estábamos en una tienda de campaña, pero como solía suceder, se calaba el agua por varios sitios. La lona no bastaba para detener las lluvias de aquellos parajes. Mientras él me recriminaba, afuera caía una cortina de agua. Dije que lo lamentaba, pero eso no pareció impresionarle mucho.

—Ya te has lamentado en otras ocasiones, —me dijo—, y, sin embargo, sigues comportándote irreflexivamente... te sales de tus casillas. No podemos permitir que haya disensiones aquí. Tenemos que vivir juntos y trabajar juntos.

—Ya lo sé —dije—. Mejoraré de actitud.

Me miraba fijamente. Sabía que me tenía cariño, como yo se lo tenía a él. Habíamos pasado mucho tiempo juntos; habíamos compartido penalidades y peligros. Sin embargo, tenía una expresión severa. Dijo:

—Como sabes, estoy al frente del ataque. Julius y yo hablamos de muchas cosas antes de nuestra partida. Me dijo que si tenía dudas con algún hombre debía excluirlo del asalto. En particular me habló de ti, Will.

Yo le caía bien, pero primero estaba el deber; con Fritz siempre era así. Le supliqué una última oportunidad. Al final dijo que sí, meneando la cabeza... pero era de verdad la última oportunidad. Si me veía envuelto en algún problema no iba a molestarse en averiguar quién era el responsable. Me excluiría.

A la mañana siguiente, durante la instrucción habitual con los globos, el tipo con el que me peleé me hizo tropezar, —tal vez sin querer, tal vez no—, y caí de bruces. No sólo me di un golpe en el codo con una piedra; además me caí en un charco de barro. Cerré los ojos y aguanté al menos cinco segundos antes de levantarme. Lo hice con una sonrisa, mientras me rechinaban los dientes.

Dos mañanas después, durante uno de tantos chaparrones, una paloma salpicada de lodo se posó en el palo de su caseta. En una pata llevaba un papel enrollado.

Nuestra fuerza se componía de un total de doce globos, tripulados por un solo hombre a fin de poder transportar el mayor peso de explosivo posible. Éste iba dentro

de unos estuches de metal que se parecían un poco a los huevos metálicos estriados que encontramos en las ruinas de la gran ciudad, sólo que mucho mayores. No era nada fácil levantarlos por encima del borde de la cesta. Llevaban unas espoletas que los hacían estallar a los cuatro segundos de retirar el seguro.

Larguirucho nos había explicado que teníamos que dejarlos caer desde una altura levemente inferior a ciento cincuenta pies. El cálculo se basaba en un descubrimiento hecho por un famoso científico de la antigüedad llamado Newton. Nos lo intentó explicar pero no estábamos capacitados para entenderlo (por lo menos yo no lo estaba). Lo que venía a decir era que la distancia recorrida por un objeto en caída libre es de dieciséis pies multiplicado dos veces por el número de segundos transcurridos. Así, durante el primer segundo recorrería dieciséis pies (dieciséis multiplicado por uno multiplicado por uno); en dos segundos sesenta y cuatro pies, y en tres ciento cuarenta y cuatro. El cuarto segundo era el tiempo calculado para situar la bomba, como la llamaba él, y prepararla para dejarla caer.

Esto lo habíamos practicado con bombas falsas infinidad de veces, procurando calcular la distancia con respecto al suelo, el transcurso del tiempo, etcétera. También había que contar con que el globo se iba desplazando hacia delante, lo cual, naturalmente, afectaba al punto de caída de la bomba. Habíamos adquirido gran destreza en este arte. Ahora teníamos que aplicarla.

Los globos fueron despegando a intervalos de dos segundos hacia un cielo lluvioso y gris, empujados por un viento procedente del océano. El orden lo estableció Fritz, que iba en primer lugar. Yo era el sexto y Henry el décimo. Cuando solté la amarra y salí disparado hacia el cielo, miré los rostros, que empequeñecían velozmente allá abajo. Vi a Larguirucho mirando hacia arriba; casi seguro que la lluvia le empañaba las gafas, pero de todos modos él seguía mirando. Pensé que Larguirucho no tenía suerte, pero fue un pensamiento efímero. Tenía más fuerza la idea de que yo sí iba, libre de todas las demoras y enfados. La fuerte lluvia ya me había empapado, pero aquello no tenía importancia.

Nos remontamos aún más, formando una larga hilera, todavía un tanto irregular. El paisaje que veía era extraño, formado por lomas de escasa altura, redondeadas pero de mil formas diferentes, cubiertas por un espeso bosque que se extendía hasta casi alcanzar la línea gris que describía el océano. El viento nos arrastraba en medio de una lluvia incesante. De nuevo iba dejando atrás una extensión de valles. Poco a poco las lomas fueron perdiendo altura y, en lugar de bosques, aparecieron campos cultivados. De vez en cuando se veían aldeas de casas enjalbegadas. Vimos un río y seguimos su curso durante algún tiempo.

Se estaba quebrando la hilera, dispersándose a causa de algunas leves variaciones del viento. Unos globos avanzaban mejor que otros. Me sentí contrariado al comprobar que el mío estaba quedando rezagado. Íbamos en dos grupos, nueve

delante y otros tres formando la retaguardia. Henry también estaba entre estos tres. Lo saludé con la mano y él me devolvió el saludo, pero no estábamos lo bastante cerca como para que yo pudiera ver la expresión de su cara.

Perdimos de vista el río, pero antes de que pasara mucho tiempo encontramos o aquél u otro. Si era el mismo se había ensanchado. Más adelante desembocaba en un lago, una alargada extensión de agua que ocupaba por lo menos diez millas, a nuestra derecha. Debajo teníamos una tierra yerma y sin vida, de aspecto quemado y renegrido. Sería una parte de la zona que rodeaba la Ciudad, y que los Amos arrasaron como medida defensiva. Agucé la vista, pero hacia delante sólo vi, por un lado, agua y, por el otro, tierra desnuda, quemada. Los globos que iban en cabeza estaban aumentando la ventaja que nos sacaban a los rezagados. Era exasperante, pero no se podía hacer nada.

De hecho, todos nos desplazábamos con una lentitud mayor, ya que había cesado la lluvia y hacía menos viento. Nuestro avance estaba perfectamente calculado para un viento así, pero yo me preguntaba si el cálculo no sería erróneo, o si habría cambiado de dirección el viento y entonces acabaríamos yendo hacia el mar a la deriva, sin poder alcanzar nuestro objetivo. Más adelante el lago se curvaba abruptamente hacia la derecha. Pero allí mismo...

Discurría en dirección sudoeste, casi en línea recta, con total regularidad; era un canal construido por los antiguos para que sus grandes barcos pasaran de un océano a otro a través del istmo. Ningún barco lo surcaba, pero había algo que lo atravesaba, extendiéndose a ambas orillas: un gigantesco escarabajo de oro con el caparazón verde. El cálculo no era erróneo. Justamente delante de nosotros se encontraba la tercera Ciudad de los Amos.

No tuve tiempo de contemplarla. Ocupó mi atención otra cosa que surgió por detrás de una elevación del terreno situada a la izquierda de la Ciudad. Seguramente aquel Trípode regresaba rutinariamente a su base. Pero cuando divisó el grupo de globos que surcaban los aires se detuvo y cambió de dirección. Los alcanzó cuando el primer globo se encontraba a cien yardas de la Muralla. Un veloz tentáculo le pasó cerca; falló porque el piloto soltó lastre e hizo ganar altura a su nave. Los demás también se estaban aproximando al Trípode. El tentáculo salió nuevamente disparado y esta vez hizo blanco. El globo se arrugó y cayó, junto con la cesta, hacia un suelo mojado y oscuro. El Trípode semejaba un hombre matando insectos. Cayeron otros dos globos del grupo avanzado. Los demás pasaron. El primero se encontraba encima de la Ciudad. Algo cayó desde él. Conté: uno, dos, tres... No pasó nada. La bomba no había explotado.

Había dos globos que quedaban fuera del objetivo, desviados hacia la izquierda. Pero los tres restantes pasarían por encima de la enorme extensión de cristal verde. Cayó otra bomba. Volví a contar. Cuando estalló se oyó un ruido fuerte y sordo. Pero

por lo que yo podía ver la cúpula aún seguía intacta. Después de eso ya no pude seguir viendo qué sucedía delante de mí. El Trípode se cruzaba directamente en mi camino.

Hasta entonces todos habían soltado lastre para remontarse y esquivar los golpes del enemigo. Supuse que se estaría acostumbrando a dicha maniobra. Aguardé a que el tentáculo se moviera para asestar el golpe y tiré de la cuerda; hubo una sacudida vertiginosa y sentí cómo descendía el globo. El tentáculo pasó por encima. No tengo ni idea de por qué margen, pues tenía la atención puesta en el suelo hacia el que me precipitaba. Solté apresuradamente sacos de arena y el globo salió disparado hacia arriba. Tenía el Trípode detrás, la Ciudad delante. Miré hacia atrás y vi que derribaban uno de los dos globos que quedaban; el otro siguió adelante. Esperaba que fuese el de Henry, pero no pude mirar para comprobarlo.

Había oído otras dos explosiones, pero la cúpula de la Ciudad aún seguía en pie. Mi globo se encontraba ahora encima de la misma; miré hacia abajo y vi borrosamente, a través del verde translúcido, los picos arracimados de las pirámides. Mi altura era más o menos la adecuada, si bien más por suerte que por otra cosa, después de aquella acción que me vi obligado a efectuar para librarme. Me agaché, extraje el dispositivo de seguridad, saqué la bomba por encima del borde de la cesta, la sostuve un instante y la dejé caer.

Al verse liberado de aquel peso el globo se elevó. Conté los segundos. Cuando iba a llegar a tres, la bomba llegó, resbaló y rebotó en la curva de la cúpula. Al estallar, una ráfaga de aire me agitó violentamente. Totalmente desanimado vi que en el cristal no había el menor indicio de rotura. De ese modo sólo quedaba una única esperanza, una frágil burbuja que intentaría resquebrajar el poderoso caparazón de los intrusos.

Era Henry. Lo supe por el color de la camisa. Se encontraba justo encima del centro de la Ciudad. Pero no a la altura prescrita por Larguirucho y los científicos. Vi cómo bajaba y bajaba... La cesta arañó la superficie de la cúpula.

Entonces comprendí qué pretendía. Nos había visto fallar a los que íbamos delante y supo cuál era la razón. Los científicos nos dijeron que las bombas tenían fuerza suficiente para destrozar el cristal, pues habían experimentado con la cúpula rota de la Ciudad que tomamos; pero desde luego la bomba tenía que estar en contacto con el cristal o muy cerca del mismo en el momento de la explosión. Al rebotar nuestras bombas quedaron fuera de dichos límites y lo más probable era que a él no le fuera mejor. Es decir, si dejaba caer la bomba.

Pero depositarla en la superficie ya era otra cuestión. Yo mismo pasé cerca del borde, donde el techo caía en curva. Pero Henry había tenido la suerte de pasar por el centro. La extensión de la cúpula era tan enorme que un hombre podría pasearse por encima sin dificultad.

Mi entendimiento se llenó de esperanza y de horror. La cesta volvió a rozar la superficie, rebotó y volvió a caer. Vi cómo a lo lejos una figura diminuta levantaba algo con esfuerzo. Quise gritarle, decirle que la soltase, que seguramente se quedaría donde cayese o en todo caso se limitaría a rodar por la leve curvatura, manteniendo el contacto... pero de nada habría servido. Le vi pasar por encima del borde de la cesta. Al quedar suelto el globo se elevó abruptamente hacia un cielo plomizo. Henry se quedó allí, en cuclillas; parecía una hormiga perdida en la reluciente vastedad que se extendía a su alrededor.

En cuclillas; acunaba algo entre los brazos. Aparté la vista. No tuve valor para mirar hasta que hubieron pasado unos segundos después de la explosión. El aire de los Amos salía en oleadas como si fuera humo verde por un agujero dentado que, estando yo mirando, empezó a desmoronarse por los bordes.

Casi a ciegas tiré de la cuerda dejando caer el globo sobre el suelo que me aguardaba.

CAPÍTULO 9

LA CONFERENCIA DEL HOMBRE

No era la primera vez que íbamos un grupo de tres subiendo por un túnel que recorría el interior de la montaña en dirección a los campos de hielo y nieve eternos situados en la cima. En aquella ocasión íbamos a pie, descansábamos cuando nos encontrábamos fatigados y alumbrábamos el camino con grandes velas de combustión lenta, que se utilizaban para iluminar las cuevas bajas en las que vivíamos. Pero no éramos los mismos. Fritz ocupaba el lugar de Henry.

Tampoco empleábamos el mismo medio. En lugar de a pie íbamos cómodamente sentados en uno de los cuatro vagones arrastrados por una pequeña pero potente máquina eléctrica de diésel, subiendo por una vía provista de engranajes. En vez del tenue parpadeo de las velas nos envolvía una luminosidad tan radiante que si uno lo deseaba podía leer. No llevábamos comida (aquella fibrosa carne desecada acompañada de galletas insípidas) porque nos la proporcionarían al final del viaje. A más de once mil pies sobre el nivel del mar había un plantel de cincuenta expertos que se ocuparían de atender a los delegados y a aquellas otras personas que tenían la fortuna de haber sido invitadas a la Conferencia del Hombre.

Julius quiso que se celebrara allí, en las alturas, entre los picos de las Montañas Blancas, que habían preservado las primeras semillas de la resistencia del hombre frente al conquistador. Acudíamos, junto con otros supervivientes de los días de lucha, por orden de Julius. No éramos delegados, aunque seguramente lo habríamos sido de haberlo querido. No lo digo para vanagloriarme. Sencillamente, los que habíamos combatido a los Amos, derrotándolos, obteníamos privilegios en todas partes... y estábamos tan hartos de adulaciones que preferíamos la quietud y la intimidad.

Los tres habíamos seguido distintos derroteros. Larguirucho se dedicaba a investigar en los grandes laboratorios instalados en el sur de Francia, no muy lejos del castillo que estaba junto al mar. Fritz era granjero en su tierra natal y se pasaba los días entre cosechas y animales. Mientras que yo, más inquieto y puede que menos provechoso que ellos, busqué la tranquilidad dedicándome a explorar aquellas partes del mundo que los Amos habían dejado sin sus antiguos habitantes humanos. En un barco, acompañado de media docena de hombres, surcaba los mares, haciendo escala en puertos extraños y olvidados de costas desconocidas. Navegábamos a vela; aunque ahora había barcos de motor, nosotros lo preferíamos así.

Era la primera vez que nos veíamos desde hacía dos años. Cuando nos encontramos, en una ciudad situada entre dos lagos, en el valle, hablamos y nos reímos mucho; pero la conversación cesó durante el largo viaje por el interior de la montaña. Íbamos absortos en nuestros pensamientos. Los míos eran algo

melancólicos. Recordaba las cosas que habíamos hecho juntos, cómo lo habíamos pasado. Habría sido bonito conservar aquella camaradería en tiempos posteriores. Bonito sí, mas, ¡ay!, imposible. El motivo que nos había unido ya no existía y ahora nuestros caminos se separaban conforme a nuestra naturaleza y a nuestras necesidades. Seguiríamos viéndonos de vez en cuando, pero cada vez tendríamos menos en común; hasta que por fin, cuando fuéramos unos ancianos a los que sólo les quedaran los recuerdos, pudiéramos sentarnos y tratar de compartirlos. Porque con la victoria todo había cambiado. Pasamos unos meses de angustia, esperando la llegada de la gran nave de los Amos, pero incluso durante aquel tiempo el mundo continuó su recuperación, volviendo a aprender técnicas olvidadas, haciendo en meses lo que nuestros antepasados tardaron en conseguir décadas o incluso siglos. Sólo una cierta noche de otoño se detuvo la gente, conteniendo la respiración y escrutando los cielos con desasosiego.

Era una estrella que se movía, un punto luminoso desplazándose por delante de las estrellas fijas. Potentes telescopios captaron su forma; era un objeto metálico, en forma de capullo de seda. Los científicos calcularon su tamaño y el resultado fue estremecedor. «Más de una milla de longitud», dijeron, «y un cuarto de milla de ancho por la parte más gruesa». Entró en órbita alrededor de la Tierra y nosotros aguardamos tensamente, sin saber qué había. Los mensajes radiofónicos que enviamos a sus ocupantes no obtuvieron respuesta alguna.

La primera vez ganaron recurriendo al engaño, pero la treta no les iba a servir dos veces. El aire de nuestro planeta era venenoso para ellos y no tenían ninguna base donde resguardarse. Los hombres seguían teniendo Placas, pero las Placas no transmitían órdenes. Podían intentar establecer nuevas bases y tal vez lo logaran, pero nosotros los hostigaríamos con armas que serían cada año más sofisticadas. Después de haberlos derrotado siendo ellos todopoderosos y nosotros lamentablemente débiles, sabíamos que nos iría mejor si intentaban algo en el futuro.

Como alternativa podían sembrar la muerte y la destrucción desde su seguro refugio espacial. Muchos se inclinaron por esta posibilidad y yo mismo la consideré sumamente probable, al menos al principio. Tal vez confiaran en que si hacían eso durante un tiempo suficientemente prolongado nosotros nos veríamos tan debilitados y nuestro ánimo tan quebrantado, que entonces podrían descender con la esperanza de gobernar nuestro planeta maltrecho y renegrido. Entonces habría una lucha más larga y más cruel, pero al final también acabaríamos ganando.

Tampoco hicieron eso. Se limitaron a lanzar tres bombas, cada una de las cuales alcanzó su objetivo y lo destruyó por completo. Los blancos eran las Ciudades muertas de sus colonos. Perdimos hombres que estaban trabajando allí, incluyendo a numerosos científicos; pero fue una pérdida de unos cuantos centenares, cuando podrían haber sido millones. Y después de que estallara la tercera bomba, la luz que

había en el cielo súbitamente disminuyó de tamaño y desapareció. En aquel mismo instante Ruki, el último Amo que quedaba con vida en la tierra, se agitó en el interior de su celda (una nueva, bien diseñada, de techo alto, con jardín de agua y un cristal en la parte delantera para que lo vieran los hombres, como si fuera una fiera de zoológico), profirió un solo aullido, cayó como un guiñapo y murió.

El tren pasó traqueteando por la última estación intermedia y volvimos a quedar encerrados entre las paredes del túnel. Dije:

—¿Por qué se resignan con tanta facilidad? Jamás lo he entendido.

Fritz parecía intrigado, pero tal vez los pensamientos de Larguirucho habían discurrido por derroteros similares a los míos. Dijo:

—No creo que nadie lo sepa. Hace poco leí un libro nuevo sobre ellos, escrito por el hombre que se encargó de estudiar a Ruki durante sus meses finales. Saben muchas cosas relativas al funcionamiento de sus organismos, por las disecciones, pero los mecanismos mentales siguen siendo en grandísima medida un misterio. Se resignaban ante lo inevitable de un modo que no se da entre los hombres. Los que iban en Trípode murieron simultáneamente con las Ciudades. Ruki exhaló su último suspiro cuando supo, por algún medio extraño, que la nave lo había abandonado, regresando a las profundidades del espacio. No creo que sepamos jamás cómo sucede.

—Puede que volvamos a verlos, —dije—. ¿Qué tal van los planes del cohete lunar?

—Bien, —dijo Larguirucho—. Igual que los trabajos sobre la energía ígnea que utilizaban. Es una modalidad de energía atómica, pero mucho más sutil que la que empleaban los antiguos. Llegaremos a las estrellas dentro de cien años, puede que dentro de cincuenta.

—Yo no, —dije alegremente—. Yo seguiré en mis mares tropicales. Fritz dijo:

—Si nos los encontramos de nuevo en el espacio exterior... entonces les tocará a ellos tener miedo de nosotros.

El salón de la conferencia tenía grandes ventanales a un lado, a través de los cuales se veía por lo menos una docena de cumbres nevadas, así como el gran río de hielo, que se movía imperceptiblemente entre aquéllas a lo largo de treinta millas. Dominándolo todo se alzaba el sol, en medio de un cielo sin nubes. Todas las cosas parecían nítidas y deslumbrantes; tanto brillo había que era necesario ponerse gafas oscuras para mirar más de un instante.

En el salón, el Consejo, presidido por Julius, ocupaba una mesa situada en un estrado que se elevaba ligeramente sobre el nivel del suelo. La mayor parte del espacio restante lo ocupaban los asientos de los delegados. Al fondo, tras una barrera formada por una cuerda sedosa, estaba el lugar que nos reservaban a los demás. Se trataba de personas que, al igual que nosotros, habían sido especialmente invitadas

por el Consejo: determinados funcionarios, representantes de los periódicos y de las emisoras de radio. (Nos habían prometido que al cabo de uno o dos años tendríamos algo denominado televisión, mediante lo cual la gente podría ver desde sus hogares cosas que estuvieran sucediendo en las partes más remotas del mundo. Era un ingenio que habían utilizado los Amos, durante una etapa preliminar de su conquista, para hipnotizar a los hombres y de ese modo controlar su mente; antes de volver a construirlo nuestros científicos estaban tomando medidas para impedir que volviera a suceder aquello).

Aunque era espaciosa y de techo alto, la sala estaba atestada. Nuestros asientos se hallaban en la primera fila de la zona que nos correspondía, de modo que dábamos directamente sobre los bancos de los delegados, que se hallaban dispuestos en círculos concéntricos en torno a un pequeño espacio central. Cada sección ostentaba un rótulo con el nombre del país al cual pertenecía. Vi el nombre de mi país, Inglaterra; los nombres de Francia, Alemania, Italia, Rusia, Estados Unidos de América, China, Egipto, Turquía... era imposible distinguirlos todos.

Por una puerta situada en el extremo opuesto empezaron a entrar uno a uno los miembros del Consejo, que fueron ocupando sus lugares ante la mesa del estrado. Todos nos pusimos de pie. Julius entró en último lugar, apoyándose en un bastón, y toda la sala estalló en un mar de aplausos. Cuando por fin cesaron, el secretario del Consejo, un hombre llamado Umberto, tomó la palabra. Fue breve. Anunció la apertura de la Conferencia del Hombre y dio la palabra al presidente del Consejo.

Hubo más aplausos, acallados por Julius mediante un leve gesto de la mano. También hacía dos años que yo no le veía. No parecía muy cambiado. Puede que estuviera algo más encorvado, pero sus ademanes seguían siendo enérgicos y su voz potente.

No perdió el tiempo hablando del pasado. Lo que nos preocupaba era el presente y el futuro. Nuestros científicos y tecnólogos estaban recuperando velozmente los conocimientos y técnicas de nuestros antepasados, incluso mejorándolos. Era incalculable lo que todo esto prometía. Pero el futuro glorioso que el hombre podía y debía disfrutar dependía también de la forma en que se gobernase, pues el hombre es la medida de todas las cosas.

Un futuro glorioso... Pensé que Julius tenía razón al hablar de aquella guisa, pues no cabía dudar que, al hacerlo, hablaba en nombre de la inmensa mayoría de los pueblos del mundo. Tenían un apetito insaciable por los juguetes y las maravillas del pasado. Dondequiera que uno fuera, en los lugares denominados civilizados, se oía la radio y se esperaba la televisión con gran impaciencia. Cuando venía hacia aquí visité a mis padres; mi padre hablaba de instalar una planta eléctrica en el molino. En Winchester habían empezado a construir edificios muy altos, a un tiro de piedra de la catedral.

Era lo que quería la mayoría de la gente, pero yo no. Pensaba en cómo era el mundo en el que nací y en el que crecí: un mundo de aldeas y pueblos donde se llevaba una vida pacífica y ordenada, sin problemas, sin prisas, que se adaptaba al ritmo de las estaciones. También recordé mi estancia en el Château de la Tour Rouge, al Comte y a la Comtesse, los días que montaba a caballo y me sentaba ociosamente al sol, los prados en verano, los arroyos cuajados de truchas, los escuderos que juntos charlaban y reían, las justas de los caballeros durante el torneo... a Eloise. Su rostro menudo y apacible, tan encantador bajo el marco del turbante azul, tan claramente como si fuera ayer, cuando me recobré de la fiebre y la vi, mirándome. No, aquel magnífico nuevo mundo que estaban construyendo tenía pocos atractivos para mí. Por suerte yo podía darle la espalda y hacer las cosas a mi modo en pacíficos mares y puertos remotos.

Julius seguía hablando del gobierno. Aquél era el asunto crucial y todo lo demás se derivaba del mismo. El Consejo se había constituido en los tiempos que un puñado de hombres se ocultaban en cavernas, conspirando para recuperar la libertad del mundo. Se había alcanzado dicha libertad y habían surgido gobiernos locales que administraban sus territorios por todo el mundo. Los asuntos internacionales, el control de la ciencia y cosas así quedaban dentro de la jurisdicción del Consejo.

Estaba claro que por el interés de todos convenía que se mantuviera algún sistema semejante. Pero también era esencial que quedara bajo el control democrático de los pueblos del mundo. Por tal motivo el Consejo se disponía a disolverse y traspasar sus funciones y su autoridad a un organismo similar, aunque posiblemente más numeroso, que sería adecuadamente representativo. Esto haría falta estudiarlo y organizarlo, y después debería haber un período de transición. La conferencia tendría que decidir cuánto tiempo se requería. Asimismo debería la conferencia designar el nuevo Consejo provisional que ocuparía el lugar del actual.

—Creo que esto es todo cuanto tengo que decir, —dijo Julius—. No me queda sino agradecer a todos vuestra cooperación en el pasado y desear buena suerte al nuevo Consejo y al nuevo presidente.

Se sentó en medio de un renovado estallido de aplausos. Fue fuerte y entusiasta, pero vi que también era sorprendentemente desigual. Hubo incluso quienes no aplaudieron. Cuando se hizo el silencio alguien se puso en pie y el secretario, que hacía las veces de portavoz, dijo:

—Cedo la palabra al jefe de la delegación italiana.

Era un hombre bajo, de rostro moreno, con una mata de pelo ralo alrededor de la boca y de la Placa. Dijo:

—Propongo, antes que nada, la reelección de Julius como presidente del nuevo Consejo.

Se oyeron vivas, pero no por parte de todos los delegados.

El jefe de la delegación alemana dijo:

—Me adhiero a la moción.

Se oyeron gritos de «¡Que se vote!», pero también de rechazo. En medio de la confusión se levantó alguien que fue reconocido. Yo también lo reconocí, me acordaba de aquel hombre. Era Pierre, el que se enfrentó a Julius hacía ya seis largos años, en las cuevas. Era delegado por Francia.

Empezó a hablar con calma; pero yo pensé que no muy por debajo de la calma había otra cosa, algo mucho más violento. Primero arremetió contra todo el procedimiento sugerido de nombrar, en primer lugar, un nuevo presidente. Esto debería hacerse tras la formación de un nuevo Consejo, no antes. A continuación se manifestó contrario a la idea de que hubiera un período de transición durante el cual el Consejo actuaría como un organismo provisional. No había ninguna necesidad de ello. La conferencia tenía capacidad para designar un Consejo permanente y plenamente efectivo, y debería hacerlo. Ya habíamos perdido bastante tiempo.

Hizo una pausa y entonces, mirando directamente a Julius, prosiguió:

—No se trata sólo de no perder tiempo. Caballeros, se ha convocado esta conferencia para que tenga una utilidad. Se sabía de antemano que ciertos delegados propondrían la reelección de Julius como presidente. Se esperaba que, haciendo caso de nuestros sentimientos, votáramos a favor de que volviera a ocupar el cargo. Se nos pide que confirmemos en el poder a un déspota.

A continuación las voces se elevaron de tono, formándose un estrépito. Pierre aguardó a que se apagase y dijo:

—En tiempos de crisis puede que sea necesario aceptar el gobierno de un solo hombre, de un dictador. Pero ya no hay crisis. El mundo que estamos creando debe ser un mundo democrático. Y nosotros no podemos ceder a los sentimientos ni a ninguna otra debilidad. Se nos ha enviado aquí en representación del pueblo, para que sirvamos a sus intereses.

El delegado italiano dijo:

—Julius nos ha salvado a todos.

—No, —dijo Pierre—, eso no es verdad. Había otros que trabajaban y luchaban por la libertad: cientos, miles de personas. Entonces aceptamos que Julius fuera nuestro líder, pero eso no es razón para aceptarlo ahora. Fijaos en esta conferencia. El Consejo ha tardado bastante en convocarla. La autoridad de que está investido se le confirió hasta que los Amos fueran definitivamente derrotados. Eso sucedió hace casi tres años, pero sólo ahora, de mala gana...

Se originó un nuevo tumulto, en medio del cual se pudo oír que el delegado alemán decía:

—No fue posible antes. Ha sido necesario efectuar numerosos reajustes...

Pierre atajó sus palabras:

—¿Y por qué aquí? Hay decenas, centenares de lugares en el mundo más adecuados para celebrar una conferencia como ésta. Estamos aquí por el capricho de un tirano envejecido. ¡Sí, insisto! Julius quiso que se celebrara aquí la conferencia, entre los picos de las Montañas Blancas, como un medio más de recordarnos la deuda en que supuestamente hemos incurrido para con él. Muchos delegados proceden de las llanuras y encuentran opresivas las condiciones que se dan aquí. Varios han enfermado del mal de las alturas y se han visto obligados a descender a niveles más bajos. A Julius esto no le preocupa. Nos ha traído a las Montañas Blancas creyendo que no nos atreveríamos a votar contra él. Pero si a los hombres les preocupa la libertad, comprobará que está equivocado.

Por toda la estancia resonaron gritos a favor y en contra. Uno de los delegados americanos pronunció un discurso tranquilo y enérgico en favor de Julius. Lo mismo hizo un delegado chino. Pero hubo otros en la línea de Pierre. Un delegado hindú manifestó que las personalidades no tenían importancia. Lo que contaba era la construcción de un gobierno fuerte y enérgico, y para eso hacía falta un líder fuerte y enérgico. Y no uno debilitado por la edad. Julius había hecho grandes cosas y se le recordaría durante mucho tiempo. Pero ahora su lugar debía ocuparlo un hombre más joven.

Fritz, que estaba a mi lado, dijo:

—Van a votar su destitución.

—No pueden, —dije—. Es impensable. Hay unos cuantos que vociferan, pero a la hora de votar...

El debate se prolongó. Por fin llegó la votación; la moción proponía renovar el nombramiento de Julius como presidente. Habían instalado un dispositivo electrónico para que los delegados apretaran un botón que decía «a favor» o bien otro que rezaba «en contra»; los resultados se reflejaban en una pantalla situada en la pared de atrás. Se encendieron los enormes dígitos.

A favor: 152.

Contuve la respiración. En contra...

En contra: 164.

El escándalo que se originó, formado por gritos de alegría o de indignación, fue más violento que todos los anteriores. No concluyó hasta que pudo verse que Julius estaba de pie. Dijo:

—La conferencia se ha pronunciado, —su aspecto no había cambiado; su expresión era serena, pero su voz revelaba, súbitamente, un gran cansancio—. Todos debemos aceptar la decisión. Lo único que pido es que sigamos unidos independientemente del presidente y del Consejo que se nombren. Los hombres no cuentan. La unidad sí.

Esta vez se oyeron aplausos desperdigados. El jefe de la delegación de Estados

Unidos dijo:

—Acudimos aquí de buena fe, dispuestos a trabajar conjuntamente con hombres de todas las naciones. Hemos presenciado discusiones mezquinas; se ha abusado de un gran hombre. Los libros de historia decían que así son los europeos, que jamás podrían cambiar; pero nosotros no les dimos crédito. Pues bien, ahora sí se lo damos. Esta delegación se retira de esta farsa de conferencia. Tenemos nuestro propio continente y sabemos cuidarnos solos.

Recogieron sus cosas y se dirigieron hacia la puerta. Antes de que la alcanzaran un delegado chino dijo, con voz suave y melodiosa:

—Estamos de acuerdo con la delegación americana. No creemos que sirva a nuestros intereses un Consejo dominado por pasiones como las que se han desatado hoy. Lamentándolo mucho, debemos partir.

Uno de los delegados alemanes dijo:

—Esto es obra de los franceses. Sólo se preocupan de sus propios intereses y ambiciones. Desean dominar Europa, como ya hicieron en el pasado. Pero yo les diría: cuidado. Los alemanes disponemos de un ejército que defenderá nuestras fronteras; nuestra fuerza aérea...

Sus palabras se perdieron en medio de un pandemónium. Vi que los delegados ingleses se levantaban y se iban, en silencio y disgustados, en pos de los que ya se habían marchado. Miré a Julius. Tenía la cabeza gacha y se tapaba los ojos con las manos.

Desde el edificio de la conferencia se podía salir al exterior y pasear por encima de una nieve dura, subiendo la misma ladera del Jungfrauoch. A nuestra izquierda resplandecía el Jungfrau, a nuestra derecha el Mönch y el Eiger. Se veía la cúpula del observatorio, que se había puesto de nuevo en funcionamiento a fin de estudiar los cielos, donde no había pasiones. Hacia abajo descendían los campos de nieve; se llegaba a ver el verde valle. Se estaba poniendo el sol y las sombras dominaban el valle.

No hablábamos desde que salimos de la sala. Ahora Larguirucho dijo:

—Si no hubiera muerto Henry...

Dije yo:

—¿Es que un solo hombre hubiera cambiado algo las cosas?

—Puede que sí; Julius lo hizo. Y tal vez no hubiera estado solo. Yo le habría ayudado de haberlo querido él.

Pensé en aquello. Dije:

—Puede que yo también. Pero Henry ha muerto.

Fritz dijo:

—Creo que es posible que deje mis actividades agrícolas. Hay cosas más

importantes.

Larguirucho dijo:

—Estoy contigo.

Fritz hizo un gesto negativo con la cabeza.

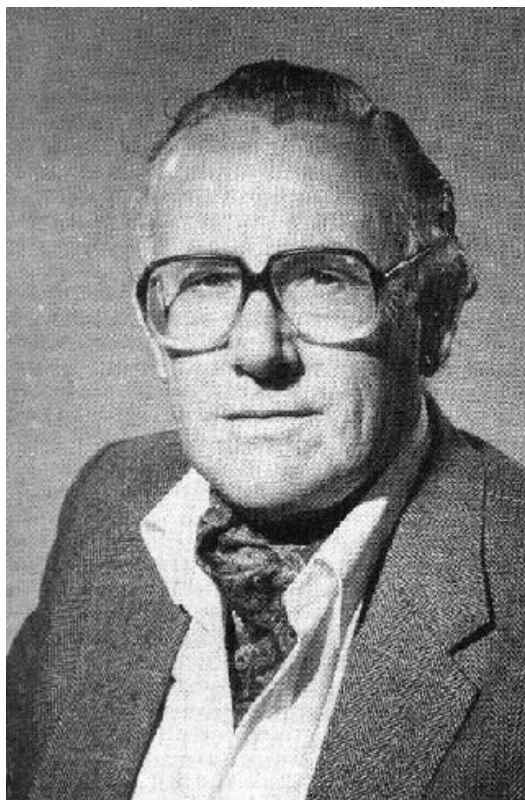
—Tu caso es distinto. Tu trabajo es importante, el mío no.

—No es tan importante como esto, —dijo Larguirucho—. ¿Tú qué dices, Will? ¿Estás dispuesto a iniciar esta nueva lucha...? Es una lucha más larga, menos emocionante, y al final no hay grandes triunfos. ¿Quieres dejar tus mares y tus islas y ayudarnos a intentar que los hombres vivan juntos en paz, además de en libertad? Un inglés, un alemán y un francés: sería un buen comienzo.

Hacía un aire frío pero tonificante. Una ráfaga de viento levantó polvo de nieve en la superficie del Jungfrau.

—Sí —dije—. Dejaré mis mares y mis islas.

FIN



JOHN CHRISTOPHER, seudónimo del escritor británico Samuel Youd. Nació en Huyton, Lancashire, el 16 de abril de 1922. Dejó los estudios y empezó a trabajar a los 16 años. Más tarde fue periodista y redactor-jefe de una revista científica. Desde 1950 se dedicó a escribir novelas, muchas con seudónimo. Su irrupción en la literatura juvenil tuvo lugar con «La trilogía de los trípodes». Falleció en Bath el 3 de febrero de 2012, a causa de las complicaciones provocadas por un cáncer de vejiga.